

# EL MARCHANTE

Gemma Albarraçin



Título: El Marchante

© Gemma Albarracín 2017

© Dolce Books

Primera edición: noviembre 2017

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Índice

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Epílogo](#)

# Capítulo 1

Me llamo Pilar, aunque según mi madre más bien debería llamarme fraude. Lees bien. Seguro estás pensando que empiezo fuerte, pero todo tiene una explicación.

Soy la perfecta definición de novia a la fuga. Sí, la famosa película de Julia Roberts y Richard Gere, aunque sin final feliz. Porque en la vida real la magia del amor así tal cual no existe, más bien la magia del drama. Y ese es mi caso.

He plantado dos veces casi en el altar y no precisamente al mismo novio, sino a dos distintos. Digamos que soy una mujer un poco insegura. Bueno, venga, bastante insegura. Eso hace que me plantee las cosas como si tuviera memoria de pez, es decir, continuamente. Y todos sabemos que algunas veces es mejor dejarlas como están.

Sucede que hasta que no te ves en la tesitura de tu vida, en el último momento, no te das cuenta de que eso no es para ti. Y así me pasó. Con Julio y con Andrés. No intento justificarme. Simplemente prefiero pensar que mi destino está escrito de otra manera.

Esa es la versión oficial, la que suelo contar en reuniones, incluso en charlas familiares e íntimas, sí, la que también le conté a mi madre. La real dista un poco más de la versión oficial, tiene matices, no todo es blanco o negro, y es cierto que los dejé por sus buenas razones en su día.

Con Julio era una novata en el amor, en realidad, una chiquilla y me sucedió lo que suele pasar en esas edades, me enamoré del amor. No lo vi venir, simplemente cuando me di cuenta casi me veo casada y con hijos por todos lados, con veinticuatro años, lo cierto es que no entraba en mis planes ir

tan deprisa, más cuando mi pasión, el arte, es algo que siempre me ha seducido mucho, lo confieso, mucho más que los hombres. Y con Julio me asusté mucho ante la posibilidad de compartir, de pronto, una vida con un sinfín de obligaciones, y de cargas, para la que todavía no estaba preparada. Mi error fue planteármelo demasiado tarde, es decir, cuando ya estábamos a punto de casarnos.

A pesar de ser la que provocó la ruptura salí muy tocada de la relación, no quise saber nada de hombres durante un buen tiempo. Pero llegó Andrés y, lo reconozco, me tuvo durante un buen tiempo, ciega perdida. Supongo que hoy en día lo habría sospechado, demasiado coqueto, demasiado sexy y demasiado guapo para ser hetero, pero en aquel momento lo cierto es que no sospeché nada. Hasta que lo pillé coqueteando con descarado con el sorprendido de mi hermano Berto, mi mellizo, pero sobre Berto os cuento más adelante. El caso es que Andrés pasó, en ese momento, a ser pasado para mí, Berto lo sabe, claro está, pero nunca se lo hemos contado a mi madre, la cual estaba muy encariñada con Andrés, y hubiera sido un duro golpe para ella, simplemente cargué una vez más con ser la mala de la película.

Respecto al trabajo, os cuento que estoy en paro, qué novedad, ¿verdad? Me licencié en historia del arte, vivo en Madrid capital, con mi hermano que trabaja en un bar y malvivimos los dos mientras intento encontrar un trabajo decente, es decir, de lo mío.

He echado currículos en todos los museos y galerías de arte de la ciudad. También en Barcelona. No se me ocurre a más puertas donde llamar, pero parece que soy invisible pese a mis impecables resultados académicos. Y es que este país cada día está peor.

Al final, lo sé, soy consciente, me va a tocar irme fuera de España o mal trabajar como mi hermano aquí, y lo de trabajar en el extranjero no es

una opción para mí, pues nunca me he separado de mi hermano Berto, nos hemos criado juntos y es mi apoyo más importante en estos momentos.

Él es un mujeriego y vive la vida totalmente opuesta a mí que soy lo más parecido a una monja de clausura. Y es que, no sé por qué, pero los hombres me ponen de los nervios.

Soy extremadamente insegura y maniática y se me hace muy difícil empezar una relación, tímida hasta decir basta, no sé cómo he podido llegar con esos dos mequetrefes, como diría mi madre, tan lejos.

Claro que, si contamos con que el primero de los dos, Andrés, casi fue acordado por ambas familias se entiende mucho mejor. Por tanto, ese no cuenta. Con el otro fue una época más relajada y desinhibida que pasé. Pero ahora, a mis casi treinta años vuelvo a la introversión cual ostra encerrada.

Y volviendo al trabajo, en breve me veo sirviendo en el restaurante de comida rápida que tenemos en la esquina de casa como esto siga así.

No tengo nada en contra de trabajar en ese tipo de sitios, más bien me quejo por lo que ello significaría, es decir, la desesperación más absoluta para mí. Por ello, y haciendo acopio de todo el valor del que soy capaz me decido a enfundarme en mis mejores galas e irme a patear los museos, esta vez nada de online ni mediante correo electrónico, he impreso mi currículum en varias copias y voy a entregarlos en mano.

Que no se diga que por mí no va a quedar. Cuando hay que echarles ganas a las cosas se le echan.

Yo, más que ganas, es ya un miedo atroz a tener que irme lejos de mi hermano y de mi familia que está en un pequeño pueblo de la serranía de Toledo a caer de una piedra de aquí.

No sé cómo los de mi generación son tan valientes. Porque lo que soy yo, ni me lo planteo. Pero si tengo que atender a lo que es mi inglés, lógicamente ahí tenemos ya una barrera importante que franquear. Y es que, aunque lo leo y entiendo más o menos bien a la hora de hablarlo soy, lo que se dice, una paciente potencial de mutismo selectivo.

Pero el mío total.

Salgo a la calle demasiado arreglada y hace un calor infernal en este mayo recién estrenado.

Cada año el verano empieza antes y esto, unido a mis nervios hace que empiece a sudar como una cerda, literal y con todo el respeto. Me meto en el bar de mi hermano que, gracias a Dios, me viene de paso para ir al centro, le saludo brevemente y corro al cuarto de baño a quitarme los churres del maquillaje como puedo con varios pañuelos de papel.

Me refresco un poco y salgo algo más tranquila.

—Hola Pilar, que arreglada, ¿te han llamado de alguna entrevista al final? —me suelta Berto entre despistado y agobiado porque el bar está en plena ebullición.

Como apenas nos vemos, no sabe que mi vida es un encefalograma plano en emociones. De todo tipo.

—Ojalá. Qué más quisiera yo. Pero ya me cansé de enviar correos de modo que pensé probar suerte y entregar los currículos en mano, pero, fíjate que he escogido el día más caluroso —me quejo abanicándome con la mano.

Berto me sonrío mientras friega unos vasos y sigue a su aire, ajeno a mis preocupaciones.

Me termino el vaso de agua que me ha servido, le digo adiós con la

mano y salgo por patas con el miedo en el cuerpo de que se me haga demasiado tarde y no me quieran admitir los currículos.

Llego al Museo del Prado que a estas horas ya tiene una cola impresionante. Con el día que hace, es lógico.

Desisto de hacer cola y decido volver otro día porque si me paro aquí ya no podré entregar en más sitios.

Mejor voy a probar suerte en las galerías, al final he conseguido entregar el currículum solo en dos de ellas.

Vuelvo a casa cansadísima de patear con el calor que hace, los pies me duelen, los siento hinchados, y no veo la hora de darme una buena ducha.

Ciertas cosas deberían advertirse en la televisión que son perjudiciales para la salud, como salir con este calor por Madrid a según qué horas del día...

Después de la ducha y con ropa más cómoda preparo la comida, Berto come después, cuando llega de su jornada de trabajo y yo antes porque no me gusta hacerlo a la hora de la merienda.

A la hora de la cena nos sentamos juntos y podemos conversar de cómo nos ha ido el día y cómo nos ha tratado el mundo. Mi hermano es todo lo positivo que yo no soy y hay que ver cómo se nota eso a la hora de encarar la vida.

Yo siempre huyendo y él siempre de fiesta, no podía ser de otra manera. Y es que en el reparto me tocó sin duda, la peor parte, pienso para mis adentros toda amargada.

Después de comer me sumerjo en una soporífera siesta de la que me despierto más atontada de lo que ya estoy de normal. Como siga así me voy

al pueblo y monto una empresa de productos agrícolas orgánicos, pienso.

Pues no estaría mal, me digo valorando de nuevo la idea, y la guardo en mi mente como plan B, harta de que el mundo gire sin tomarme en cuenta un segundo.

Al rato llega Berto con un humor no demasiado bueno, harto de las prisas y estrés de su curro de mierda, se sienta a comer y pone la televisión.

Comentamos un poco los temas banales del día y al acordarse me interroga:

— ¿Qué tal tu mañana? Con el día tan caluroso que ha hecho, habrás acabado pupas perdida.

Lo reconozco. Soy una negada total para el deporte. Nunca he sentido ganas ni necesidad.

Doy gracias a mi genética todos los días, eso sí, casi diría que es lo único bueno que tengo porque lo que se dice talentosa al mover el cuerpo, no, no lo soy.

—Pues sí. He vuelto a casa a punto de sufrir un desmayo por golpe de calor. Ha sido horroroso. Pero al menos logré entregar el currículo en dos galerías. Y si al final pasan de mí creo que volveré al pueblo y me montaré algo por mi cuenta —le digo con la boca pequeña tanteando a ver qué opina.

—No me hagas eso. Sabes que acabaríamos volviendo los dos a casa y allí no me como una rosca. Aquí hay selección y variedad. Ten un poco de fe, tú siempre tan optimista. Si hace falta voy yo y hablo con quien tenga que hablar —sentencia, levantando el dedo índice con decisión mientras mastica a dos carrillos con la boca llena.

Mi hermano es muy bruto y cuando sugiere eso me asusto, aunque sé

que no lo va a hacer. Solo es para amenazarme y que me tome más en serio lo de seguir buscando empleo.

—No tranquilo, ya verás cómo al final me llaman de algún sitio. Aunque sea del *fast food* —concluyo intentando dar por finiquitada una conversación que me pone tensa por momentos.

— ¿Sabes? —tercio, aprovechando para cambiar de tema—, a mi amiga Sandra le gustas desde siempre, tal vez sea tu oportunidad para sentar la cabeza.

Sandra es mi amiga del pueblo de toda la vida. Esas amigas que solo surgen una vez en la vida y que, aunque dejes en otro tiempo y lugar siempre están contigo y tú con ellas.

—Sabes que Sandra no es mi tipo, solo estás cambiándome de tema — remarca el muy terco.

Y seguimos así un rato más. Berto positivo y terco a partes iguales y yo enfurruñada y pesimista como ninguna otra. Que par de dos.

—Ha sonado tu móvil, eso sí que es una novedad —me indica cachondeándose de mí el muy cretino.

Reviso el móvil, entre incrédula y extrañada pensando que será lo de siempre, la basurilla de propaganda que recibo cada dos por tres en el correo electrónico, pero no, me parece ver que es un correo importante.

Lo abro con dedos temblorosos y en ese momento llego a entender que es de la segunda galería que he visitado esta mañana, el correo dice así:

*Estimada señorita Anclada (sí, mi apellido es un insulto a mi afición a huir):*

*Hemos valorado brevemente su currículum y hemos decidido citarla*

*para una entrevista mañana a las nueve de la mañana.*

*Por favor, venga con todas las credenciales, recomendaciones y demás de las que disponga y sea puntual. Muchas gracias por su interés en trabajar en nuestra galería, atentamente.*

*C. Rodriguez*

*Directora de Personal.*

Releo el correo por encima dos veces más mientras mi hermano me agobia con sus preguntas.

— ¿Qué supones que es? Tengo una entrevista de trabajo, Berto, ¡Por fin! —exclamo lanzando el móvil por los aires, cayendo en picado al sofá.

— ¿Ves? Ya sabía yo que solo había que presionarte un poquito. Pilar, solo trabajas bajo presión, ja, ja, ja —replica el muy malvado, mientras nos abrazamos y saltamos los dos como locos.

—Bueno, no echemos las campanas al vuelo tan pronto, hermano, sabes que sólo es una entrevista, y me piden que lleve muchas cosas, con lo que me da que vamos a ser muchas más candidatas allí para el puesto que, por otra parte, no sé cuál es. Así que, de momento, tranquilitos.

Pero pese a mis palabras y que Berto asiente como un niño bueno no puedo borrar la tonta sonrisa de satisfacción y de triunfo de mi cara.



# Capítulo 2

Hoy es la entrevista. ¿Si estoy nerviosa?, pues qué te voy a contar. Cuando pienso en los años que hace que no me entrevista nadie... y creo que nunca ha sido para un puesto así, de lo mío, nerviosita perdida, estoy.

Intento serenarme haciendo lo que mejor se me da en estas circunstancias, cantar en la ducha. Aunque en realidad, lo que se dice cantar, lo hago mal en cualquier sitio, más bien berreo a voz en grito, emulando un gato afónico, pero al menos me calma, que ya es decir. Mientras, Berto me grita incoherencias desde el salón, aludiendo a mi salud mental y otros comentarios desagradables.

Pero a mí me da igual. Yo solo quiero que me den el trabajo, he estado haciendo averiguaciones por Internet.

La galería en la cual pretendo trabajar es, ni más ni menos, la más prestigiosa de todo Madrid. Hace poco que la inauguraron y pertenece al repelente marchante ricachón Charles Russell, un hombre que, según google, todo lo que toca lo convierte en oro. Vaya, alucinante, y yo ajena a todo esto hasta ahora.

Hay que ver qué suerte tienen algunos, pienso, mientras otros centramos nuestra existencia en intentar pasar el mes.

Intento que la tarea de escoger un atuendo formal y profesional para la entrevista no se convierta en una odisea. Pero es imposible, vaya, no tengo nada más que vaqueros y deportivas. Y así, claro, no puedo ir. Al final encuentro debajo de todo el montón de ropa de fuera de temporada, unos pantalones de tela, viejos y mugrientos que, tal vez, me pudieran valer.

No veo nada mejor que ponerme, que triste. Intento arreglar el

problema de los pantalones con una buena cepillada y la plancha y cambian bastante de aspecto, al menos ahora se nota que son solo viejos.

El tema de la blusa estará aún peor, hago cábalas sobre la última vez que fui de compras y no me salen las cuentas.

En el fondo del armario logro encontrar una blusa blanca medio decente que, seguro la hago viable mediante otro planchazo.

Me dispongo a arreglar ambas prendas, plancha en mano, en el salón, mientras Berto me mira con curiosidad.

—Espero que tengas mucha suerte hermanita, esa ropa señala la falta que nos hace el trabajo —comenta, intentando decidir si decantarse hacia el lado cómico o el lado trágico de la situación.

—Esperaba poder hacer de estos trapos algo decente, pero si no recurro a la magia o a un milagro, lo llevo crudo, y la entrevista es en una hora, tampoco me da tiempo a ir a la tienda, de modo que así tal cual deben valer —contesto resignada.

Una vez tengo la ropa planchada, me la pongo mientras adecento como puedo la misma ya en mi cuerpo, pasando las manos de nuevo varias veces a modo de plancha. No me termina de convencer, pero es lo que hay.

—Menudo adefesio va a encontrarse el sobrado de Russell —me dijo a sí misma mosqueada, mientras me despido de Berto y salgo corriendo de casa.

Mientras me dirijo a la entrevista no puedo dejar de pensar en lo perdedora que soy y otras lindezas dirigidas hacia mi persona.

No entiendo por qué soy así, tan pesimista e irónica, sé que no me hace ningún bien, pero no puedo evitarlo. Encima el numerito de la ropa ha

contribuido a ponerme aún más de los nervios y si no soy insegura ya de por sí, con esto ya bato el récord.

—Hoy el señor Russell va a divertirse sin necesidad de ir al circo — pienso cínicamente para mis adentros mientras voy llegando a la zona donde se encuentra la prestigiosa galería, en uno de los mejores barrios de Madrid, donde vive gente acomodada.

Comienza a picarme todo, me sudan las manos e intento recordar las fantásticas notas y la maravillosa formación que poseo para contrarrestar mi estropeada economía.

Esgrimo una sonrisa forzada de crispación y nervios en mis labios y hago mi espectacular entrada en la galería.

Una gentil chica me pregunta a qué he venido, le explico brevemente que vengo a una entrevista y me hace pasar a una sala que derrocha ostentación y buen gusto a raudales. Esta lujosa y elegante habitación contrasta aún más con mi cochambrosa vestimenta, poniéndome todavía más nerviosa si cabe.

Cuando ya creo que se han olvidado de mí y estoy a punto de salir para hacerle memoria a la chica que está fuera, entra una elegante mujer de unos cincuenta y bien llevados años, con una carpeta a modo de escudo y sin mirarme a los ojos me dice:

—Usted debe ser la señorita Anclada, estábamos esperándola. No es temporada de entrevistas ni contrataciones y no teníamos previsto contratar a nadie. Sin embargo, su currículum ha caído en las manos adecuadas y tras mucho deliberar hemos pensado que, si después de hacerle la entrevista vemos que es usted tan válida como dice su currículum aquí, estará usted contratada, pasará a formar parte de la prestigiosa familia de la galería de arte

más exclusiva de España, ahí es nada —dice mientras, esta vez sí, levanta su mirada del papel desde atrás de sus anteojos y me mira como un rey lo haría con un mendigo.

—Tome asiento señorita Anclada, si se queda no se preocupe, pasará a ser Pilar —matiza, un poco más benevolente.

Después de un buen rato con multitud de preguntas dirigidas a mi modo de trabajo, mis aptitudes personales, mi carácter, incluso mis gustos y mis hobbies, llego a la convicción de que esta señora ya sabe más de mí que mis padres y que muchos de mis amigos.

La acomodada entrevistadora que no parece tener ninguna prisa por terminar y que, a mi modo de ver, le gustan las cosas con calma y bien hechas, me dice, sacándome de mis ensoñaciones:

—Bien, todo está en orden, al menos por lo que puede parecer a simple vista, de modo que voy a proceder a explicarte las condiciones. No obstante, antes de detallártelas debes de saber que aún tienes que pasar una pequeña vista final con el dueño de la galería el señor Russell, un hombre sin duda muy exigente, factor clave de su inagotable éxito —afirma, limpiándose las pequeñas gafas de señorita *Roten Meyer* que lleva.

—Las condiciones son claras y concisas. Ser puntual, limpia y elegante, tu trabajo consistirá en asesorar personalmente al señor Russell en cuanto a las colecciones y los nuevos movimientos de arte que se den, para lo cual necesitarás actualizarte a diario. La empresa es consciente de esto y destinará un tanto por cien de su fondo a tu formación continua. Viajarás con el dueño, le asesorarás en positivo y en negativo. Cualquier fallo en tus argumentos que le haga perder dinero deberá estar justificado si no serás inmediatamente despedida —explica sin inmutarse.

—El contrato te lo enviaremos por correo electrónico y deberás traerlo firmado el día de tu entrevista con el señor Russell. Léelo con atención, ahí vienen todos los detalles que te interesa saber, sueldo, vacaciones y demás extras. En el correo te informaremos de cuándo es la entrevista. Gracias por venir, hasta pronto —finaliza la señorita *Roten Meyer* a falta de saber su nombre mientras me levantaba con tremendas ganas de salir de allí por patas. Sin duda el mundo del postureo y la economía saneada no es lo mío.

Me muevo más libremente cuanto menos oro y lujo hay a mi alrededor.

Ya en la calle respiro varias veces aliviada y tomo aire, pese a lo contaminada que está la ciudad, sintiéndome renacer.

Barajo la diferencia, ventajas y desventajas de trabajar en una galería a hacerlo en un museo. Por supuesto, la primera ofrecerá mejor sueldo y condiciones, pero gente mucho más acomodada y estirada.

—Es lo que hay Pilar, te tendrás que acostumbrar, a todo esto, si el mecenas te da el visto bueno —pienso casi en voz alta mientras camino dando tumbos por las calles.

Decido ir al bar donde trabaja mi hermano, no queda lejos, y si no tiene mucho trabajo le cuento las novedades. Albergo una pequeña esperanza de que, pese a lo complicado del puesto terminen contratándome y así atenuar al menos un poco la maltrecha economía que llevo desde tiempos inmemoriales.

— ¿Qué tal ha ido? —me pregunta Berto nada más entrar en el bar. Se le ve impaciente, anda bastante agobiado de trabajo, pero viene enseguida a mi encuentro para saber más.

—Bien, tengo un pie dentro y el otro fuera. Toca esperar un poco, el visto bueno final es del señor Russell, de modo que aún no las tengo todas conmigo. Parece que les ha convencido mucho mi currículum y creo que el

marchante en persona fue quien leyó mi currículum, no sé cómo llegó a sus manos, creo que al fin he tenido un golpe de suerte, aunque no lo quiero decir muy alto —le digo tapándome la boca con la palma de la mano sonriendo.

—Eso sí, si entro a trabajar en ese sitio tan exclusivo voy a tener que renovar mi modestísimo armario. No veas lo elegantes y exclusivos que son —comento, recordando alucinada la lujosa sala donde he sido entrevistada.

—Eso, con dinero, no será ningún problema para ti, Pilar, eres una experta en salir de compras y fundir tarjeta —afirma risueño Berto intentando hacerme rabiar.

—Sabes que no es cierto. Tal vez lo fue hace mucho, cuando era una joven inconsciente del valor del dinero, pero estuve intentando hacer memoria de cuándo fue la última vez que salí de compras y te juro que no lo recuerdo. Alucinante —contesto con los ojos como platos para darle convencimiento a mi relato.

—Me voy a casa, a la espera del correo electrónico Berto, no te canses —decido, mientras le digo adiós con la mano y le tiro un beso al aire saliendo corriendo del bar.

No sé cuánto tardarán en enviarme el dichoso correo, pero con lo impaciente que soy espero que sea pronto porque de lo contrario me van a hacer sufrir de lo lindo.



# Capítulo 3

Ha pasado una semana y no me han llamado. Estoy cabreada no, lo siguiente. Como dice mi madre las cosas de palacio van despacio. Pero creo que, a este ritmo, no me van a llamar. Intento hacer vida normal y Berto también intenta animarme, pero no hay forma de levantar cabeza.

He seguido repartiendo currículos por ahí, incluso para trabajos muy, muy precarios, todo con tal de no irme de España, pero cada vez lo veo peor.

Vuelvo a casa agotada, hace mucho calor y me quedan currículos en la mano.

Es complicadísimo que se queden, hoy en día, con un currículo, muchos directamente los tiran a la basura, pero la mayor parte ya ni eso. Me dicen que lo envíe por correo que el papel ya no está de moda. Hay que ver qué país, avanza para lo que quiere...

Llego a casa y pongo una lavadora. Lo primordial es tener la ropa limpia. Yo ya me veía fundiendo tarjeta y comprando modelitos caros. Ese trabajo de la galería está fuera de mis posibilidades, no sé cómo me pude ilusionar, que tonta soy.

A este paso mi único futuro es volver al pueblo y montar una vaquería... con todo el respeto a los vaqueros, por supuesto.

Preparo la comida para Berto y para mí y rebusco en mi maltrecha cartera algo de suelto para comprar pan para cenar. A esto se le llama ser pobre.

Harta de tanta miseria decido lanzarme de nuevo a la calle y mis pasos me llevan, como no, a la galería de arte donde me entrevistaron hace más de

una semana ya.

Veo que hay bullicio y expectación en la galería, al parecer han inaugurado una exposición, cómo me encantan estas cosas, voy a entrar a ver que se cuece.

Es una exposición de arte contemporáneo muy elegante, esculturas y algunos cuadros componen el elenco y algunas piezas están a la venta. Me muevo como pez en el agua y me olvido de todas las personas que hay a mi alrededor, para mí en este momento solo existe el arte.

Ensimismada en un cuadro que luce un paisaje, no me doy cuenta de que alguien se sitúa detrás de mí y me habla:

—Desde esa perspectiva en la que te encuentras el cuadro es asombroso, y si te mueves dos pasos más a la izquierda es totalmente diferente, lo cual lo hace aún más alucinante.

Me sorprende ese modo de hablar tan coloquial, poco dado en estos círculos tan selectos, sin duda debe ser el autor, el cual, seguro, tiene unos orígenes humildes como yo. Me giro y un hombre vestido de forma informal me guiña un ojo y sigue diciéndome:

—Me encantan este tipo de exposiciones contemporáneas, le dan a la galería un aire de frescura que siempre es conveniente, si no los espacios se enrancian —comenta dedicándome una sonrisa de complicidad.

Y me quedo estupefacta. Sin habla. Y muerta de vergüenza y de asombro a la vez, porque delante de mí se encuentra el mismísimo dueño de la galería, el importante marchante Charles Russell. Sin duda, no me lo imaginaba así, de ningún modo. Y me refiero al carácter, tan sencillito. Aunque tal vez podría ser que me hubiera reconocido... qué cosas tienes Pilar, ¿cómo va a reconocer una abeja reina a una garrapata?

Le sonrío en señal de afirmación, obnubilada y sin saber qué hacer, pero no hace falta hacer nada, él ya lo hace por mí.

—Disculpa mi falta de educación, me llamo Charles Russel y espero que te guste la exposición, he estado varios meses organizándola y no ha sido tarea fácil —afirma con orgullo.

De perdidos al río, Pilar. No sé de dónde saco la fuerza y el coraje para decirle que soy la chica que fue hace unos días a hacer una entrevista deseosa de pertenecer a la plantilla de tan exclusiva galería, creo que más bien algún ente extraño pone en mi boca estas palabras.

—Encantada, yo soy Pilar, vine a una entrevista hace unos días, pero parece ser que no hubo suerte...

Y no continuo porque no sé cómo seguir, me quedo trabada ante mi arrebatado de sinceridad. Charles sonrío y me echa un cable, al ver mi incomodidad:

—Es verdad, eres la profesora de arte, estuve revisando personalmente los currículos porque necesito una asesora y me llamó mucho la atención el tuyo. ¿Seguro que todo lo que hay en él es cierto? —dice mientras rebaja la pregunta con un guiño hacia mi persona.

Sudores y calores extraños acuden a mí. Además de guapo, inteligente y resuelto este hombre parece un verdadero canalla acostumbrado a que nadie le diga no. Y lo último que me apetece es seguir aquí delante de él visiblemente avergonzada contestando a su interrogatorio.

Por lo que me armo de valor para contestarle e intentar dar por finalizada la charla, aunque me cargue un posible puesto aquí, necesito salir por piernas.

—Por supuesto, soy toda una profesional. Aunque como ya le digo, ni con esas, y ahora si me disculpa, tengo un poco de prisa... —le corto mientras corro hacia la salida.

Una vez fuera de la galería respiro aire fresco, ya me encuentro mejor, de verdad, que sofoco he pasado, hasta me he mareado, me encamino sin dudarle hacia mi casa.

Bueno, Pilar, ahora sí que la has hecho buena, si aún existía una remota posibilidad de que te llamaran, te has encargado de estropearla con tu encanto natural, me recrimino mientras abro la puerta del cuchitril que comparto con mi hermano.

Y ahí está el susodicho esperándome para la segunda sesión de interrogatorio incómodo del día. Finjo estar indispuesta y tener mucho sueño y me escabullo a mi habitación.

Ya en ella, me reconforta un poco su tranquilidad, pero me siento muy estúpida, tanto que lloro en silencio para que Berto no me oiga.

De verdad, cuando la vida te da limones la cosa se pone agria hasta decir basta. ¿Cuándo seré capaz de decir basta y dar un giro a la mía?

Antes de quedarme dormida me regodeo en lo que he vivido, que pifiada de día por Dios, si es que no tengo solución, y el tal Charles está como un pan, que mal repartido está el mundo. Algunos lo tienen todo y otros, por no tener, no tenemos donde caerlos muertos.

Cuando despierto veo con sorpresa que ha anochecido. No sé ni qué hora es, pero Berto debe haberse ido ya al trabajo con lo cual salgo con sigilo de mi habitación.

Estoy sola en el piso, menos mal. Me dirijo a la cocina a prepararme

algo para comer, estoy hambrienta, mi hermano me ha dejado un poco de comida hecha en el frigo, es un cielo, me la preparo en un segundo y engullo como puedo mientras sigo recordando el fatídico episodio de la galería.

Pienso en Sandra. Seguro que se alegrará cuando vuelva al pueblo con el rabo entre las piernas. Pero yo no, por supuesto.

Y cada vez esto se pone peor pero cada día la idea de volver al pueblo toma más forma en mi cabeza.

Conecto el ordenador. Tengo que hacer unas gestiones, pagar unos recibos y mirar el correo. Vamos lo de siempre.

Maldita rutina que algún día nos engullirá a todos. Si es que la gente nos olvidamos de vivir por culpa de ella.

Pongo el modo automático *on* y me dispongo a hacer las gestiones.

Casi he apagado el ordenador cuando me doy cuenta de que tengo un correo que no había visto antes, lo abro tan deprisa que no me da tiempo a ver de quien es, el correo dice así:

*Estimada señorita Anclada:*

*Gracias por el breve momento de hoy. Creo que es usted toda una profesional y me gustaría ofrecerle el trabajo personalmente, después, eso sí, de una pequeña entrevista conmigo para confirmar que es usted la persona ideal para asesorarme en la compra y venta de las colecciones de mi galería.*

*Por favor, sé que la galería le gusta y que este trabajo es una gran oportunidad para crecer como profesional en el sector de modo que espero reunirme con usted mañana a las nueve en mi despacho, no falte, gracias.*

*Charles Russel*

Ojiplática me quedo. Desde luego el aspirante a ser mi jefe no es un susodicho común.

Una alegría me brota del cuerpo, de lo más profundo de mi estómago y una sonrisa se instala en mi rostro, de satisfacción por haber conseguido la entrevista con él, a pesar de todo.

Ahora, Pilar, pórtate bien, se buena, y no la fastidies en la entrevista final, me repito a mí misma como un mantra.

\* \* \*

Buenos días. Venga Pilar, ánimo. Me visto con mis mejores trapos, sin poder evitar volver a soñar con la tarjeta fundida en compras interminables de ropa y complementos.

Un poco más animada por tener ante mí la posibilidad (todavía) de trabajar en la galería, salgo a la calle antes de que Berto se levante y me haga llegar tarde con sus preguntas. Ya le explicaré si consigo el trabajo.

Anoche también conseguí darle esquinazo haciéndome la dormida cuando él llegó de trabajar.

De momento me siento más cómoda y segura así, no quiero crearle falsas ilusiones y expectativas que ya me conozco.

He previsto todos los inconvenientes. Llevo una copia de mi currículum por si lo han perdido, mis gafas, mi cabello recogido para que no moleste, chicles de menta para el mal aliento, pañuelos de papel para accesos de tos,

protector labial para los labios, pastillas para el dolor de cabeza y otras pastillas para el dolor de garganta, parece que me vaya de campamento, esto se llama ser una chica de recursos y lo demás tonterías, eso sí, mi bolso va a reventar.

Llego a la galería unos minutos antes de las nueve y me felicito intentando animarme por el logro de no llegar tarde y de paso evitar los nervios que empiezan a aflorar en mi cuerpo, por favor, que no me hagan esperar mucho, si no me pondré a sudar como una fuente, ¿qué queréis? Yo no soy la típica *protta* perfecta de la novela romántica, esto es la vida real... con su cara más cruda delante de mí.

Y he aquí el momento crucial. Ese en el que si tu cuerpo te puede fastidiar lo hará de lo lindo, no te quepa duda. De modo que empiezo a sudar, me mareo de los nervios, me pongo a toser y a estornudar por una improvisada alergia y en esas estoy con mi fiesta particular cuando una eficiente azafata me dice con ojos extremadamente abiertos dada mi exposición de “poder humano”:

—Señorita Anclada, ya puede pasar al despacho del señor Russel, gracias —a lo que huye de mi como si yo tuviera una enfermedad contagiosa.

Charles será informal pero su equipo es lo más estirado que he visto en mucho tiempo.

Cuando termino con mi *concerto* particular de toses, estornudos y cánticos varios, me recompongo lo mejor que puedo y entro al despacho. Éste no es muy grande, pero está perfectamente decorado al estilo minimalista y con pocas pero bellísimas piezas de arte, supongo que de su más selecta colección.

Me llama la atención la magnífica luz natural de la que disfruta.

Charles está detrás de su escritorio esperándome con una gran sonrisa.

—Señorita Anclada, permítame que la tutee, Pilar, estábamos esperándote, por favor, toma asiento, en breve te hago unas preguntitas de rigor, prometo que la entrevista no va a ser larga y pesada —parlotea mientras cambia papeleo de sitio y me mira de refilón.

Cuando finalmente consigo tomar asiento respiro agradecida, no ha sido tarea fácil dado el estado de nervios en el que me encuentro. Aun así, intento por todos los medios que no se me note, Charles es el típico jefe enrollado y molón, pero todavía no es el mío y no quiero darle motivos para despedirme antes de tiempo, tengo que guardar la compostura.

—Gracias —suelto, en un tono más susurrante y tímido del que me gustaría. Intento que mi voz suene más firme en cuanto tenga que responder a su primera pregunta, pero al comprender que no tengo ni pajolera idea de por lo que está preguntando, no hay forma de conseguirlo.

— ¿Perdón? —acierto a preguntar como si fuera totalmente estúpida.

—Te preguntaba, Pilar, en qué conclusiones firmes y sólidas te basas a la hora de escoger en una colección de arte abstracto, pongamos de pintura, unas piezas y no otras, ¿qué es lo más importante para ti, lo fundamental?

— ¿Mande? —me pregunto, esta vez, menos mal, para mí misma. Pues yo que sé. ¿Un sexto sentido?, ¿qué le contesto yo ahora a este señor?

—Pues mire, no sé muy bien cómo contestar a eso, pero voy a intentar ser lo más franca posible con usted. Supongo que se trata de un todo compuesto por la formación recibida más un sexto sentido desarrollado gracias al primer factor. Vamos lo que comúnmente se podría decir, a groso

modo, tener práctica —explico, algo más tranquila pero aún con el corazón en vilo por la inseguridad de mi respuesta.

—Así es y así espero que sea en todo mi equipo, muy bien Pilar, ese el espíritu que busco en cada una de las personas que forman parte del mismo. Solamente con el factor formativo no me basta, si no existe un mínimo de gusto y de sentido común de poco me sirve que la persona tenga la mejor formación. Y al revés, no se vive solamente del sentido común, hay que tener una base formativa detrás, una cultura adquirida —afirma con convicción visiblemente emocionado.

Lanzo un suspiro callado de alivio. Después de unas cuantas preguntas más, éstas más personales, aunque más fáciles Charles da por finalizada la entrevista.

—Bueno Pilar, creo que ya tengo todo lo que necesitaba saber sobre ti. Sólo comentarte un último detalle. No te voy a dar el sí o el no ahora pero tampoco voy a dejar que pase una semana como en la entrevista anterior. Entiendo tu mosqueo ayer en la galería, entiendo que nos podamos crear unas ilusiones y unas expectativas y si luego no llegan frustrarnos, por eso me comprometo a darte mañana la respuesta final, mañana tendrás nuestra respuesta. Muchas gracias por haber venido, te deseo mucha suerte —concluye mientras me choca la mano de la forma más profesional. La mía está mojada en sudor, fría y aprieto con poca convicción la suya. Vamos, un ejemplo total de cómo no debéis dar la mano si queréis causar buena impresión.

—Gracias —musito intentando sonreír sin conseguirlo y marchando por pies de ese lugar.

Camino por la calle sin rumbo. No me apetece volver a casa, ver a

Berto, explicarle, o rehuirle un día más, no me apetece nada.

Me paro en una tienda de helados y me compro el más grande mientras sigo paseando sin rumbo fijo y sintiendo que no hay mujer más desastre y más fracasada sobre la faz de la tierra.

Sin duda Charles no me contratará, ¿para qué quiere un lastre como yo?, le doy pena, ese el quid de la cuestión, me mortifico mientras devoro el helado sin piedad...

# Capítulo 4

Intento llevar la espera pacientemente. Total, no son muchas horas hasta que, por fin, me comuniquen si soy la afortunada que consigue el trabajo de la galería o no, pero no lo consigo. Por eso, me pongo a hacer limpieza a fondo en casa, con el fin de entretenerme y, aun así, nuevamente, no puedo quitarme de la cabeza el tema.

Saco la basura, cocino galletas, un bizcocho de chocolate, incluso unas torrijas, y ya puesta en harina, me pongo a hacer la cena de modo que cuando viene Berto del trabajo la cocina parece un catering de degustación...

Mi hermano me mira entre la duda, el asombro y la preocupación y me pregunta:

— ¿Estás bien Pilar? Algo te preocupa... hacía mucho que no te veía cocinar así... y has dejado esta cueva como los chorros del oro...

Lo miro mientras sigo cocinando en silencio, incapaz de parar mientras asiento lentamente.

Nunca he tenido secretos con mi hermano y en esta ocasión no va a ser distinto de modo que me dirijo al salón para acomodarme mientras él me sigue armándose de paciencia.

Le cuento el encuentro fortuito con Charles, la entrevista y los inconvenientes que he sufrido por el camino, recordando concentrada cada instante, al mismo tiempo que me lamento de mi mala suerte.

Cuando termino miro a Berto y le encuentro una expresión extraña, con el rostro ligeramente carmesí. Logra aguantar un segundo más, al siguiente estalla en una carcajada que me deja muy mosqueada.

Me quedo mirándolo asombrada pero encanado en su propia risa no logra articular palabra hasta minutos después. Al final, murmura desencajado de tanto reír:

— Dios bendito, Pilar lo tuyo es, sin duda, el Club de la Comedia. Lo que no te pase a ti, y cómo. Que desperdicio de talento...

— Vaya por Dios —tercio aprovechando el mismo sujeto de su expresión, toda molesta—. Gracias por tu apoyo Berto, de verdad que me dejas mucho más tranquila —ironizo con muy mala leche.

—Yo aquí contándote mis miserias y penurias para que tú te burles de mí en mi cara. Cría hermanos para esto...

Y eso que él es mayor que yo, sólo por unos segundos, pero en estos momentos me da lo mismo...

Me vuelvo toda indignada a la cocina mientras Berto viene tras de mí disculpándose y riendo todavía. Como le odio cuando se lo toma todo a la ligera...

Me giro pataleando cabreada a la vez que le digo con mi voz más gritona:

—Berto, haz el favor y ayúdame. No tiene ninguna gracia. Necesito el maldito trabajo para no tener que volver al pueblo al que juramos, en su día, que jamás nos volvería a ver... por no hablar de papá y mamá y sus “te lo dije” ...

Se me ponen los pelos como escarpas solo de pensar en la posibilidad de vivir ese suceso siempre evitado por mí. Al mismísimo infierno volvería de más buena gana.

—Tienes razón Pilar, soy un desconsiderado, pero escucha, eres la persona más graciosa que conozco a pesar de ser mi hermana, y esta vez te has lucido. Tranquila, te llamaré —concluye cien por cien convencido el muy iluso.

—Perdona, pero lo tuyo es amor de hermano y lo demás tonterías —afirmo categóricamente muy digna.

Cenamos como reyes y cuando llega la hora de dormir, por supuesto, no tengo ningún sueño...

Espero, implorando lo más grande, poder dormir esta noche, de lo contrario la espera va a ser aún peor...

Finalmente caigo agotada casi despuntando el alba, no sé cómo mis padres concibieron una hija tan *masoca*, me lo pregunto cada día...

\* \* \*

A la mañana siguiente me despierto igual de deprisa que una niña en el día de los Reyes Magos abriendo sus regalos.

Voy corriendo al ordenador, con el móvil ya en la mano revisando si hay alguna comunicación dirigida a mi persona. Pero todavía nada, y es que aún son las seis de la mañana, sí, soy un poco despistada también.

Tendré que hacer vida normal hasta que se dignen en llamarme, me digo en un arrebató de lucidez, pero como es más fácil decirlo que hacerlo me dedico a remolonear toda la mañana por la cueva como mosca cojonera que

soy sin lograr atender a hacer algo mínimamente productivo.

Cuando, al fin, parece que a Berto le va a dar algo, el pobre, de tanto tiempo aguantándome llega un correo de la galería a mi bandeja de entrada, por fin, por fin, por fin.

Ahora no lo quiero abrir, tengo un miedo atroz a que me digan que no, porque si es así, la decisión ya está tomada, volver al pueblo, con todo lo que ello implica para mi vida...

Y, por otra parte, digo yo, tendré que abrirlo para salir de dudas, pero Berto, preso de un ataque de nervios ya, lo ha abierto antes que yo e intento descifrar, saltando sobre un pie y luego sobre el otro, la expresión de su cara, inmutable.

—Pilar, enhorabuena, te has convertido en la asesora personal de uno de los mejores marchantes de arte del mundo —exclama entusiasmado mientras salta a darme un abrazo y los dos caemos presos del regocijo y la alegría.

Me acerco a corroborar el mensaje, mira que, si fuera una broma de mi querido hermano, pero no, es tal cual, escueto y claro, dice así:

*Señorita Anclada:*

*Es un honor y un placer para mí comunicarle que ha sido la elegida para el puesto de asesora personal en la galería. Por favor, consulte todas las condiciones en el archivo adjunto, un saludo*

*Charles Russell.*

Vuelvo a saltar encima de Berto que cae abolido sobre el sofá, derrotado y harto de mí, se excusa con que tiene que salir rápidamente al

trabajo, el pobre piensa, con toda certeza, que su hermana se ha vuelto completamente loca.

De vuelta a mi habitación para revisar con calma el archivo adjunto que me ha mandado Charles, pienso en los motivos y las razones que habrá tenido este para finalmente contratarme.

Mira que si es por lo que me dijo anoche Berto me llevaría una gran decepción. Es decir, si me contrata sólo porque soy graciosa, es mejor que contrate un payaso, tal vez le salga más barato... aunque aún no he visto mi salario, tal vez soy más económica que el payaso... ¡um! espero que no.

Imprimo el adjunto y me pongo a leerlo con calma. Son cinco folios, de modo que seguro no se les ha pasado nada.

Bien, en primer lugar, especifica mi sueldo que no os lo digo para que no os caigáis muertas del susto como lo acabo de hacer yo, pero vamos, que sí, que voy a poder ir de compras, a partir de ahora mucho más de lo que tenía pensado... y hasta buscar un sitio mejor donde vivir. Luego me asesoran sobre la forma correcta de vestimenta que debo desempeñar en mi trabajo, gestiones y demás, viajes, dietas, uf, empiezo a agobiarme.

Dejo los folios e intento tomármelo con calma. Los vuelvo a mirar intentando localizar que día empiezo a trabajar. La fecha de mañana parece que pone. Vaya, y yo sigo sin un triste trapo que ponerme.

Sí, voy a tener que ir hoy de compras, y justamente ahora, con el bajón después del subidón de alegría, no me apetece nada.

Quiero pensar que mi apatía se debe a la inseguridad en mí misma que empiezo a experimentar en su forma más cruel. Y es que soy mi peor

enemiga. La más terca, exigente y dura. En fin, voy a tener que dejar de martirizarme y salir a ver al menos un atuendo para mostrar mañana la versión más profesional de mí misma.

Camino de las tiendas pienso en Charles, tan simpático y caballeroso, dulce y educado, es un bombón, no puedo evitar estos pensamientos mientras miro escaparates intentando encontrar algo lo bastante sobrio y elegante para mi nuevo y categórico puesto.

Sé a ciencia cierta, que no estoy a la altura, al menos por el momento, de mi empleo, pero espero estarlo en breve, en cuanto tome un poco de soltura y experiencia. Mientras, espero que sean pacientes conmigo, vuelvo a pensar en Charles y me convengo de que, si es la mitad de simpático y agradable de lo que ha sido hasta ahora, será un verdadero lujo trabajar con él.

Aun así, intento borrarlo de mi mente y establecer bien claro el puesto que ocupa en la jerarquía de mi vida, es mi jefe y me ve como un simple instrumento de trabajo, de modo que no puedo pensar de otra forma en él. Pero no puedo evitar sentirme muy agradecida cuando pienso que gracias a Charles de momento no hay necesidad de volver al pueblo y tengo una gran oportunidad para mejorar significativamente mi vida aquí en la ciudad.

Por otra parte, mi hermano Berto está entusiasmado y me ha propuesto salir a celebrarlo este fin de semana, aprovechando que libra, por fin, en el bar, con lo cual mi grado de felicidad crece aún más, y así voy por la calle, con una sonrisa tontísima dispuesta a comerme el mundo en la medida que me sea posible, eso sí, yo comedida, siempre.

Llego a casa bastante cansada, he comprado dos camisas blancas y dos pantalones negros ya con la certeza de que, en lugar de trabajar en una galería

de arte, voy a hacerlo en un elegante restaurante, pero es que no he encontrado nada que mereciera la pena. Al menos de momento iré un poco más arreglada, después ya veremos.

Preparo la cena para Berto y para mí, el muy vándalo aún no ha venido, con lo cual me siento yo sola a cenar frente a la tele.

Al rato me voy a dormir, deseosa de que empiece ya mi nuevo y emocionante trabajo, pero temblando de miedo a la vez.

Vuelvo a pensar en Charles y en su magnífica y cuidada anatomía y me vuelvo a regañar a mí misma porque es mi superior. Acto seguido caigo presa del sueño.

# Capítulo 5

Las calles se ven desde otra perspectiva cuando trabajas y la vida te sonrío, el mundo parece que ha sido creado para ti y el día ha amanecido radiante y espectacular a propósito. Sin embargo, en mi caso nunca es tan bonito, ya que estoy hecha un manojito de nervios mientras espero el autobús que me llevará a mi nuevo empleo, la galería de arte de ensueño, enfundada en el atuendo que me compré ayer y temerosa de ensuciarlo o de que me ponga a sudar copiosamente.

No sé cómo lo hace la gente para evitar estar hecha un harapo en breve en cuanto sudas horrores, pero yo suelo llevar una pequeña muda en el bolso bandolera mega maxi que llevo y, desde luego, parece ser que siempre he estado haciendo pinitos para cuando sea madre, porque me acuerdo de ellas cada vez que empiezo a escarbar y lo encuentro todo menos lo que estoy buscando.

Y así es, llego al trabajo a punto para darme una ducha, es decir, bañada en sudor y alterada perdida, temiendo que Charles se dé cuenta demasiado pronto y decida que, seguro, no paso del periodo de prueba.

Al entrar me acerco a la chica que está en recepción. Sé que se llama Loles y por lo que me ha parecido a simple vista es súper simpática y eficiente con lo cual intento que me eche un cable:

—Hola Loles, perdona que te moleste, es mi primer día aquí y estoy un poco, ¿cómo te diría?

—Hola Pilar, estábamos esperándote, no me digas más, estás un poco nerviosa —me dice mientras sonrío en señal de saber más de lo que dice.

Asiento con complicidad, mientras me hace un gesto para que la siga y

llegamos a una pequeña habitación con todo lo necesario para darse un descanso, hay incluso un pequeño cubículo con baño y ducha.

—Aquí podrás asearte como deseas. Charles lo planeó así cuando abrimos la galería porque la ciudad y el transporte público hace que llegemos al trabajo como mendigos —afirma mientras me guiña un ojo y yo le agradezco con una sonrisa y un gesto tanta amabilidad.

Minutos después, me encuentro mucho más presentable pero no menos nerviosa y acudo de nuevo a ella:

—Me he leído el dossier que me mandasteis y en él mis funciones para mi primer día de trabajo era pasear a mi antojo por la galería para ir familiarizándome con todas las colecciones, ¿es así? Me parece una tarea muy sencilla —le digo a Loles mientras está a vueltas con el teléfono que no para de sonar. Cuando por fin cuelga me dice, armándose de paciencia:

—En efecto así es, Charles siempre nos da esa oportunidad el primer día. No obstante, no es tan sencilla la tarea como parece. Debes aprenderte y memorizar todo lo que veas, el señor Russel es muy exigente y estricto en el trabajo, pese a su buen carácter, te exigirá todo, conocimientos, formación continuada para ti, asesoramiento para la galería, debes prepararte para dar el máximo cada día. De lo contrario se cansará pronto y pasarás a engrosar las listas del paro... me duele decirlo, pero antes que tú muchas ocuparon tu lugar...

No puedo evitar pensar en el sentido romántico al escuchar estas frases porque Charles está cañón y es muy fácil imaginarlo en ese plano, pero no quiero que mis gestos delaten mi obnubilación momentánea de modo que me limito a asentir como una tonta y a alejarme de allí a toda velocidad dispuesta a acometer mi tarea con la máxima eficacia posible.

La galería es grande, espaciosa y llena de luz. Me gusta, sobre todo, como está hecha la distribución de modo que cada pieza tiene su lugar y no ofrece un aspecto cargado, todo el lugar destila elegancia, buen gusto y un aspecto acogedor para entregar al visitante la más agradable de las visitas.

Vuelvo a lo que me ha dicho Loles. Si el aspecto de la galería, sus colecciones y todo en general, está tan impecable, no veo por qué es necesaria mi presencia aquí, no soy capaz de detectar ningún error cometido por la chica que estuvo antes que yo de modo que me inquieto aún más... porque no sé si voy a estar a la altura, con lo desastre que soy. Sé que en formación estoy muy puesta pero no tanto en tacto, buenas maneras y elegancia.

El buen gusto también tendré que trabajarlo un poquito, ya que no soy chica de costumbres refinadas, dado que soy más pobre que las ratas... y al final acabo pensando, como siempre, que no sé por qué me ha contratado el señor Russel cuando, seguro, hay candidatas más cultas, formadas, elegantes, ricas y refinadas que yo...

Al final me paso todo el día en la galería memorizando las colecciones que posee Charles en estos momentos, en total siete, cuatro de las cuales son de arte contemporáneo, dos de estilo impresionista y una que a simple vista no consigo identificar porque presenta características contradictorias de modo que saco una pequeña libreta donde anoto las dudas para verlas en casa con detenimiento.

No quiero que el señor Russel me pille con algún dato que desconozco y piense que no estoy tan formada como parezco...

Al rato, aparece con su sonrisa habitual, detalle que me pone en guardia y de nuevo un poco nerviosa porque no sé muy bien cómo actuar en este tipo

de situaciones.

Mis anteriores jefes siempre han sido unos auténticos cabroncetes y no estoy acostumbrada a que me traten bien en el trabajo, la verdad. Además, éste es bueno, con un buen salario, buen ambiente, de modo que me moriría si doy un paso en falso y lo pierdo.

—Vuelve en ti Pilar, te estoy preguntando... —dice Charles mientras chasquea los dedos delante de mis narices...

—Sí, disculpe, he estado mucho rato memorizando las colecciones de la galería y me despisté un poco...

—Tutéame Pilar, todo el mundo lo hace, te obligo de hecho —matiza mientras me guiña un ojo y me derrito de forma involuntaria.

Charles lleva un traje oscuro de impecable corte, seguro que, de algún reputado sastre, y el pelo peinado con cuidado hacia atrás, lo cual hace que su color castaño brille de manera tremendamente sexy. Si a este despampanante conjunto le acompañan unos grandes y expresivos ojos azules y una sonrisa arrebatadora, simpática y sincera, el resultado es un tembleque en mis piernas y un calor que me da por pensar que me sobreviene la menopausia precoz.

Charles, ajeno a mis calenturientos y precipitados pensamientos continua con una media sonrisa:

—Espero que te hayas aprendido ya las adquisiciones que poseo en la galería actualmente ya que vamos a hacer borrón y cuenta nueva, ahora mismo las exposiciones que ves aquí son una copia exacta de mi galería en Nueva York, he querido pisar sobre seguro en la apertura. Pero esto tiene que cambiar cuando tu impongas tu criterio y tomes el mando..., por tu puesto han pasado tres asesoras antes que tú y ninguna de ellas ha sabido soportar la presión, espero tener más suerte contigo, porque no puedo vivir de mi

negocio dedicándome a copiar mis otras galerías... y ya ves que no soy un jefe difícil de tratar, pero el puesto sí que requiere de cierta presión y exigencia...

Yo asiento a todo como la boba que soy sin percatarme de dónde quiere ir a parar...

—Por ello, lo más conveniente para completar tu periodo de prueba y saber si eres la idónea para el puesto es lo siguiente: tendrás que visitar mis otras galerías, todas ellas, la de Nueva York, Londres, París, Hong Kong y Dubái, en el periodo de un mes, te acompañaré, por supuesto, puedes estar tranquila.

Mi cara en estos momentos debe ser todo un poema.

Charles, atento a cada micro expresión de mi rostro asiento con firmeza y una sonrisa para dar por zanjado el tema, el cual yo no tengo tan claro.

Nadie me había dicho nada sobre viajar y tampoco creo haber leído nada parecido en el contrato, si no fuera porque lo estoy oyendo de sus labios pensaría que se trata de un error... y, por otra parte, no puedo evitar pensar enseguida en mi hermano Berto al cual no puedo dejar solo ahora.

Charles sigue comentando sobre las bondades de los viajes y la necesidad de ellos para convertirme en una gran asesora en tiempo récord pero no le escucho, estoy ensimismada en mis problemas e inseguridades y me pellizco disimuladamente para comprobar que no es un sueño y que está pasando en realidad.

Porque supongo que no me creeréis cuando os afirmo que no siempre he sido así de pusilánime.

Hubo una época en que yo era normal. Aunque tiempo hace de eso, ya

ha llovido mucho. Y ahora no es que no sea normal, es que soy muy cobarde.

No recuerdo cuando fue la última vez que subí en avión, pero no me apetece nada volver a hacerlo. Y no porque tenga miedo sino simplemente porque me da mucha pereza embarcarme en nuevos retos.

Como os dije al principio de mi historia, lo que mejor se me ha dado siempre es huir con lo que, disimulando lo más que puedo intento escabullirme de Charles, alegando que tengo que ir al servicio y del mismo, instantes después me escabullo hacia mi casa.

Ya en la calle me doy cuenta de lo que acabo de hacer. El primer día de trabajo y ya me he ido. Soy un desastre.

No puedo irme a casa, me echarían sin más y aunque no me apetece nada lo que me ha dicho Charles, los viajes y demás, porque siento que me sobreviene un agobio tremendo, cada vez tengo mayor certeza de que no puedo hacer nada para evitarlo.

Doy media vuelta y vuelvo sobre mis pasos, voy al café, compro dos para llevar y vuelvo a entrar en la galería. Encuentro a Charles en su despacho, concentrado en unos papeles y le ofrezco el café:

—Disculpa Charles, salí a por un café para ti y me compré otro para mí. Demasiadas emociones en mi primer día de trabajo... —confirmo con cautela, mientras espero su reacción.

— ¿Lo dices por los viajes? No te preocupes por eso ahora, hay mucho que hacer, pero paso a paso, como ya te he comentado, contarás en todo momento de mi ayuda y asistencia. De hecho, esos días seguro que te dará la impresión de ser tú la jefa y yo quien trabaje para ti —afirma mientras suelta una carcajada.

—Mi cara debe de ser todo un poema. El problema es que no sé cómo salir de ésta, y cada vez se está liando más la cosa por lo que veo, ¿qué dice este hombre que va a parecer que soy yo la jefa y no él? Empieza a desvariar...

—De hecho, y pensándolo bien, se me ha ocurrido una idea fabulosa — me dice Charles, ahora tremendamente excitado mientras me anima a que me siente.

—Te explico, no te apures —me dice acomodándose en su sillón de jefazo...

—Es muy simple, sólo tienes que hacerte pasar por jefa y yo seré tu asistente personal. Para ello me caracterizaré, por supuesto. En la mayor parte de galerías no me conocen personalmente, dado que siempre estoy viajando y paso muy poco tiempo allí, y cuando lo paso el equipo no suele estar... y la otra parte confiemos en que no me reconocerán, será algo así como el jefe infiltrado —comenta entusiasmado haciendo aspavientos con sus fuertes y sexis manos.

Ahora sí que alucino. Sin duda mi jefe está como una cabra. Llego a casa hecha un manojo de nervios, el día ha sido muy intenso y Berto está ahí en el sillón tirado frente a la tele vegetando esperándome para que le haga su cena.

No, definitivamente mi hermano no sabrá vivir solo... me lamento en voz baja mientras me dirijo a la cocina a preparar algo con lo que llenar la barriga esta noche.

Pero, sin esperarlo, Berto me sigue y empieza a interrogarme:

—Pilar, estás muy callada, ¿qué tal tu primer día de trabajo?, ¿no habrás metido ya la pata, ¿verdad? —me dice el muy cansino...

Lo miro de refilón, qué cretino es cuando quiere, mientras le suelto, con mi grado de impertinencia por los aires, y la poca paciencia que me quedaba, por los suelos:

—¿Cómo osas pensar así de tu hermana? La verdad es que ha ido mejor de lo que esperaba, pero no te creerás lo que al final ha pasado...

—No me digas más, tu jefe te ha acosado sexualmente y has huido como siempre haces en todo —dice, mientras se carcajea a mi costa. Como me fastidia lo que sale de los labios de mi hermano. Tiene una buena bofetada este hombre, hago esfuerzos sobrehumanos para contenerme.

—Qué gracioso eres, Berto, a ver si al final al que esperan en el Club de la Comedia es a ti. Pues no, no me ha acosado el pobre hombre ni yo he huido —digo, recordando el momento en que sí lo hago para finalmente ir a por dos cafés, pero callando cual perra soy...

—Al final me ha explicado que tengo que hacer una especie de prueba en sus otras galerías de arte, repartidas a lo largo del mundo, para ir tomando nota de como tengo que hacer mi trabajo, qué es lo importante, lo necesario y qué lo prescindible.

Pero en esas estábamos y no sé cómo ha sido la cosa que al final quiere que me haga pasar yo por la jefa y él será el “asesor”, vamos que hará de jefe infiltrado ha venido a decirme más o menos, esa es la idea...

A Berto se le desencaja la boca por la sorpresa. Se queda mudo mirándome expectante, como pensativo, para seguidamente abrir su gran boca en un gesto de asombro y acto seguido volver a estallar en carcajadas, tanto que se pone hasta morado. Cada día estoy más segura de que Berto es de otro planeta, vinieron, abdujeron al real y me lo cambiaron por este, no puede ser de otra forma.



# Capítulo 6

No duermo bien esta noche pasada y lo entiendo puesto que no estoy en mi mejor momento, tanto de ánimo como de tranquilidad. Aun así, intento recomponerme lo mejor que puedo para ir al trabajo, no quiero que Charles note que estoy preocupada, intento mantener mi porte más profesional.

Hoy me dará los detalles del viaje, cuándo partiremos, dónde iremos primero, y demás. Ahora mismo echo de menos una amiga cerca a la que contarle todo esto que me está pasando, aunque no se lo creería, la que tengo está en el pueblo y alucinaría con todo esto aún más que yo.

Llego a la galería y Loles me aborda impaciente.

—Pilar, disculpa que te pregunte directamente —me dice visiblemente nerviosa —No he podido evitar ver la agenda del señor Russel y he visto viajes programados para todo el mes. He de suponer que le acompañarás —matiza con tacto, midiendo cada palabra.

—Pues sí, no me queda otra, Loles, aunque aún no tengo muy claro cómo acabará todo esto y espero no arrepentirme... —le cuento desde mi yo más sincero.

—Sé que te sonará raro, pero te voy a echar de menos, a pesar de lo poco que te conozco veo que eres una persona razonable y respetuosa Pilar y eso, hoy día, no abunda, me quedo tranquila, eso sí, porque estarás con el señor Russel que es muy buen jefe —dice como quien no quiere la cosa.

—No te preocupes Loles, en nada estoy de vuelta y algo me dice que te vas a aburrir de mí de tanto que me verás por aquí —le digo haciendo acopio de mi lado más positivo cosa rarísima en mí y que, por ese motivo, me deja una expresión de incertidumbre en el rostro para nada acorde con lo que estoy

diciendo.

Loles me mira y sonrío, adivinando mis pensamientos y dándome palmaditas en el hombro intenta animarme:

—Anda mujer, verás como sí, será toda una experiencia que, por otra parte, te va a terminar de formar a conciencia, y parece mentira que esté diciendo yo esto con tu formidable currículum —finaliza intentando no ofenderme.

—Seguro que sí —ataño intentando dar por finalizada la conversación, de cualquier manera y conociéndome será complicado de modo que, si algo debo tener en este y todos los momentos de mi vida es paciencia, sobre todo para aguantarme, lo demás viene solo.

Le pregunto si el jefe ya ha entrado a lo cual me contesta que debe estar a punto de llegar.

Aprovecho para ausentarme un momento a por café para ella, para mí y para Charles. Ya en la cola de la cafetería para pedir, no puedo dejar de pensar en el tema...

Cierto es que me preocupo sobremanera, de todo y por todos, eso no es nada nuevo en mí, pero esto del viaje definitivamente me viene grande y más teniendo que aparentar que soy la jefa. Miedo me da a meter la pata, pero no como otras veces, no, esta vez es un miedo atroz.

Y, como no, pienso en Charles. Este hombre ha sido todo un descubrimiento. Además de guapo y sexy, generoso, simpático y arrebatador, así cualquier mujer cae a sus pies.

No puedo evitar sentir que me gusta mucho y este viaje lo único que va a conseguir es dejarme en evidencia con su consecuente rechazo.

Ya estoy pensando en no ir y no tengo alternativa, Pilar Anclada, no hagas honor a tu apellido, no tienes otra, es esto o volver al pueblo, me increpo mentalmente.

Vuelvo a la galería y al rato llega Charles, solo que yo no me entero, ensimismada como estoy en mis pensamientos hasta que, un poco más alto de lo normal me suelta:

—Pilar, aquí, todavía en España —haciendo una risita y bromeando muy en su estilo. Le miro con sorpresa e intento disimular:

—Perdona Charles, estaba haciendo un repaso mental de todo lo que me tengo que llevar de viaje —digo, intentando salir del paso.

—Con que te lleves a ti misma es más que suficiente —suelta guiñándome un ojo y entrando en su despacho.

— ¿Perdona? ¡Me ha guiñado un ojo! El muy canalla. Le sigo de forma automática mientras observo como se sienta en su silla de jefe plácidamente y me mira de forma interrogante.

—Vale, Pilar, suelta todas las dudas que tengas... —me dice mientras me regocijo pensando que en dos días este hombre me conoce mejor que mi madre.

— ¿Cómo sabes que tengo dudas?, bueno, es igual, sí, tengo muchas dudas. En primer lugar, cuándo salimos, también necesito un itinerario exacto de días y lugares para mí y mi familia, después me corroe el pensar cómo voy a hacer de jefa si nunca antes apenas he trabajado y sin menos en lo mío.

Ups, error, pienso, pero ya es tarde, mientras me acuerdo del maquillaje que le di a última hora a mi currículum en el apartado de experiencia laboral. Mi jefe, claro está, me mira achinando un poco los ojos, sin comprender.

—Quiero decir... —balbuceo intentando salir del paso—. Que nunca en ningún puesto de trabajo anterior he tenido un puesto directivo, no sé cómo debo actuar...

—Pues como siempre Pilar, con naturalidad, eso sí, no te lleves ese estilo de vestir, tendrás que ser un poco más sofisticada, sin ánimo de ofender. Pero ya verás, lo vas a hacer genial, y ahora por favor, vamos a trabajar un ratito, Loles tiene tu plan de trabajo para hoy y el itinerario que me has pedido, está todo preparado —termina sacando un montón de papeles para revisar y echándome de su despacho.

Vaya con mi jefe, pienso mientras me dirijo de nuevo donde Loles. Ésta no me hace caso porque está peleando al teléfono con un repartidor, pero enseguida cuelga y le pido lo que me ha dicho Charles:

—Pues no sé a qué te refieres —me dice, pensativa.

—Ah, sí, que cabeza la mía, disculpa, debe de ser un sobre que dejé ayer para ti, lo confundí con el contrato... —corroboro sacando un enorme sobre de debajo de su gran mesa de recepcionista eficiente. El paquete es tremendamente tocho, tanto, que me quedo pensando un momento si abrirlo delante de Loles o no, pero como esta mujer me ha ofrecido su confianza no soy quien en estos momentos para echarme atrás por mi parte.

—Qué grande es —me quejo—, venga, vamos a abrirlo —concedo finalmente mientras Loles me mira expectante.

Saco un buen fajo de papeles de su interior. En él está todo. Itinerario, billetes, equipaje, facturación, incluso como debo de vestirme para conseguir hacerme pasar por una jefa modelo.

Miro con cara interrogante a Loles con la intención de que me cuente qué me he perdido.

—Si la idea se le ocurrió ayer, que así lo creo, se tiró trabajando hasta tarde para tenerlo todo listo para ti hoy —afirma igualmente anonadada.

Me limito a buscar el itinerario para saber cuándo tiene previsto salir porque me asalta, cada vez más, un sentimiento de desasosiego muy grande en el estómago.

Si Charles se ha tomado tantas prisas es porque salimos en breve. Lo tengo, vamos a ver, salimos, no puede ser, ¿salimos esta tarde? Primera parada Londres, me balanceo ligeramente mientras me da un pequeño mareo y Loles me sostiene como puede.

—Pilar, ¿qué pasa? —me pregunta mientras mira la fecha en el folio que sostengo a duras penas.

— ¿Hoy? Nunca lo hubiera pensado de Charles, odia la precipitación y la impulsividad... —matizó presa de la duda—. Debe de haber un error.

Pues claro, tomo el tocho de papeles y camino en dirección a su despacho, al cual entro sin llamar, no porque sea una maleducada sino simplemente, porque mi estado de lucidez totalmente aniquilada no me lo permite.

—Señor Russell —le espeto, intentando controlarme para no gritar —, ¿cuándo pensaba usted decirme que salimos hoy?, y así visto lo visto, ¿cuándo se supone que me tengo que despedir de mi familia y preparar mi equipaje? Un poco más y me doy cuenta cuando ya estoy a bordo del avión...

Charles, que sigue ocupado en su escritorio me mira con la expresión grave de quien se sabe que ha actuado demasiado precipitadamente. Ni con esas pierde su atractivo, pienso, sin poder contenerme, mientras le miro profundamente enfadada.

—Sí, tienes razón Pilar, tal vez sea un poco precipitado, lo siento, discúlpame, pero, de todas formas, creo que cuanto antes empecemos mejor, aún no hemos salido y ya estoy deseando volver y seguir con la rutina diaria —confiesa visiblemente abrumado.

Me da la impresión, ahora que lo miro más detenidamente, que Charles está bastante estresado, de pronto se le ve cansado y un poco ojeroso y no puedo evitar sentir un poco de pena por él. Pero que tonta soy, me digo, ¿por qué voy a sentir pena por un hombre que lo tiene todo en la vida?, belleza, dinero, éxito. Si por alguien debo sentir pena es por mí, que siempre voy de un lado para otro como una marioneta, cansadita estoy de que me usen y me tiren como un pañuelo y, por otra parte, soy más pobre que las ratas.

—Intenta hacer un esfuerzo, Pilar —continúa, ajeno a mi debate interior—, te lo recompensaré con creces —promete con los ojitos del gato de Shrek.

—Vale, miro lo que puedo hacer, pero no prometo nada —le suelto sin medir mis palabras, sorprendida de que mis labios hablen por mí.

Se hace la hora de comer y yo estoy terminando de anotar las características de una colección que Charles guarda bajo llave, sumamente exclusiva, y la guarda así porque es para emergencias, según me comenta. Es decir, para cuando, si algún día, ojalá no pase nunca, la galería se quedara “sin opciones” esta colección sería la que vendría a salvarnos “del marrón”.

No me he aburrido mucho, la verdad, pues entre esto y estudiar el fajo de instrucciones del sobre que me ha dado Loles para el viaje, se me ha pasado la mañana enseguida. Camino de casa ya, hago un poco de compra para dejarle a Berto algo de comer, aunque él mismo tendrá que aprender a hacerse las cosas, porque en un mes, antes se muere de hambre si no empieza

a cocinarse un poco.

Sí, estoy preocupada. Me gusta pensar que suelo controlar mi vida, pero últimamente no lo hago, ya que tal afirmación ahora mismo se ha convertido en un lujo para mí.

Llego a casa tremendamente cargada y miro a ver si está Berto que, menos mal, está frente a la televisión absorto con un plato de comida delante de él del que apenas prueba bocado. Está mirando las noticias deportivas, mi hermano nunca cambiará, adora el deporte, pero se le ha terminado el chollo al llegar yo, ya que, acto seguido, apago la tele y lo insto a que me escuche:

—Berto, mi vuelo sale hoy y no voy a volver hasta dentro de un mes. He pasado a comprarte comida, pero se te terminará antes de que regrese, por favor, come, no me seas infantil...

— ¿Os vais hoy?, ¿ya? Vaya, ese jefe tuyo está más tarado de lo que creía... —comenta mientras esgrime una sonrisilla traviesa que no me gusta nada.

— ¿Qué es esa sonrisa indecente? —le pregunto mosqueada.

—Nada mujer, que mal pensada eres, ven aquí dame un beso, mi hermana favorita, tampoco tengo otra —intenta calmarme mientras ríe con ganas.

Me dejo abrazar porque en un rato estaré en el aire y echándole de menos que si no... pero mi hermano cada día que pasa es un poco más sinvergüenza si cabe, lo aprenderá en el bar porque no pisa otro sitio...

—Anda, rufián, eso se lo dirás a todas —le jaleo bromeando yo también, sonriendo, un poco más tranquila.

Y es que poco puedo hacer por mi parte, más que aprovechar esta

magnífica oportunidad que me brinda la vida y disfrutar porque, ¿para qué si no estamos en este mundo?, ¿verdad? Pues claro que sí, intento inculcarme mentalmente infundiéndome valor y ánimo.

# Capítulo 7

— ¿Por qué vamos a Londres? —pregunto desde mi yo más ingenuo mientras Charles se acomoda en su asiento de clase *bussines* y pide un zumo natural y los periódicos a la azafata.

—He pensado hacer antes una parada en la galería de Piccadilly Circus, quiero enseñarte algo —me explica, pausado y sereno, le noto de buen humor, pese a que hemos tomado el vuelo con cierto retraso.

Pero como Londres está relativamente cerca llegamos en un suspiro y para cuando nos damos cuenta ya estamos llegando al hotel. Charles ha reservado dos habitaciones contiguas y me explica de modo general el plan que vamos a seguir.

—Pilar, aquí en Londres yo seré el jefe, no es necesario que me infiltre, de ese modo aprenderás cómo hay que hacerlo, cuál es la actitud, qué es lo que suele pedir el marchante cuando llega a la galería, en este caso, el marchante que la regenta, etc., en esta galería tienes que aprender a moverte como pez en el agua después como jefa. Será la única forma de que no nos descubran porque sabes bien que sólo contrato personas muy inteligentes —afirma con una sonrisa de complicidad, a lo que asiento.

—Seré toda ojos y oídos —le respondo convencida de que será un cursillo intensivo de cómo ser una jefa, o al menos parecerlo de la mejor forma posible, además espero aprender mucho de este mundo, entender cómo funcionan los entresijos de la galería y si además me divierto y veo un poco esta preciosa ciudad no puedo pedir más.

—No habrá tiempo para compras aquí pues sólo estaremos hasta mañana, pero te llevaré a ver los lugares más importantes, sé que no has

viajado mucho Pilar y no quiero que estés en Londres sin ver nada —exclama como si me leyera la mente.

—Pero ahora es momento de acomodar nuestras maletas en las habitaciones, te espero en media hora en recepción, no tardes Pilar —indica, mientras llegamos a la puerta de ambas habitaciones, tiro de mi maleta y entro con ganas de ver dónde dormiré esta noche.

Entro con mucha excitación y, acto seguido, me quedo alucinada pues la habitación es una maravilla, preciosa, elegante, amplia, derrocha luz y buen gusto, Charles no escatima en gastos.

Corro a ver el baño, espacioso, con una ducha de hidromasaje que, seguro, hará las delicias del viajero más cansado, y una cama, ¡qué cama!, de esas que son dos por dos, enorme, de seguro voy a dormir como una reina esta noche.

Saco lo más básico de mi maleta, cuatro prendas para que no se arruguen, me arreglo un poco en el baño, me peino y retoco mi maquillaje pues quiero estar presentable para Charles mientras pienso las molestias que se está tomando el marchante con este viaje.

No sé qué ponerme, pienso, mientras miro indignada los pocos trapos que he sacado arrugados de mi maleta, los pantalones de tela negros que conseguí comprar en Madrid y una blusa color crema, bastante vieja, que logré adecentar en casa.

Bajo a la recepción y ahí está Charles, impecable, con un traje en azul y camisa blanca, un jefazo descomunamente buenorro, esperándome, con su pelo ligeramente hacia atrás y su barba de unos días, me mira expectante.

— ¿Lista? —exclama, mientras yo sólo consigo asentir, embobada ante el atractivo que Charles ha desplegado sin ser consciente delante de mí.

—Pues vamos, ya verás cómo es más fácil de lo que crees, te voy a presentar a mi mano derecha aquí en Londres, Sally, ella se encargará de convertirme en una jefa en horas, ya lo verás —afirma satisfecho mientras subimos en el sobrio automóvil negro que nos espera a la puerta del hotel.

Momentos después estamos entrando por la puerta de la intimidante galería de Piccadilly e intento recordar en qué momento mi vida ha cambiado de este modo para verme rodeada de tanto lujo y de gente tan distinguida, se respira glamur y sofisticación y esto me hace ponerme en guardia y sentirme muy tensa.

—Charles, yo, no sé si podré —exclamo en un arrebato de inseguridad mientras bajamos del auto.

—Por supuesto que podrás, Pilar, sólo tienes que permanecer callada y atender a todo lo que Sally te explique, recuerda que sólo es actitud y lo que tú te creas que sea —me dice Charles bajito para que no lo escuche nadie más que yo en el momento justo en el que está abriendo la puerta de la galería.

Una chica guapa y joven de cabello moreno, largo y lacio nos espera, eficientemente dispuesta al lado del sitio donde se reciben los clientes, con una sonrisa de oreja a oreja, me gusta, pienso, como primera impresión.

—Pilar, esta es Sally, pregúntale todo lo que necesites sin miedo, te dejo con ella, mientras soluciono un papeleo en el despacho, te espero en un rato allí —exclama con una mirada que no sé muy bien cómo interpretar.

—Hola Pilar, encantada, estábamos esperándote —exclama Sally ofreciéndome toda su atención e ignorando por completo a su jefe—, ven, te enseñaré todo cuanto necesitas saber para tu viaje.

Charles se marcha dejándome con la eficiente Sally que me va explicando todo el funcionamiento general de una galería para que tenga una

idea global de todo por si en un hipotético caso algún empleado de las otras galerías me preguntara alguna duda, algo poco probable pero posible, por lo que es necesario que sepa cómo funciona todo para no verme en un compromiso.

Con Sally aprendo de donde vienen las colecciones, cuánto tiempo están en las galerías, en qué criterios se basan para elegir las colecciones dependiendo de la época del año, dónde van después las colecciones, cómo se negocian, dónde, con quien, etc.

Estoy abrumada por tanta información, pero este mundo es, sin duda, fascinante.

Lo que también alucino es cómo Sally sabe tanto sobre el funcionamiento global, es lógico pensar que es la gerente de esta galería, pese a su sencillez de carácter. Y luego no entiendo como Charles, sin apenas conocerme confía tanto en mí para ofrecerme toda esta información en bandeja, sin duda debe ver un potencial en mí que yo no alcanzo a encontrar.

Dos horas más tarde, la pobre Sally recupera el aliento bebiendo un poco de agua mientras acabamos de recorrer la gran galería, el pequeño almacén que hay en ella, y los talleres que alberga la misma para restauraciones varias pero que, en la actualidad no se usan porque las obras que contratan vienen listas para ser expuestas.

—Y eso es todo —exclama Sally un poco cansada, mientras intenta adivinar en mi rostro si me he quedado con todo, algo, por otra parte, difícil dado que es un montón de información en muy poco tiempo—, ¿alguna duda? —pregunta paciente.

—Pues, sí —le respondo, inquieta por no querer molestar demasiado. Pero nada es molestia para Sally, está instruida para que yo salga por esa

puerta completamente formada y no va a parar hasta conseguirlo. Me encanta esta mujer y su actitud en el trabajo, eso es tenacidad, le echa ganas.

Una hora después, tres en total entro en el despacho de Charles, al que imagino echando, a estas alturas, una cabezadita, pero nada más lejos de la realidad pues está enfrascado en unas carpetas en las que puedo ver láminas con cuadros los cuales va eligiendo, o no, según su parecer.

—Pilar, justo a tiempo —exclama, sin levantar la vista de las láminas —, ven, quiero mostrarte algo.

Me acerco y examino las láminas con detenimiento, corresponden a una colección de una artista contemporánea muy prometedora que, personalmente, me encanta, pues me siento identificada con su forma de entender el arte, no sé si voy a conseguir ser muy objetiva.

—Estoy eligiendo las mejores para la próxima exposición en Dubái, por lo que me vas a echar una mano —explica confiado.

Me siento a su lado un poco apurada por su cercanía y me pongo a estudiar lámina por lámina, Charles aguarda mi opinión con paciencia.

En total me proporciona unas treinta láminas de las cuales debemos escoger la mitad, para exponer finalmente las diez que más le gusten a Charles al natural cuando las reciba en Dubái.

—Suelo ir personalmente con mi asesora cada vez que tengo que tomar la decisión final, a todas las galerías que tengo... —exclama sugerente.

Empiezo a sudar copiosamente pues o soy yo o aquí hace un calor del infierno, pero debo ser yo porque Charles está tan cómodo con su traje y no veo que tenga calor. Y es que está tan cerca de mí, en fin, Pilar, céntrate en el

trabajo, no te pares a disfrutar lo bueno que está tu jefe... me obligo.

—Pilar, estoy esperándote —se impacienta éste.

—Sí, perdón —respondo, volviendo a la realidad—, a ver, te explico, no puedo ser muy objetiva con esta artista porque me encanta y, sinceramente, todas sus obras me parecen excepcionales, tendría mi casa decorada con cada una de las obras que ella sacara al mercado, me parece una artista fascinante —le confieso, admirada, mientras me recreo en las láminas.

—Eso es totalmente lógico, Pilar, es una de las mejores pintoras del mundo. Pero en este momento se trata de elegir, te voy a ayudar, la temática de la exposición es el amor y la muerte, los dos temas trascendentales de la vida y por ese orden, ahora, ¿qué obras escogerías?

Claro, así es mucho más sencillo pues puedo descartar las láminas que no tengan nada que ver con esas temáticas concretas, en total, de las treinta, ya puedo escoger las quince que Charles demanda.

—Perfecto, esa es tu elección, pero mira, ésta no nos sirve porque es demasiado antigua y las que expongo tienen que ser de menos de tres años de antigüedad, con lo que elegiremos ésta si no te importa —sus masculinas y cuidadas manos se mueven con soltura por la mesa tomando y soltando láminas mientras yo me relamo, absorta en ellas, largos y expresivos dedos acarician con cariño cada lámina escogida, quien fuera papel, me digo tontamente, para ser acariciada por este hombre...

—Pilar, Pilar, vuelve.

—Disculpa Charles, estoy un poco mareada, tanta información... —le respondo, disimulando mis calores y mi inminente sofoco por haber sido de nuevo pillada infraganti.

—No te preocupes, es normal, vamos, te invito a un café, descansemos un rato y tomemos el aire, te vendrá bien —se decide mientras salimos del despacho y nos despedimos de Sally.

Aprovechamos que ya es casi medio día para descansar, darnos un respiro y hacer un poco de turismo por la ciudad. Recorremos las calles de Londres, tomamos el automóvil y Charles me muestra el Big Ben, el Palacio de Buckingham y el maravilloso río Támesis. Fascinada me hallo cuando me sorprende con la siguiente sugerencia:

—Pilar, me gustaría dar un paseo contigo si no te importa —mientras su mirada interrogante cala cada uno de mis poros—, hay algo más de lo que hablar.

Uy, ahora es cuando me dice que, de vuelta, me despedirá. No, Pilar, no seas malpensada, no se habría tomado la molestia de formarte de esa manera tan completa.

Y sí, damos un paseo maravilloso a orillas del río Támesis en un ambiente relajado, distendido y, sin pretenderlo, muy romántico.

Charles camina a mi lado, se le ve un poco inquieto, algo raro en él, todo seguridad y paz. En un primer momento, ninguno de los dos hablamos, yo expectante por lo que tiene que decir y él, probablemente pensando cómo empezar.

—Pilar... —observa mi reacción y mi disposición para escucharle mientras permanezco callada y me pierdo en sus increíbles ojos azules.

—A ver... tengo que contarte algo Pilar, si no lo hago sé que en un futuro inmediato me voy a arrepentir, y es necesario que estés al corriente de todo —me explica, intentando ordenar sus pensamientos, sin saber muy bien cómo y por dónde empezar mientras yo empiezo a ponerme muy nerviosa.

—Cuando, por suerte, llegó a mí tu currículum, quedé asombrado con tu formación, me pareciste una futura empleada imprescindible, imposible de rechazar. Más tarde tuve algunos asuntos que me despistaron momentáneamente de tu contratación, algo que tú entendiste como que no estábamos interesados en ti, pero nuevamente un golpe de suerte nos puso frente a frente, esta vez de forma literal en la galería de Madrid, y en esa ocasión pude observar, además, que tienes carácter, entrega y que eres una mujer con cabeza. Ahí tuve la certeza de que podías ser la asesora personal perfecta para mí. Me aseguré en la entrevista personal, por supuesto. Hace mucho planifiqué todo esto, el viaje a las galerías, el asunto del jefe infiltrado, pero no lo pude llevar a cabo a falta de un asesor competente a mi lado. Bastante tiempo después, justo ahora, has aparecido tú, dándome la oportunidad de llevar a cabo lo que hace mucho llevaba queriendo hacer. Sé que existen muchas dudas en tu mente ahora, pero, por favor, confía en mí, también sé que verás cosas extrañas y que no llego a conclusiones de la forma más lógica, que mis investigaciones, en ciertos momentos serán descabelladas, pero yo trabajo de forma totalmente distinta a cuanto hayas podido conocer hasta ahora, sólo te pido, por favor recuérdalo, que confíes en mí como jefe... y cuando, por cualquier motivo, no seas capaz, que tengas la suficiente confianza para hablar de lo que sea conmigo. No quiero malentendidos en mi vida... profesional, entendido, ¿Pilar?

Sin duda podía esperar que me dijera mucho, pero nada como lo que me ha explicado del tirón. Pero Charles, parece que no tiene suficiente porque continua:

—Iremos a las galerías, conocerás Nueva York, París, Hong Kong, Dubái... y sucederán cosas, cosas que no entenderás, y que no serán lógicas a tus ojos, cuando esto pase, por favor, háblalo conmigo, yo te sacaré de dudas —concluye serio.

Su mirada me desarma, sus ojos reflejan dolor, frustración y una lucha pasada que se empeña en olvidar, nunca se había mostrado tan sincero frente a mí, intento hablar con tono firme y sereno.

—De acuerdo, Charles, así lo haré.

No sale nada más de mi boca con lo que, espero, esto sea suficiente, Charles me deja sin palabras, con lo charlatana que soy yo en mi vida diaria, pero él tiene una facilidad para dejarme asombrada alucinante.

Caminamos en silencio un buen rato más, cada uno sumido en sus pensamientos, Charles imagino que luchando con sus fantasmas y yo haciendo lo mismo con mis incertidumbres.

Al rato parece que se le pasa un poco el estado sombrío en el que había caído y algo más animado exclama:

—Vamos a comer, tengo un hambre brutal —me sonrío algo más tranquilo.

—Venga vamos o terminaremos comiendo puente —respondo, intentando quitar hierro al momento tan tenso que se había creado entre nosotros.

Después de comer Charles aprovecha para que hagamos una visita a la National Portrait Gallery que queda muy cerca de su galería, para disfrutar de obras clásicas y empaparme y disfrutar del estilo inglés.

Ya me gustaría empaparme completamente pienso mientras admiro a mi marchante que se mueve como pez en el agua por la elegante galería mientras me explica sobre las obras expuestas.

Por la tarde, después de la visita a la galería nacional, aprovechamos para tomar un café mientras siento que a estas alturas ya estoy totalmente

bajo el embrujo del Charles.

—He querido que la primera parada fuera Londres porque es mi ciudad natal, aquí me crié y a ella le debo hoy en día ser cómo soy y quien soy — explica Charles un poco emocionado.

— ¿Cómo decidiste ser marchante de arte? —le pregunto muerta de curiosidad.

Charles me mira tomándose su tiempo, deleitándose en cada rasgo de mi rostro, estudiándome, preparándose para contar su historia más personal, su vida:

—Es una historia larga y me temo que bastante triste —se excusa visiblemente apenado, pero hace un esfuerzo rápido por reponerse y sincerarse para mí, un detalle que no me pasa desapercibido y que me hace valorarlo aún más como persona.

—Mi padre era pintor, y mi madre escultora. Se conocieron en uno de tantos círculos culturales que creaban los movimientos de la época. Fue un amor a primera vista, pasional, pero también bastante caótico y complicado, tal y cómo ellos eran, artistas con un carácter difícil y cambiante. Mi padre, en concreto, pese a casarse con mi madre nunca quiso respetar la fidelidad que ambos se tenían que profesar en el matrimonio y pronto empezó a frecuentar otras mujeres. Pintaba y salía con ellas, bebía, caía exhausto y borracho y volvía a pintar. Mi madre se debatía entre perdonarle o huir para siempre del infierno que mi padre le hacía vivir día tras día, un infierno durante mucho tiempo hasta que llegué yo. Mi padre se calmó durante un tiempo e intentó asumir la responsabilidad que un hijo implica —hace una pausa para tomar aire y beber un sorbo de café.

Pero no le duró mucho el cuento, él era así. Poco después embarcó a

Francia donde conoció a una francesa con la que tuvo otro hijo, Ethan, mi hermanastro —suspira cansado ante el doloroso recuerdo.

Mi madre quedó muy tocada tras la huida de mi padre, nunca se repuso, dejó de trabajar y se limitó a escuchar viejas canciones de piano mientras recordaba momentos en su habitación, nunca más la vi salir de ella. Unos años después, desnutrida por el mal comer y no dormir, murió sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, el médico dijo que su corazón se paró de pena... —concluye, su mirada está perdida, ausente y siento que sigue interrogándose el porqué de esa pérdida.

—Lo siento, no quería... —le susurro, sin saber cómo seguir.

—Tranquila, hace muchos años y contarlo me ayuda a superarlo un poco más —dice mientras continúa.

—Crecí con el arte corriendo por mis venas y viviéndolo cada día, bebí de él, me nutrí a cada instante, durante muchos años, es parte de mí. Pero mis padres no tuvieron suerte, no fueron reconocidos y no consiguieron vivir de ello, todo lo contrario, mal vivían y apenas conseguíamos comer y vivir con dignidad —cuenta, para mi total asombro.

—Me hice más mayor y cuando tuve la oportunidad estudié, gracias a numerosas becas me gradué y prometí que la suerte de mi familia cambiaría conmigo, me metí en el arte, me especialicé y empecé a hacer contactos, al principio muy poco a poco y de la forma más humilde que puedas imaginar, pero paso a paso, mi buen criterio y mejor hacer y, sobre todo, el trabajo sin descanso, me permitió, por fin, cambiar mi presente y mi futuro. Lo que más me duele, sin duda, es que mi madre no pudo disfrutar de esa mejor vida que yo estaba dispuesto a darle, aunque para ello tuviera que sacrificar cada gota de mi sangre —confiesa, sin duda, totalmente ajeno, con la mirada perdida

muy lejos de aquí.

—En fin —exclama, volviendo al presente y mirándome de nuevo, intentando sobreponerse como puede—, ahora ya sabes el secreto de mi éxito —me suelta, intentando que el humor haga un poco más llevadero todo el dolor acumulado durante tanto tiempo.

—He querido venir aquí contigo a reencontrarme con mis raíces, aquí fue donde empezó todo, Pilar, donde quería formarte como jefa que vas a ser por el papel que te he encomendado, de modo que ahora ya estás preparada para nuestra misión —concluye con calma.

Nuevamente estoy sin palabras, con un nudo en la garganta, temblando, y los ojos llorosos por el pedazo historia que me acaba de contar Charles. Desde luego, si pudiera definir en una palabra su vida, no sería otra que intensa.

Dios, cómo debe marcar y forjar el carácter pasar por cosas así, y yo pensando que era un niño bien refinado y malcriado, qué poco me podía imaginar, esto le confiere un aire nuevo mucho más interesante y profundo del que ya tenía para mí.

Ahora, además de atracción y deseo causa en mí una profunda admiración y una necesidad de ser mejor persona y profesional cada día, pienso mientras le miro con devoción.

Su historia ha creado un momento demasiado íntimo entre los dos, a expensas de un café de sobremesa, pero no parece importarnos pues, al menos yo me siento muy cómoda, como si Charles fuera alguien a quien conozco de hace mucho tiempo y este sentimiento hace que me sienta reconfortada y protegida.

—Y ahora, Pilar, vamos a volver al hotel, recogeremos nuestras

maletas y vamos a poner rumbo a Nueva York, te queda mucho por vivir y disfrutar estos días —me dice mientras se levanta con decisión y me ofrece su mano para hacer lo mismo, algo a lo que accedo de manera automática.

Sin duda Charles es una caja de sorpresas, un hombre hecho a sí mismo, quien lo hubiera imaginado, es alucinante como una sola persona tiene tanta capacidad y poder de decisión para cambiar su vida de forma tan drástica, sí, le admiro y estoy empezando a temer que lo tonta que me tiene es algo mucho más intenso de lo que yo creía.

# Capítulo 8

Tomamos el vuelo de las siete y media de la tarde dirección Nueva York, sin escalas, directo y en clase *business*, pero a pesar de todo ello, estoy hecha un manojo de nervios.

A mi lado, Charles es totalmente la cara opuesta a mi estado, un remanso de paz y tranquilidad. Confiado, sonriente y optimista me anima, dándome pequeños apretones amistosos en el brazo, pero no hay forma.

Este hombre atenta contra mi salud mental al precipitar las cosas de esta manera. Debe de pensar que soy una neurótica, y lo entiendo, pero no es así, simplemente soy mujer de costumbres.

Y algo insegura también, a la par que pesimista, bueno, qué te voy a contar, si has llegado hasta aquí, ya sabes perfectamente todos mis defectos. Por ello, el vuelo se me hace largo y pesado, más aún cuando Charles dedica buena parte del mismo a dormir como un bendito.

Primero intento leer, pero no puedo concentrarme, con lo que opto por estudiar un poco los papeles que me dio Charles, aunque también sin éxito alguno.

Al final me duermo agotada y para cuando llegamos, estoy tan cansada que apenas me entero del trayecto al hotel, Charles me indica mi habitación y lo último que recuerdo es caer derrotada en la cama.

A la mañana siguiente me despierto como si un camión me hubiera pasado por encima, debe ser el jet lag, que sensación más desagradable, no sé ni cuantas horas he dormido.

Me doy una ducha rápida, me visto con lo más formal que encuentro en

mi escasa maleta y bajo a desayunar. Charles ya está en una de las mesas esperándome y, como no, está de un humor excelente, detalle que ya me comienza a cansar a la vez que me asombra sobre manera.

— ¿Tú siempre estás feliz? —le suelto sin poder evitar un deje de envidia en mi voz nada más llegar donde él está.

Charles está sentado tomando un café, perfectamente arreglado, huele a jabón y champú, con su pelo mojado y su porte fresco y elegante, está como si nunca rompiera un plato. Siempre tiene que estar perfecto, lo contrario que yo, vaya.

—Pilar, te he esperado para desayunar, pero no quería importunarte y al final he decidido empezar sin ti, disculpa —dice ignorando mi mal humor, mientras me sonrío.

—Me he permitido pedirte un poco de todo porque como hace horas que no comes he supuesto que tendrás mucha hambre —concluye tranquilamente.

Y lo cierto es que es decirlo y mi tripa empieza a rugir vorazmente en respuesta, a lo que él sonrío aún más y sigue tomando su café satisfecho.

De verdad os digo que odio a la gente que parece tan perfecta, siento que no va a colar la mentira que intentaremos, eso de hacernos pasar por jefa y asesor, pero si tiene una planta de jefe que se le ve venir a años luz. Y yo de trabajadora pringada.

—Charles, no se van a creer que soy tu jefa y tú mi asesor. Creo que te has equivocado de persona, no soy la mujer que necesitas para el puesto, no puedo hacerme pasar por una marchante de arte, una mujer de armas tomar, una jefa —le confieso expresando todos mis temores, dejando que mi lado más pesimista salga a la luz.

—Tonterías Pilar. Claro que podrás, pero todo a su debido tiempo. No te preocupes por eso ahora. Desayuna, recupera fuerzas, y descansa, cuando estés lista nos iremos de compras y sí, seré tu asesor, y verás cómo cambia la cosa, confía en mí —me comenta con su pasmosa tranquilidad y sus azules ojos incitándome a las más perversas y calenturientas ideas que puedan pasar por mi mente.

—De acuerdo, en cuanto desayune podremos empezar porque, a pesar del jet lag, siento que no podré dormir más en mucho tiempo —le digo fastidiada.

—Genial, pues prepárate Pilar, te recomiendo que tomes fuerzas — remata, guiñándome un ojo de la forma más sexy que he visto hacerlo jamás, detalle que me deja aún más prendada si podía estarlo a esas alturas.

El día se nos pasa en compras y paseos varios. Charles se conoce la ciudad como la palma de su mano y me lleva a las mejores boutiques de la zona, donde me tratan como una reina y no puedo evitar acordarme de *Pretty Woman*, lo sé, no tengo remedio, pero juro que vivo escenas calcadas.

Cuando ya empezamos a sentir el cansancio en nuestras pesadas piernas y en nuestros doloridos pies doy gracias al saber que traerán las compras al hotel porque hemos cargado como si nos fuera la vida en ello, Charles decide que es hora de invitarme a un helado mientras damos un paseo y me enseña los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Mi jefe es fascinante, diría que es un seductor nato, está en su salsa y se le nota. Hablamos mucho y de muchas cosas, pero sobre todo de arte, colecciones, lo que le gusta, lo que no y lo que le preocupa en su negocio. No puedo evitar sentirme una privilegiada al estar al lado de este hombre, con la oportunidad profesional que se me presenta por lo que debo esmerarme en

hacerlo bien, cumplir con lo que él espera de mí, hacer lo mejor que pueda mi papel, sé que no es muy ético lo que vamos a hacer pero entiendo la preocupación del jefe cuando no está y lo veo como una prueba de trabajo que debe de hacerse, cómo un tipo especial de auditoría, y que, si no la hago yo la hará otra de modo que asumo que es mi forma de pasar los días de prueba y poderme quedar en esta empresa.

De modo que, a duras penas y a marchas forzadas, intento ir asumiendo el papel que tan grande siento que me viene, todavía a estas alturas, a pesar de haber ganado ya mucha confianza con todo el estilo y fondo de armario que hemos estudiado y trabajado durante todo el día para mí.

Estoy en lo cierto al pensar que la actitud es lo que define a la persona y si la ropa y el aspecto ayuda pues bienvenido sea, Charles está convencido, siempre veo la seguridad en su rostro, él confía mucho más en todo este asunto que yo, pero si empiezo a pensar que tal vez sea posible, ya es un gran avance.

Charles me comenta que la visita a Nueva York, así como las otras, son viajes relámpago y que, aunque esta costará más por ser la primera en la que tengo que hacer de jefa, me sorprenderé de ver lo fácil que puede resultar luego.

Empiezo a pensar que no es la primera vez que este hombre organiza este tipo de triquiñuelas y, solo por un instante, se me pasa por la cabeza que pueda ser una maniobra de *ligoteo* propia de un experimentado seductor nato. Pero desecho la idea rápidamente porque para nada tiene que ver con Charles, a él no le hacen falta este tipo de estrategias, con solo chasquear los dedos cualquier mujer se fijaría en él.

—Pilar, ahora me gustaría llevarte a cenar a un lugar especial, debemos

aprovechar cada momento que tenemos en estos viajes, necesito que te metas en tu papel, y estoy seguro de que la noche hará el resto, confía en mí —me dice mientras de nuevo me guiña un ojo, gesto que ya estoy empezando a añorar cada vez que pasa por alto.

—De acuerdo, pero sería mejor que me cambiara de ropa, aunque si te soy sincera estoy agotada... —confieso un poco presa del agobio, este hombre no se cansa nunca y aunque me apetece muchísimo salir, por otra parte, no dejo de pensar en lanzarme de cabeza en la cama y descansar.

—Por supuesto, no lo dudes, date una ducha y te espero en el hall del hotel en una hora. Sé que estás cansada, y te pido disculpas por abusar de esta forma de tu disponibilidad, pero confía en mí, te prometo que merecerá la pena —afirma mientras me dedica una última sonrisa ¿seductora?, y se aleja caminando con la seguridad y la elegancia por bandera.

Y me deja ahí, mirándole cual boba con la boca abierta, pero me recompongo enseguida y subo a mi habitación para arreglarme y ponerme lo más decente posible, y no os digo guapa porque milagros no se pueden hacer, mientras deseo mil sueños que solo se pueden vivir en esta ciudad mágica.

—Tranquila Pilar, es tu jefe —no dejo de recordarme—, y estáis aquí para una misión de trabajo importante, céntrate —intento asumir repitiéndome una y otra vez como un mantra.

Pero lo cierto es que, una vez iniciado el viaje, la parte más aventurera de mi ha despertado y desea con todas sus fuerzas vivir todas las experiencias que no he vivido hasta la fecha, por lo que intento esmerarme en mi aspecto y diría que lo consigo finalmente gracias a un sofisticado y precioso vestido en crema, suave y vaporoso que me da un aspecto muy elegante.

No tengo un cuerpo feo, aunque me he abandonado un poquito, me

gusta el resultado final que refleja el espejo por lo que después de un pequeño momento de acicalamiento con mi modesto arsenal de maquillaje compuesto por polvos, colorete, rímel y barra de labios, salgo dispuesta a comerme el mundo, o lo que quiera que me dejen.

Echo de menos consejo femenino, o al menos el de mi hermano Berto, el pobre ya sabe cómo actuar cuando le pido ayuda, pero aquí en Nueva York me siento sola, solo me ha dado tiempo a una breve llamada en la que le he dejado claro que estoy bien, que no he sido raptada por peligrosos contrabandistas y que me espere y no alquile mi habitación a ninguna guapa estudiante.

Con mi hermano nunca se sabe, éste es capaz de haber convertido nuestro modesto piso en una comuna estudiantil a mi vuelta.

Bajo al hall y vuelvo a estar un poco nerviosa, más por la incertidumbre de no saber qué me espera que por otra cosa.

Por otra parte, tengo miedo de fastidiarla con Charles, aunque se le ve tan tranquilo y con tanta confianza en mí, justo toda la que me falta, que en ese sentido puedo respirar un poco más tranquila, aunque no pueda confiarme del todo.

Cuando por fin le alcanzo a ver me relamo del gusto porque mi jefe marchante está para chuparse los dedos.

Está sentado tomando una taza de café en una mesa visiblemente concentrado en sus cosas, con la cabeza alta y con su indistinguible porte de caballero inglés que a estas alturas me tiene saltando como un perrito faldero. Viste un elegante traje del mismo corte que su apariencia, en un gris marengo, con una caída de infarto, detalle que hace que me fije bien en su cuerpo y me plantee seriamente cuando visita este hombre el gimnasio,

aunque, recapacito enseguida, más bien debe tratarse del resultado de algún experto entrenador personal.

Charles se da cuenta de mi presencia y me ofrece una amplia sonrisa mientras me dice que acuda a su encuentro con la mano.

—Pilar, estás distinta —me comenta, como si nada mientras sus profundos ojos azules me observan con renovado interés y yo comienzo a sentirme un poco incómoda y a sudar como una colegiala.

—El milagro de la ropa buena —intento aclarar, aunque me siento de pronto muy patosa y metiendo la pata hasta el fondo.

—La ropa no hace nada si no se tiene la percha adecuada —afirma con galantería, él—, aunque, sin duda, todo es cuestión de actitud.

—Pero vamos, nos están esperando —remata con un brillo en los ojos y una mirada hacia mi persona que hace que me vengan las mil y una dudas a mi cabeza.

Intento concentrarme en el momento, ver dónde me lleva y disfrutar.

Nunca he querido pensar que esta aventura tenga que ver con algo más allá de lo estrictamente profesional, sin embargo, mi cuerpo me pide a gritos que le entregue dosis extremas del marchante que va sentado a mi lado.

Ha alquilado un elegante coche con chófer para movernos con soltura por la ciudad y nos dirigimos a cenar.

—Pilar, te veo un poco nerviosa, te pido que te relajes, no vamos a pasarlo mal, confía en mí —su voz es un susurro tremendamente masculino y sugerente y yo me desespero un poco más al sentir pura necesidad del dueño de la voz que me habla.

Así no voy bien, por ese camino no, me recrimino.

Sé que Charles es así por naturaleza, la seducción, la perfección está impresa en su forma de ser, es su sello distintivo, tan diferente a mí, como la noche y el día somos, y esto es un hecho que tengo que aceptar y asumir si no quiero que esto se convierta en una verdadera tortura.

Entramos en un restaurante coqueto y no demasiado grande pero sumamente elegante, en el cual hay una mujer tocando un piano y se respira un ambiente quizá demasiado íntimo para la relación profesional que tenemos Charles y yo.

Sé que él solo quiere hacerme sentir cómoda y sacar la parte “jefa” de mí, pero creo que si tengo esa parte, que lo dudo, está bien escondida en el fondo de mi menospreciada autoestima, con toda probabilidad.

Nos sentamos a la mesa y yo empiezo a no saber qué hacer con mis manos, sigo un poco inquieta y estos ambientes tan selectos no me ayudan, la verdad, Charles me observa, pero no dice nada, con su sonrisa indulgente toma la carta y se permite, por supuesto, pedir por los dos.

—Este lugar tiene truco con la comida, pero una vez sabes lo que pedir está buenísimo —se excusa para no parecer un mandón.

Sonríó para indicarle que no me importa que pida por los dos, por supuesto porque no tengo ni puñetera idea de qué pediría yo si viniera sola, aunque claro, nunca vendría sola a un sitio como este. Y eso es lo que me aleja tanto de lo que Charles quiere que sea, una jefa.

—Charles, yo... esto no va a funcionar, y tengo que ser sincera contigo, tengo tanto de jefa como tú de operario... —intento hacerle entender una vez más.

—Pilar —me gusta como dice mi nombre a la vez que me sonrío—, relájate, pienso que ese es el problema, después de todo, que estás demasiado

empeñada en que no encajas, tanto que al final no te permites relajarte ni disfrutar. Aún no estamos en la galería de modo que te pido, por favor, que disfrutes, que te relajes y que confíes en mí, sé lo que me hago, por favor...

Está tan sexy con sus sugerentes labios entreabiertos mientras con la copa de vino en la mano explica sus motivos... y yo me quedo ensimismada observándole.

—De acuerdo, lo intentaré —expreso, sintiendo de pronto que esas palabras extrañas no han salido por mi boca, y que, por tanto, tengo que intentarlo pese a todo.

El camarero que tenemos expresamente para nosotros empieza a traernos suculentos platos y tengo que admitir que todo está delicioso, no tengo ni idea de lo que es ni me importa, pero, por una vez, aunque sea, me obligo a disfrutar, a vivir, a sentir, sin pensar en nada más.

Charles y yo charlamos distendidamente y no puedo evitar pensar que parecemos una hermosa pareja de enamorados, que boba soy, me recrimino acto seguido, creer que un hombre así puede estar con una sosa como yo...

Vuelvo a recriminarme mi forma de pensar, siempre con la autocrítica destructiva, no me hace bien, sobre todo para la empresa que nos traemos entre manos, de modo que opto por volver al modo automático y disfrutar.

Después de la cena, llenos a reventar, damos un pequeño paseo, Charles afirma que es una zona segura de Nueva York y que podemos estar tranquilos, la galería no queda lejos de modo que podemos pasar, pese a estar ya cerrada y echar un vistazo por fuera.

Cuando llegamos no puedo evitar sorprenderme por lo grande que es, ocupa dos plantas y, pese a estar cerrada, se adivina buena parte de su interior gracias a las enormes y elegantes cristaleras que posee. Charles observa mis

reacciones con un gesto de satisfacción, está orgulloso de su negocio y no se molesta en ocultarlo.

—De día es mucho más imponente Pilar, de modo que tienes que ir preparándote —afirma con un deje travieso en su voz.

—Tus palabras no ayudan, Charles —afirmo un poco molesta, mientras le dirijo una mirada de reprobación.

El marchante me sonríe con toda su gracia y elegancia y yo me vuelvo un poco más patosa por momentos.

—Tranquila Pilar, solo bromeaba, lo vas a hacer muy bien, en un rato lo veremos ya que vendremos mañana... —deja caer como si nada mientras todas mis alarmas se disparan y pienso como he podido ser tan ingenua, cierto es que tenemos que venir y claro, no va a ser la semana que viene, el tiempo es oro.

—Charles, sé que el momento está al caer, no obstante... —balbuceo sin saber cómo seguir, no sé cómo agradecer toda la confianza que deposita este hombre en mí, pero, una vez más, y sin ánimo de ser agorera, no me veo capaz.

—No te preocupes, date tiempo, recuerda el secreto: solo es cuestión de actitud, si tú te lo crees, entonces todos te creerán, pero si no lo haces, nadie lo podrá hacer por ti —afirma con el semblante grave y lleno de convicción.

Llegamos al hotel cansados pero satisfechos, no sé Charles, pero yo he vivido una de las noches más intensas de mi vida, y no por lo que haya podido hacer, en realidad ha sido muy sencilla, cenita, paseo, galería, luego el chófer nos ha llevado a Manhattan y hemos dado otro breve paseo por allí.

Sé que el marchante está acostumbrado a esto e intuyo sus intenciones

conmigo, está intentando hacerme sentir cómoda para que tome una actitud activa con el papel que tengo que hacer mañana, por lo que no escatima en gastos ni en llevarme donde pueda sentirme cómoda, importante y segura.

Pero gracias a ello reconozco que estoy viviendo uno de los momentos más intensos y alucinantes de mi vida y empiezo a pensar, puede que no sea una idea tan descabellada la de hacerme pasar por jefa y si, a la par, disfruto y veo mundo, pues mucho mejor.

Todo esto ya lo pienso mientras me dirijo hacia la cama dispuesta a caer presa de un sueño profundo y reparador porque, aunque me preocupe tremendamente lo de mañana, lo cierto es que Charles se ha esmerado por cansarme tanto que ahora solo pienso en dormir, y mañana ya vendrá.

# Capítulo 9

Me despierto en sudores fríos, fruto de una pesadilla con toda probabilidad, pues aún recuerdo retazos, algo sobre mi actitud como jefa, me descubrían, que mal lo he pasado.

Me lavo la cara con resignación mientras miro la hora y me visto a toda prisa puesto que ya debería estar desayunando con Charles y acordando el plan de hoy.

Ayer me dijo que hoy me daría todos los detalles, y estoy un poco más tranquila puesto que parece que sabe muy bien lo que quiere conseguir con su plan.

La plantilla de la galería asciende a siete personas y parece ser que Charles sospecha de que dos de ellos no son tan buenos empleados como quieren aparentar, por lo que vamos a cambiarnos los papeles y él tratará de descubrirlos.

En cierto modo estoy como una niña delante de una pastelería, expectante, y todo esto me causa cierta fascinación y divertimento, aunque espero no dañar a nadie que no lo merezca con esto que Charles se trae entre manos.

Él es un jefe competente y humano por lo que, aunque esos empleados estén dando problemas, sé que no actuará de forma desconsiderada.

Charles ya está desayunando y me saluda alegremente con la mano mientras voy a su encuentro.

—Siéntate Pilar, mientras desayunas te explico todo en un momento — afirma eufórico, este hombre nunca pierde fuelle, pienso mientras me excito

sin poder remediarlo.

—En realidad es muy sencillo, tú haces de jefa y yo trato de desenmascarar a Stacy y a Steven. Stacy es la chica que está en la recepción, demasiado perfecta para ser cierta y Steven se encarga de la seguridad de la galería y quiero tener la certeza de que todo está correcto —señala Charles, mientras mueve sus manos con autoridad, explicándome cada paso.

—Entraremos en una hora, te presentarás como Pilar Anclada, la nueva accionista de Galerías de Arte Russell y yo seré tu asesor más fiel —afirma mientras sonrío con todo su arsenal de seducción y yo intento localizar en mi mente en qué momento me he metido en este lío del cual ahora ya no puedo salir.

—Aquí tienes todo el papeleo que te recomiendo mirar mientras vamos de camino, pero ahora necesito que me prestes toda tu atención, tengo que decirte lo más importante —reclama Charles nuevamente.

Me dispongo a escucharle con todos mis sentidos, quiero que este plan salga bien porque me encantaría quedarme en esta empresa.

No hace falta decir que a estas horas todos y cada uno de mis huesitos bailan la danza al son de la sonrisa y movimiento de Charles y continuar negándolo es una tontería. Nunca he conocido nadie como él, un ganador, un hombre con las ideas claras, hecho y derecho y que no se amilana ante nada ni ante nadie.

De modo que, intentando no poner mi cara de boba característica, me dispongo a escucharle atentamente.

—Los dos empleados que quiero estudiar de cerca, como te he dicho antes, son la recepcionista Stacy y el jefe de seguridad Steven, aquí tienes sus fotos y enseguida te explico por qué —explica entretenido con un montón de

papeles mientras yo empiezo a volverme un poco loca con tanto por saber y tan poco tiempo.

—Quiero que investiguemos un poco más a Stacy porque corren rumores de que no es tan eficiente como quiere dar a entender y no quiero dejar ningún fleco suelto en esta galería, como comprenderás, la de Nueva York es, podríamos decir, una de las más importantes y muchas veces el reflejo de las otras, por lo que necesito que esté todo perfecto. Por otra parte, vamos a asegurarnos de que Steven, el guardia de seguridad, está haciendo su trabajo debidamente porque es un puesto de muy alta responsabilidad, y para el cual, si no contamos con la persona correcta, con las colecciones tan valiosas que pasan por aquí es un peligro potencial...

Charles va comentándome todo esto con sumo cuidado y respeto, entiendo que no es fácil para él ir de jefe enrollado y marcar una autoridad al mismo tiempo, es decir, ser indulgente, pero con mano firme, y por eso quiere que yo tome la sartén por el mango, de este modo a él le da más margen de maniobra para ver si realmente Stacy y Steven son lo que aparentan ser y Charles puede confiar en ellos. Si vamos a tener que hacer esto en cada una de las galerías empiezo a entender por qué Charles ha hecho lo posible por empezar ya, este trabajo puede llegar a desbordar al más templado.

—Entendido —afirmo con convicción—, solo me resta una duda...

—Claro, dime —me responde con los ojos expectantes, mientras no sé cómo formularla con delicadeza.

— ¿Por qué me contrataste a mí para tan ardua tarea? Entiendo que no seré yo la que tenga que concluir si son buenos o no en su trabajo, pero, y sí, vuelvo de nuevo, no entiendo como viste en mí la posibilidad de hacer el

papel de jefa. Te prometo que si me das una explicación completa y contundente no te volveré a preguntar sobre el tema —concluyo un poco sonrojada por mi insistencia.

—Sí, muy sencillo Pilar, verás, en la vida, cualquier actitud se puede aprender, sin embargo, la bondad es innata —suelta con tranquilidad mientras se sienta de nuevo y toma más papeleo entre sus fuertes manos.

Le observo embobada pues me ha noqueado con la respuesta, sencilla, corta y directa, solo me queda asentir y seguir adelante, resignada con el plan.

Cuando termino de familiarizarme con todo el papeleo y tengo en las manos las dos fichas de los susodichos sospechosos partimos con el coche hacia la galería.

De camino, estudio, tal y como me ha recomendado Charles, las mismas, pero no sé cómo tengo que actuar, aunque Charles dice que no me preocupe, él hará la mayor parte del trabajo, yo solo tengo que aparentar ser una jefa exigente y un poco mandona...

Una vez llegamos, me quedo petrificada, la galería ya está abierta al público y todavía resulta más imponente, siento que un hilillo de sudor frío recorre mi espalda, sí, tengo un miedo atroz, ¿qué pasa?, mientras salimos del coche y mis piernas empiezan a moverse sin que sienta que las esté controlando, van como a su son, de forma automática.

Cuando me doy cuenta estamos entrando, Charles me cede el paso, he escogido para la ocasión un imponente traje de chaqueta en azul marino que resalta mis rasgos y camisa blanca entallada, muy socorrida que marca mis formas, gracias doy que la chaqueta tapa parte, este look me encorseta en lo que diríamos el papel de jefaza imponente, mientras abrazo con desesperación la carpeta de piel negra donde llevo todo el papeleo que me ha

dado Charles, por lo que no puedo dejarla a nadie, si no queremos que se descubra el plan.

—Buenos días, tú debes de ser Stacy, soy Pilar Anclada, para ti la señorita Anclada y soy tu jefa —exclamo con autosuficiencia delante de la cara anonadada de la pobre chica.

Es rubia con grandes ojos verdes, muy guapa y perfectamente arreglada, destila eficiencia por todos sus poros y hasta hace un momento también seguridad, no obstante, este detalle lo ha perdido a medida que no se esperaba para nada mi aparición.

—Oh vaya, encantada señorita Anclada, disculpe, pero no la esperábamos, pase por aquí, la acomodaré en el despacho para que pueda hacer las gestiones que la han traído hasta aquí.

Mientras, Charles me sigue como un perrito faldero, como el asesor que se supone que es, sonriendo, observando todo y sin decir palabra. Así no habíamos quedado, pienso, mientras me molesto un poco ya que no soy dada a la improvisación y mucho menos cuando puedo estropear el futuro laboral de otras personas.

Stacy nos deja en el despacho a Charles y a mí y sale corriendo visiblemente abrumada alegando que no puede dejar el puesto de recepción en la entrada pero que si necesitamos algo solo tenemos que llamar.

Nada más cerrar la puerta veo como Charles rompe a reír, se lo está pasando en grande, pero yo no tanto, la verdad, si me lo hubieran contado, yo, Pilar Anclada, pesimista y torpe por naturaleza haciendo esto, sudores fríos durante días, y aquí estoy, en la otra punta del mundo, haciendo lo imposible por un hombre cañón que para más inri es mi jefe y que está sacando una nueva Pilar que cada día me da más miedo.

— ¿Has visto su cara? El plan ha salido perfecto, ahora solo tengo que esperar un poco e irle con el chisme a ver si le puedo sacar algo. No me mires con esa cara, sé que no está bien lo que estamos haciendo, pero es la única manera, Pilar, relájate un poco, venga, lo has hecho genial, y ahora tienes un ratito en el que puedes descansar, ahora vengo, acuérdate de simular que estás revisando y organizando la planificación de las colecciones tal y como me viste hacer en Londres —suelta de retahíla mientras sale del despacho dejándome sola.

¿Qué impresiones he tenido sobre Stacy? Pues a primera vista me ha parecido la típica rubia guapa y segura de sí misma que aprovecha su físico al máximo para tener un buen trabajo y además cumplir, pero no sé, también he visto algo que no encaja, no sé, ¿un presentimiento? El caso es que no sé si Charles se dará cuenta o solo atenderá a su físico, como suelen hacer los hombres...

Asomo con cuidado el morro por la puerta y los veo charlar animadamente en el puesto de recepción de Stacy, que bien, ahora Charles goza de una posición de igual a igual con Stacy y eso le da más margen para actuar, pero el caso es que no puedo evitar sentir una punzada de celos, vuelvo a cerrar la puerta mientras regreso a mi sitio y me siento nuevamente una estúpida y una fracasada, porque me duele haberme hecho ilusiones con alguien que está a años luz de mí, no se va a fijar en la mujer que soy y simplemente soy una empleada más a la que está utilizando para sus planes de trabajo.

Abro la carpeta de piel que me ha cedido antes y aprovecho para estudiar un poco todo el papeleo. Examino la ficha de Steven y veo que es apuesto y bien formado, grande, con unos músculos imponentes, moreno y con los ojos verdes también, ¿qué sucede en Nueva York que todo el mundo

tiene los ojos verdes? Excepto Charles que los tiene azules, aunque él es inglés.

No puedo evitar fantasear un poco con el guardia de seguridad, aprovechando mi aburrimiento momentáneo.

Si Charles está *ligoteando* con Stacy no hay nada de malo que yo haga lo mismo, al menos mentalmente con el guardia. El problema es que no voy a poder hacer nada al respecto en la realidad, primero por mi falso rol de jefa y segundo porque soy una cobarde pues, aunque lo tuviera fácil seguro que me daría cuenta y perdería la oportunidad, es la historia de mi vida...

Pero es que el chico está tremendo, debe tirar horas en el gimnasio para estar así y no quiero pensar como le debe quedar el uniforme, sudores fríos sí que voy a tener, o más bien, calenturientos, cuando me tenga que poner delante de ese hombre.

Intento entretenerme en la lectura de los soporíferos papeles para evitar pensar en el flirteo que mantiene Charles con Stacy.

Este hombre no me había contado tal cual eran sus planes así a las claras, pero ya veo que no se anda con tonterías. No puedo evitar sentirme nuevamente mal porque, de algún modo y sin poder evitarlo, yo ya había fantaseado con el físico de mi jefe, el marchante está cañón, tanto, que es imposible que cualquier mujer, por guapa y exigente que sea no caiga rendida a sus pies.

Encima de físico y elegancia, tiene todo lo que se necesita para ser un buen partido, por lo que compañía femenina no le faltará nunca, y yo cada vez empiezo a tener más claro lo imposible de mis románticas ideas y de lo invisible que soy para él.

Por lo que, si es cierto el refrán de que una mancha saca otra mancha,

empiezo a fantasear con el guardia de seguridad.

Pero mis fantasías duran poco en cuanto entran por la puerta mi querido jefe y el ya famoso Steven. Y nada que ver con las fotografías, al natural gana mucho más con lo que tengo que cuidarme de cerrar la boca que se me había quedado abierta al ver a semejante maromo americano delante de mis narices.

Sus bíceps son igual de grandes que mis piernas y no oculta su orgullo por ellos ni por el uniforme que calza como un guante. Charles hace las presentaciones:

—Steven te presento a la jefa, Pilar Anclada, estaremos unos días en Nueva York, aunque aquí más concretamente solo hoy —alega Charles mientras los ojazos verdes del guardia de seguridad me desnudan sin contemplaciones con la mirada y yo me derrito sin quererlo evitar.

Le estrecho la mano en un intento por afianzar una sólida y creíble relación profesional, pero Steven no está muy por la labor de que esto sea así porque cuando le presento mi mano intenta colarme dos besos a lo que, acto seguido, se excusa con las costumbres españolas.

Charles, visiblemente molesto por el seductor Steven se lo lleva pronto de mi vista excusándose con prisas y miles de tareas pendientes, una vez solos, Charles me comenta:

—Pilar, esto es peor de lo que me imaginaba, ¿has visto a Steven? No sabe guardar las distancias en ningún caso, seguro que flirtea con las clientas de la galería hoy sí y mañana también —explica un poco enfadado.

—Dale tiempo, el chico aún puede estar adaptándose al trabajo, tal vez necesita un poco más de formación —intercedo por él, aunque entiendo el mosqueo de Charles, pero no dejo de pensar en los bíceps cuadrados del guardia de seguridad mientras me relamo. Desde luego, si me lo encontrara

en circunstancias más discretas se iba a enterar de quien es la jefa.

Me sorprende a mí misma con estos pensamientos, y tengo que admitir que al final me estoy metiendo tanto en el papel que estoy sacando a la parte más loba de mí.

Intento contenerme y convencerme de que el trabajo es, en la actualidad, lo más importante para mí, pero el uniforme y el físico de Steven me ponen tan cachonda que se me olvida todo.

Charles me mira con cierta suspicacia ante mi súbito interés por defender a Steven, pero afirma con la cabeza comentando que tal vez tenga razón, habrá que verlo todo con más detenimiento. Le pregunto por la espabilada de Stacy, omitiendo, claro está el generoso adjetivo por mi parte, y Charles esquiva y torea mis preguntas de la forma más experta, con lo cual, me quedo igualmente con un palmo de narices mientras me lamento por mi mala suerte de siempre.

Charles vuelve con Stacy y me quedo sola de nuevo, saco mi móvil y empiezo a trastear, le mando un wasap a Loles que sé que no verá debido a la diferencia horaria, le cuento que todo está yendo bastante bien pero mucho más aburrido de lo que creía y que Charles al final es el típico jefe coñazo que intenta descubrir a sus empleados en un descuido. Nada más darle a enviar me arrepiento pues si Loles se va de la lengua me verá en un aprieto el cual no me puedo permitir, que inconsciente que soy, me recrimino, aunque algo me dice que Loles me guardará el secreto, se ve buena chica, me obligo a pensar, para no recriminarme más por el momento

Distraída con mis pensamientos y divagaciones no me doy cuenta de que Steven ha entrado al despacho y se ha sentado frente a mí y para cuando vengo a verlo doy un salto y un pequeño grito asustada a lo que levanta la

mano con torpeza para que me calme.

—Disculpa la intromisión, pensé que me habías visto entrar y que me ibas a atender, necesito confesarte una cosa, ahora que estás aquí y antes de que te marches, es sobre Stacy, es importante —me comenta aún medio alarmado por mi sobresalto.

—Dime —le sugiero mientras observo lo bien que se le ajusta la camisa a su perfecto cuerpo, ensimismada.

—Corren rumores de que mete la mano en la caja aprovechando que siempre es ella la que la cuadra, he intentado pillarla in fraganti mediante las cámaras, pero, de momento, me ha sido totalmente imposible, aunque creo que sé cómo descubrirla —me comenta acercándose peligrosamente a mí, y aunque nos separa la mesa del despacho empiezo a sufrir unos sospechosos calores.

— ¿Cómo? —atino a decir torpemente mientras mi mente está muy lejos de lo que me explica, concretamente mucho más abajo de su anatomía.

—En la pequeña sala de cámaras de la que disponemos guardo unos cuantos micros que, a veces, utilizamos para cosas concretas, no obstante, tengo algunas imágenes de ella que deberías ver, con gente extraña, nada recomendable para la galería por la apariencia que tienen —concluye con contundencia.

A ver si lo he entendido, está sugiriéndome que vaya con él a la sala de cámaras a ver no sé qué imagen de Stacy, mientras yo fantaseo con tenerlo entre mis piernas. Esto se pone sumamente interesante. Y, al mismo tiempo puedo vigilar donde se encuentra Charles para que no nos pille.

Sí, sé lo que estás pensando, que soy una interesada y una libertina, pero nada más lejos de la realidad, si supieras el tiempo que llevo sin tocar un

torso masculino entenderías mis calores.

—Vamos pues —acierto a decir, dejándome llevar, a lo que considero me han servido en bandeja de plata.

Tardamos unos minutos en llegar, la sala es sumamente pequeña y llena de monitores y hace un calor tremendo debido a tanta electrónica conectada. Solo dispone de una modesta silla, en uno de los monitores observo a Charles que coquetea animadamente con una Stacy cada vez más crecida.

—Tu asesor no pierde el tiempo —observa con acierto Steven mientras yo me acerco disimuladamente un poco más a él, a lo que aprovecha para encararse conmigo y reducir aún más las ya de por sí cortas distancias.

El guardia de seguridad me mira como retándome y yo siento que me hago un poco más pequeña, no sé manejar la situación de forma tan íntima, no tengo ni idea de cómo actuaría una auténtica jefa y este repentino pensamiento hace que recule un poco, tal vez me he dejado llevar demasiado, pero en esas estoy cuando me doy cuenta de que el rostro hercúleo de Steven está a escasos centímetros del mío.

—Pilar, eres muy interesante, déjame averiguar debajo de esa fachada de perfección y profesionalidad qué tipo de mujer se esconde —me reta al tiempo que acaricia mi hombro con suavidad intentando acercarme un poco más a él. Si no se lo impido va a posar sus aterciopelados y gruesos labios en los míos y yo no puedo evitar seguir con la mirada la cámara donde Charles está intentando hacer buenas migas con Stacy y pensar lo descabellado de su plan...

Sudo copiosamente mientras observo el poderío físico de mi acompañante que debe echar más horas en el gimnasio que yo durmiendo cada día, e intento hacer un esfuerzo sobrehumano por volver a la realidad y

no dejarme llevar por tremendo hombre...

Me zafo como puedo del guardia sobón y conquistador alegando que es mejor que vuelva al despacho pues todavía me queda mucho por hacer y salgo por patas de esa sala de cámaras, me gustaría saber cuántas incautas han caído en los brazos de este adonis de tres al cuarto en estas cuatro paredes. Una vez en el despacho y ya con mi respiración volviendo a la normalidad me felicito por haber resistido a la tentación, no es que no me guste Steven, pero he venido a desarrollar una misión concreta y tampoco sé si se trata de una prueba orquestada por Charles para ver si soy la trabajadora que espera, con lo que mejor así, al final no sé por dónde va a salir mi jefe, que al momento viene y me suelta:

—Pilar, he quedado esta noche para cenar con Stacy, quiero ver si la pillo, ya que nuestra visita aquí es cortísima, tengo las cámaras bajo control por lo que si intenta algo la pillaremos, ¿Qué tal con Steven? —me interroga con cierto aire de magnificencia e ingenuidad a partes iguales.

Cualquiera diría que está disimulando y que sabe algo que yo no porque, ¿en qué momento le he dicho que el guardia de seguridad ha estado aquí después de que él me lo presentara? En ninguno, ¿verdad? Con lo que empiezo a temerme que mis sospechas puedan ser ciertas, aun así, intento echarle un capote al guardia buenorro porque no soy quien para cargarme el puesto de nadie...

—Aquí sin novedad Charles, eso sí, ya me aprendí a la perfección el fajo de papeles que me diste al salir del hotel —recalco disimulando, no es una mentira no decir toda la verdad, me digo mientras intento calmarme a mí misma.

No puedo evitar pensar lo movidito que está resultando el viaje a

Nueva York y que bien podría rematar la aventura con el guardia entre mis sábanas, pero intento borrar los pensamientos calenturientos de mi cabeza y tener, al menos de momento y aunque no se lo merezca por intentar ligar con Stacy, los pensamientos centrados en Charles.

Mi jefe está sumamente bueno, no como Steven, no es una belleza tan sexual, tan corpórea, pero sin embargo es mucho más perfecto, especial y ¿angelical?, que el guardia. Diría que son como el diablo y el ángel que nos surgen en cada hombro cuando se trata de tomar decisiones, pero en versión sexy los dos.

Fantaseo un poco más con el marchante, me encanta como ladea la cabeza cuando piensa, y es ingenioso, explorador, aventurero y tremendamente entusiasta y tenaz, sí, si buscara la definición en la wiki de hombre perfecto aparecería sin dudarle su foto.

A lo que, acto seguido, no puedo evitar sentir cierta envidia sana por Stacy, aunque sé de todas formas que Charles no está interesado en ella, o al menos eso quiero pensar, pero me siento un poco decepcionada cuando me ha dicho que salía con ella a cenar.

—Steven parece ser un buen profesional, de momento nada más, Charles —intento transmitirle la seguridad que siento que me falta, y me doy cuenta al instante de que hablo como un agente del FBI infiltrado, pero voy a lo que realmente me preocupa.

— ¿Qué tal lo estoy haciendo Charles?, al final es mucho más complicado de lo que creía —le explico expresando algunos de mis temores, e intentando que me consuele de alguna forma.

—No te preocupes Pilar, lo estás haciendo bien, mañana cuando te des cuenta estaremos volando a París, para pasar examen en la siguiente de mis

galerías, y te aviso de algo —dice abriendo mucho sus ojazos azules—, los franceses son tipos peligrosamente seductores y con fama de buenos amantes —enfatisa guiñándome un ojo, con su aire de jefe molón y enrollado al máximo.

Lo miro sin dar crédito a lo que oigo y se me cae la boca al suelo de lo alucinada que me deja, tanto que segundos después ríe a carcajadas dándome a entender:

—Caíste, no te creas todo lo que te digo cuando lo hago, Pilar y relájate, tómate esto como una experiencia que se vive solo una vez en la vida y no seas tan dura ni exigente contigo misma mujer, disfruta, date un gusto, un capricho, aprovecha que estás lejos de tu vida y de tu rutina.

Y esta vez sí, toma la puerta y se larga dejándome con un palmo de narices, hecha un mar de dudas sobre cómo interpretar lo último, qué ha querido decir.

Pero cuando llego al hotel estoy tan cansada que no me acuerdo precisamente de Steven, debe de ser porque no estoy acostumbrada a viajar y a tantas emociones como he vivido durante el día. Además, no dejo de pensar en ir a París, la ciudad de la luz, la moda y dónde todo es posible, la ciudad de mi famoso y amado Louvre, donde seguro descubriré una galería mucho más imponente y majestuosa que ésta, que ya es decir. Pienso en Charles y en qué estará haciendo ahora con Stacy y no quiero ni imaginar mucho más por lo que decido que lo mejor es acostarme e intentar dormir para estar lo más descansada posible para mañana. También he llegado a la conclusión de que voy a ejercer un papel mucho más activo pasada la novatada inicial, parece ser que Charles quiere divertirse con su experimento, de modo que por mi parte voy a intentarlo, quiero que esta aventura sea digna de recordar con una sonrisa en los labios, aunque en el fondo desee que sea algo más.

\* \* \*

La habitación de Charles está al lado de la mía en el hotel, aún estamos en Nueva York, ultimo las últimas cosas y objetos personales con los que cargo mi maltrecha maleta mientras pienso que anoche no le oí llegar, aunque agudicé el oído hasta que me quedé dormida.

Esto me hace suponer que llegó bastante tarde de su cena con Stacy, o que, y ahí me tiembla todo, encontró un lugar mejor donde pasar la noche.

No es que me haya hecho ilusiones con Charles, a pesar de cómo me habla y me mira, pues sé que es parte de su carácter, que él es así, un cielo, pero si te digo la verdad no pensaba que iba a caer en las garras de esa chica, por muy perfecta o guapa que sea. Imaginé que su plan era otro, porque para ir de ligue por sus galerías no sé qué pinto yo aquí.

Decido aprovechar el poco tiempo que nos queda antes de salir hacia el aeropuerto, Charles es, ante todo, muy profesional, y anoche me dejó escrito un correo antes de irse a cenar con todas las instrucciones, horario, etc., para hoy, con lo que intento animarme y bajar a tomar algo para no ir con el estómago vacío hacia París.

Pero mi sorpresa es mayúscula cuando llego al restaurante del hotel dispuesta a tomar un delicioso café con bollos, pues Charles ya se encuentra a la tarea, perfectamente vestido, pulcramente peinado y con la mayor de sus sonrisas, sin ningún atisbo ni asomo de ojeras ni de falta de sueño, no sé cómo lo hace este hombre, pero tiene que contarme su secreto ya. Me acerco a él como quien está viendo un fantasma y me saluda alegremente:

—Buenos días Pilar, tómate algo rápido que nos vamos ya a París, espero que estés preparada porque si no has estado antes en la ciudad de las luces te va a encantar, de eso me encargo personalmente —exclama, más fresco que una rosa dedicándome una sonrisa perfecta que, de inmediato provoca que se incendie algo en mí.

El marchante me provoca y produce un efecto alterado en mi persona que hace que no le pueda contestar palabra, con lo que me limito a sentarme, ya con mi desayuno en las manos, para poder salir de allí cuanto antes, es posible que en París las cosas sean distintas, pienso mientras un tenue resquicio de luz se abre al final del túnel de mi deseo...

No sé cómo abordar el tema de Stacy sin resultar entrometida, de modo que intento enfocar el asunto de forma global:

— ¿Al final que nota le pondrías a la galería que dejamos atrás? —digo de forma inocente, como quien no quiere la cosa...

—Bueno, anoche volví pronto —explica, y por vez primera veo en él un intento por aclarar las cosas que hace saltar algo en mi estómago—, y, si te hablo con sinceridad, creo que Stacy no está metida en nada extraño, aunque llegué a un acuerdo con Steven, si finalmente las cámaras captan algo raro me pasará de inmediato las grabaciones. De lo que sí estoy seguro y con eso, de momento, me voy tranquilo, es de que no existe ningún tipo de pacto o acuerdo entre los dos contra la galería. Todo lo demás lo puedo arreglar con formación o mejores retribuciones, eso no me preocupa.

Le observo ensimismada mientras se para el tiempo, siempre me ocurre lo mismo cuando me habla, cuando me explica cosas del trabajo.

Puedo saber mucho de arte, en teoría y en la práctica, pero Charles me está enseñando con este viaje mucho más, cómo se lleva una empresa, cómo

ceder y cómo ganar terreno, cómo callar y como hablar después, tantas cosas, en tan pocas horas, un curso intensivo el cual tengo que agradecer y aprovechar.

—Me alegro, Charles, en realidad y si te sirve mi modesta opinión de jefa inexperta y novata, los dos me parecen buenos profesionales y buenas personas, aunque es difícil llegar a esa conclusión si tan solo los he visto un momento y hemos estado pocas horas allí.

—Lo sé, pero de eso no te preocupes, Pilar, lo importante era ver su reacción ante un nuevo jefe, jefa en este caso y ha sido positiva, para una investigación más a fondo tengo a personal cualificado en mi equipo que terminará la tarea por nosotros —explica y creo leer un poco de apuro en sus ojos mientras se ajusta con nerviosismo la corbata y se pone de pie con prisas alegando que París nos espera.

Si supiera que a Steven le faltó el tiempo para venir a tirarme los trastos tal vez no pensaría de ese modo, y sé que tengo que decirle ese detalle, pero de lo que estoy segura es de que aquí y ahora no es el momento pues estamos saliendo con prisas ya del restaurante, de modo que tendré que buscar un momento más tranquilo, pero sin duda se lo diré.

Unas horas después tomamos el vuelo con destino a París.

No he podido avisar todavía a Berto que, seguro, aún cree que estoy en Nueva York y cuando se entere tengo por seguro que me odiará más que nunca porque a mi hermano le encanta viajar y le estoy poniendo los dientes largos para rato.

—Ya verás Pilar, París te va a encantar —afirma Charles risueño, mientras se revuelve en su asiento. La verdad es que lo que me está encantando es la experiencia, tanto, que cuando llegue el momento de

despegarme de este hombre no sé si voy a ser capaz.

Tratada como una reina, como una jefa, agasajada por todos y por todo, Charles el primero y viajando y visitando las mejores galerías de arte del mundo no se puede pedir nada más.

— ¿Habrá un ratito para las compras? —pregunto con cierta timidez, porque me estoy aficionando también a ellas.

—Por supuesto que sí, es la capital de la moda y la jefa debe lucir impecable —exclama resuelto mientras me sonrío.

—Hay algo que debes saber —insinúa, poniéndome, sin saber por qué, en alerta.

—Mi padre se divorció de mi madre cuando yo tenía cinco años. Años más tarde se volvió a casar con una francesa y esa unión nació Ethan, mi hermano. Aunque las Galerías Russell es un negocio enteramente propio, mi hermano me echa una mano con la gestión de la Galería Parisina, así me quita bastante carga de trabajo —explica con interés.

—Mi hermano y yo siempre nos hemos llevado muy bien, a pesar de que la ruptura de mis padres fue un trago amargo en su momento, es un hombre brillante y al que te encantará conocer... —deja esto último en el aire mientras observa mi reacción, pero yo no hago ningún amago de querer expresar nada por el momento.

—Como ya te avisé, los franceses tienen fama de seductores, y en ese sentido lo verás a la perfección en mi hermano, pero, Pilar, tal y como te comenté, ve con cuidado porque mi hermano Ethan causa un efecto tan devastador en las mujeres que cuando se dan cuenta están suplicando por su compañía y él ya se encuentra en los brazos de otra... —esto último casi lo susurra medio consternado.

—Sé que es algo incómodo de explicar, pero creo que, como mi asistente personal, debes de saberlo, intento velar por el bienestar de mi equipo... —se excusa, mientras yo hace rato que estoy asombrada del cariz que ha tomado la conversación.

—No te preocupes, Charles, intentaré no sucumbir al encantador de serpientes —bromeo a lo que él suelta una carcajada, sobre todo, para destensar el enrarecido y demasiado íntimo ambiente que se había creado como un halo invisible a nuestro alrededor.

—Por cierto, y aprovechando que hablamos sobre este asunto —empiezo, un poco abrumada por lo que voy a decir—, Steven, el guardia de seguridad, se intentó tomar algunas libertades conmigo... —no sé cómo decir esto sin que suene muy brusco, mientras Charles me mira como si solo existiera yo en este mundo.

—¿Qué me cuentas Pilar, en serio? Al final mis sospechas eran ciertas —comenta con cierto aire apesadumbrado.

—Charles, en concreto, ¿qué sospechas tenías de él? —pregunto, intentando obtener toda la información.

—Bueno, me llegaron rumores, primero ligeros y sin importancia, luego ya a través de distintas fuentes, al principio me comentaban que Steven salía con Stacy, se les veía en demasiadas ocasiones juntos y muy acaramelados, no soy un jefe estricto con las relaciones entre compañeros, pero al trabajo se va a trabajar —me cuenta pacientemente.

—Después los rumores cambiaron y Steven también, de pronto él y Stacy parecía que habían roto lo que fuera que tuviesen y él se dedicó a insinuarse a todas y cada una de las mujeres que tengo en el equipo de Nueva York. Esto, dada su posición, puede costarme más de un problema, suerte que

ellas me informaron antes de denunciarlo por acoso.

—Charles, ¿por qué continúas manteniendo en plantilla a Steven? —la pregunta sale de mis labios de forma involuntaria y obligada.

—Porque sé que su situación familiar y financiera es muy complicada, mi responsable en la galería, al que no has tenido ocasión ni tiempo de conocer, pero en el que confío como si de otro hermano se tratara, habló seriamente con él, cursó una formación muy estricta y pensamos que estaba solucionado. El viaje que hemos hecho era la confirmación de que todo estaba bien, y ahora me cuentas que se te ha insinuado —exclama con pesar.

—Bueno, me llevó a la sala de cámaras alegando no sé qué excusa y allí quería aprovechar para algo más, pero me zafé de él conforme pude y volví al despacho —acabo confesando porque creo que es lo mejor, dado el curso que han tomado los hechos.

Charles me mira con la duda anclada en sus preciosos ojos azules, esos que me llevan un océano de calma y tranquilidad cada vez que lo miro, pero también veo en ellos resolución y mucho arrojo, tanto, que para cuando me doy cuenta estoy pensando que daría lo que fuera por ellos.

—Lo estudiaré Pilar, con detenimiento, pero creo que esta vez no será suficiente con un curso de formación, tendremos que prescindir de Steven, lo que ha intentado contigo es intolerable —susurra, porque seguimos en el avión, y sus palabras me llegan como caricias al oído, mientras me mira con una expresión de ternura que no debe de ser muy buena para mi salud mental.

No he podido evitar fijarme en el detalle de incluirme, de crear un nosotros, de hacerme partícipe en el desenlace de las decisiones de la empresa, y no quiero pensar que soy injusta o mala persona por aceptar el despido del guardia de seguridad, pero alguien le tiene que parar los pies a

ese hombre, porque el terreno en el que se mueve es muy delicado y, ante todo, está mi jefe, sería muy injusto que cargara con una denuncia a su personal por acoso... sería un trauma para la reputación de las Galerías y, sobre todo, para Charles.

# Capítulo 10

—Pilar, ya hemos llegado, despierta dormilona —exclama animado y risueño a la par que hiperactivo, sin duda, vuelve a ser el mismo Charles de siempre.

Amanece en París al tiempo que aterrizamos y ya desde el primer momento intuyo que esta ciudad tiene algo especial, bueno, no lo intuyo porque es de sobras conocido que París es la ciudad perfecta para todo, para enamorarse, para disfrutar, y para vivir, pero el hecho de que Charles me haya despertado justo antes de aterrizar para disfrutar de las vistas y de la maravillosa luz que la ciudad desprende, de nuevo vuelve a decir mucho de él.

Yo observo ensimismada, como si nunca antes hubiera observado algo tan bello mientras siento la mirada de Charles en mi rostro.

—Sabía que te gustaría, ¿a qué es precioso? —exclama entusiasmado.

Ya en tierra firme nos dirigimos directos al hotel que Charles ha reservado, esta vez no vamos a descansar, solo a darnos una ducha rápida para pasar el día visitando todo lo que no me puedo perder en esta fantástica ciudad. Justo antes de subir, Charles me da la llave de la habitación, al tiempo que me dice:

—No tardes Pilar, París nos espera —me dedica su mejor sonrisa y observo como entra en su habitación y cierra dejándome plantada en el pasillo.

Entro aturullada en mi habitación, es espectacular, el marchante no escatima en gastos y siempre elige las dos habitaciones contiguas, juntas, pero no revueltas.

Pienso en lo que me ha comentado sobre la política de empresa respecto los asuntos sentimentales y empiezo a fantasear en cómo sería ser su chica, su mujer, su compañera. Charles es un hombre maravilloso, risueño, detallista y encantador que haría las delicias de cualquier mujer, no entiendo por qué a estas alturas de su vida no tiene ninguna relación, es algo que no me había planteado hasta ahora y que, sin querer, me hace dudar, de que exista algo en Charles que represente un problema para encontrar el amor.

No lo creo porque a simple vista Charles siempre se me ha antojado el hombre perfecto, aunque si me pongo a mí misma de ejemplo salgo perdiendo porque yo no rozo la perfección ni en sueños, más bien al contrario, con el pasado de huidas y fracasos que ostento, además de que mi suerte es, por decirlo de forma dulce, pésima. Quiero creer que en los últimos tiempos ha mejorado, justo desde que conozco a Charles y eso me ha permitido, por fin, relajarme y sacar a la Pilar divertida y cariñosa que hay en mi interior y que tan olvidada tenía.

Me ducho y elijo unos vaqueros y unas deportivas blancas que combino con un fino suéter también blanco, porque sé que vamos a caminar y a hacer un poco de turismo por la ciudad. La visita al Louvre será obligada y solo de pensarlo estoy entusiasmada.

Cuando salgo al pasillo y paso por delante de la habitación de Charles no escucho ningún ruido con lo que deduzco que ya debe de estar esperándome en la recepción, cafetería o cualquier lugar cerca de la puerta de entrada al hotel.

—Pilar, aquí —exclama, en efecto, de pie al lado de la puerta, con un look también muy turístico, vaqueros y camiseta, no parece un afamado y rico marchante, ni tampoco mi jefe, aunque no pierde un ápice de su elegancia y atractivo, es más, gana.

Me acerco donde está y observo que va cargado de folletos turísticos de la ciudad con mil y una propuestas, se le ve encantado:

—Vamos, tengo mucho que enseñarte —exclama mientras de nuevo me guiña un ojo y ya no puedo discernir si lo dice con segundas intenciones o si en realidad Charles es así de espontáneo de verdad.

Pasamos el día visitando los Campos Elíseos, paseando y admirando su inmensidad y belleza con visita obligada a la Torre Eiffel, dónde muero por subir a lo más alto, pero me da mucho miedo, al final nos paramos en el primer piso y admiramos extasiados las vistas de toda la ciudad.

Un rato más tarde paseamos hasta el Sena y nos animamos con la deliciosa repostería francesa.

Cuando llega la hora de comer, pese a haber probado multitud de delicias y debido a los largos paseos, estoy muerta de hambre, Charles ha elegido un pequeño bar con encanto en Montmartre.

Desde que hemos aterrizado en París, el marchante parece otro y no deja de deshacerse en atenciones conmigo, parece como si la ciudad del amor lo hubiera transformado y durante todo este día que estamos pasando juntos, más parecemos una pareja consolidada en el tiempo que pasea su relación a ojos de todos que jefe y empleada.

No me atrevo a decirlo en voz alta y casi siquiera ni a pensarlo, pero juraría que Charles me mira distinto, con otros ojos, aunque seguro son imaginaciones mías porque estamos en la ciudad más romántica del mundo.

Por mi parte, no puedo evitar disfrutar de los encantos de este hombre mientras me muestra la ciudad y me lleva a los sitios más encantadores. Una vez nos hemos acomodado para comer, Charles me comenta:

—Pilar, la tarea que venimos desarrollando, aquí en París se va a complicar un poquito debido a Ethan, esta tarde te lo presentaré, por favor, intenta conocerlo antes de juzgarlo, es muy fácil dejarse sucumbir al encanto de mi hermano. Aquí pondremos a prueba a su asesora, una chica muy competente y con un currículum impecable llamada Cris, no será fácil ya que él apenas prescinde de ella, pero de alguna manera entre tú y yo nos tendremos que organizar, y por supuesto aquí, por razones evidentes yo seré el jefe —concluye con aire pensativo.

—Entiendo, al estar Ethan presente no podemos hacernos pasar por jefa y asesor, para mí es más cómodo y fácil claro, pero no sé cómo haremos para estar convencidos de que ella es la persona que necesitas en tu equipo, y yo no sé qué planes tienes y qué pasos seguir —explico, mientras empiezo a degustar la generosa y deliciosa ración que nos han traído.

—Sí, tranquila, todo a su tiempo, te informaré debidamente, aunque sea por correo electrónico, pero primero tengo que hablar con Ethan —comenta, con cierto reparo.

Terminamos de comer comentando las maravillas gastronómicas de París, a estas alturas todavía no os he dicho lo entusiasmada que estoy con Charles, ¿verdad?

Pues eso, ironías y bromas aparte, creo que París es la ciudad perfecta para enamorarse y dejarse llevar y parece que, de algún modo, está haciendo mella en nosotros que, animados por el vinito de la comida, empezamos a estar un poco más receptivos que de costumbre.

En la sobremesa, mientras disfrutamos de un buen café, Charles me sorprende cuando, sin venir a cuento, me cuenta:

—Una vez tuve una asesora casi igual de eficiente que tú —exclama un

poco avergonzado, debido al cariz íntimo que, con sus palabras, ha tomado la conversación.

—Yo estaba encantado, la llevaba a todos los sitios y la lucía como si fuera un trofeo, no me di cuenta de ello y me culpo cada día, ella, a pesar de corresponder a todas mis necesidades laborales, era una persona autónoma y pensaba por sí misma, claro está... —obvia el final dejándolo en el aire para continuar un poco después, mientras yo permanezco callada escuchándole para no entorpecer su historia.

—En una fiesta de empresa conoció a Ethan y se enamoró perdidamente de él. No supe pararlo porque no lo vi venir, pero cuando me vine a dar cuenta estaban saliendo y días más tarde dejó el trabajo para ser la asesora personal de Ethan aquí en la galería de París. Te puedes imaginar cómo terminó la historia... —explica con pesar.

Y, sin poder evitarlo, ato cabos y me doy cuenta de que Cris no es la antigua asesora de Charles porque si no, no haría falta probar su valía profesional con lo cual la historia está clara, aun así, el marchante me la aclara con gesto grave:

—Ethan tardó exactamente dos semanas en cansarse de Patricia. Luego le dio una carta de recomendación y una patada en el culo como vulgarmente se dice —finaliza mirándome a los ojos, esta vez de una forma tan directa que me desarma y no puedo evitar bajar los míos a la taza que sostengo como un mantra.

—Charles, comprendo tu preocupación por mí, pero ya entendí todo, no tengo que dejarme llevar por el encanto superficial de tu hermano, así de simple —comento, sosteniéndole esta vez la mirada pensando que yo ya estoy entusiasmada con él, tanto, que no veo nada más.

Charles se queda observándome con intensidad, como queriendo hacer algo que finalmente no consigue, o intentando decir algo más, finalmente se decide:

—Me dolería mucho perder, de nuevo, una asesora tan eficiente —esta vez su voz es un susurro mientras roza con disimulo mi mano en la mesa. Definitivamente ha bebido un poquito más de vino y esto hace que tenga sus temores más presentes. No sé si tuvo algo con la tal Patricia, pero lo que importa es el aquí y ahora de modo que arriesgo todo cuando le digo:

—Charles, yo soy fiel a mis principios y a quien me da su confianza y no me traiciona —también en un susurro para que, pese a no lograr ser totalmente directa, tenga claro que me tiene de su parte. Tampoco quiero que asuma que me tiene a sus pies. Hay que ser precavida...

—Pilar, si yo te contara —hace un esfuerzo por callar y suspira de una forma tan sexy y varonil que el calor que noto hace rato hace mella en mis bragas.

Nuestros ojos se encuentran y se recrean, encandilados por el momento que se ha creado a nuestro alrededor, como una burbuja de encanto imposible de romper, en la cual sólo existimos él y yo... Charles tantea el terreno y se decide a dar un paso más.

Entiendo que su posición es complicada e intento ponérselo un poco más sencillo, pero cuando me doy cuenta sus ardientes labios están rozando los míos pidiendo paso a lo que pretende ser un beso de verdad, un beso con intenciones.

Momentos después, salimos del bar y cuando me doy cuenta estoy en la habitación de Charles recibiendo atenciones que no sabía que existían y que

me convencen de una cosa, de París al cielo.

\* \* \*

—Despierta dormilona, o no verás el Louvre —exclama mi marchante mientras se abrocha sensualmente los botones de la camisa y tapa ese torso de dios griego que tantas veces he besado hace un rato. Le miro con cara de sorpresa, mientras me cubro como puedo, y es que todavía no tengo muy claro qué ha pasado después de comer... Charles ríe y me aclara con una mirada muy picante:

—Es tarde para lo que intentas, Pilar, pero si quieres puedo volver a demostrarte que no tienes que taparte ante mí... —me susurra, acercándose y subiendo a la cama mientras aparta la sábana y me acurruca en sus brazos. Disfruto del momento pensando en que ya puedo morir tranquila pues la paz y la dicha que siento no son de este mundo.

Pero Charles se impacienta y empieza a hacerme cosquillas por todo el cuerpo, consiguiendo así finalmente que me levante y me vista, me apetece un montón perderme en el Louvre con el marchante.

Cuando salimos estoy extasiada, París y Charles me tienen enamorada, ya ha anochecido y él me propone ir a cenar al barrio latino a lo que le digo que sí entusiasmada.

La cena transcurre entre risas, como si nos conociéramos de toda la vida, pero no dejo de pensar es que, desde el tórrido momento sexual en la habitación de Charles, hemos obviado que él es mi jefe, y antes o después sé que tenemos una conversación pendiente. Pero intento dejar mis

preocupaciones a un lado y disfrutar, después de la cena paseamos por el Sena, Charles me coge de la mano con suavidad y ambos disfrutamos de ese dulce momento con el temor inevitable de que puede terminar.

\* \* \*

—Pilar, despierta, hoy es el gran día —exclama Charles, ya vestido en lo que creo un *deja vú*. Viste su traje más elegante porque hoy tiene que ejercer de jefe.

Yo corro a mi habitación a por un look adecuado, suerte que encuentro una falda tubo estilo oficinista eficiente y una elegante blusa con los hombros al descubierto, esta ropa me servirá puesto que todo lo demás son trajes de chaqueta de jefe universal.

—Vamos, vas a conocer al Hombre, al seductor nato, vas a conocer a mi hermano Ethan —bromea, esta vez mi jefe, y no entiendo por qué lo hace, ¿este hombre no se mira al espejo todos los días? Tiene todo lo que cualquier mortal pueda desear.

Un buen rato después empiezo a entender la forma de comportarse de Charles. He conocido a Ethan y sí, la palabra encantador se queda corta para definirlo y no le haría justicia. Y es que el hombre está cañón no, lo siguiente. En realidad, creo que todavía no se ha inventado un término que justifique en su justa medida lo tremendo que se puede llegar a estar.

Ethan es un hombre de unos treinta y dos años, uno noventa, cuerpo marcado y fibroso, cabello castaño y con unas facciones finas pero marcadas, casi angulosas, labios carnosos y provocadores y una mirada de ojos verdes intimidante. Viste impecable, con un porte elegante estudiado al más mínimo detalle, destaca, sin duda, allá donde se encuentra, destila seducción y seguridad por cada uno de sus poros, tanto que Charles a su lado parece el

hermano feo del príncipe, sin atender para nada al físico, sólo observando la actitud de cada uno.

La galería de París que regenta Ethan es impresionante, sus dos plantas albergan las colecciones más exclusivas y elitistas de Europa y el hermano de mi marchante se cuida bien de ofrecer lo más caro y extravagante a su exigente y acaudalada clientela.

Charles está encantado con la faceta profesional de Ethan y por eso no pudo prescindir de él después de lo que pasó con Patricia pese a que, sé de buena tinta que lo hubiera hecho con gusto, pero, mal que le pese, es su hermano.

Yo asisto sorprendida a todo lo que se va sucediendo, pero desde que Ethan ha entrado en escena que la personalidad arrolladora y segura de Charles ha desaparecido.

Es como si su hermano fuera un vampiro emocional que le chupara la energía y la autoestima. Esto me hace sentir mucho más cerca de mi marchante, entender que su personalidad es más parecida a la mía de lo que yo creía, y que, pese a que es un hombre maduro y seguro de sí mismo no puede evitar sentirse intimidado por alguien como Ethan.

En un momento en el que nos quedamos solos intento animarlo:

—Charles, ya he conocido a Ethan y ¿ves?, el mundo sigue girando, no ha pasado nada —le explico animada. Él me mira con ojos graves y un poco desanimado, lo cierto es que nunca lo había visto con los ánimos tan bajos.

—Ya Pilar, pero no bajas la guardia, el peligro realmente existe cuando empieza a hablar y a embaucar con sus palabras, voy a ver si encuentro a

Cris, tu tendrás que entretener a Ethan un rato, recuerda lo que te digo Pilar, no bajas la guardia —me susurra con gesto seriamente preocupado, como si estuviera hablando más bien de un asesino en serie que de un seductor nato. Charles se aleja mientras busca a Cris entre la multitud de gente que ya abarrota la galería.

Yo, por mi parte, intento hacer lo que me dice y mantener ocupado a Ethan, y no me va a resultar sencillo puesto que, si algo me ha quedado claro, es que ese hombre es peligroso e intento hacer lo que me ha dicho Charles, mantenerme alerta y no bajar la guardia.

Lo encuentro junto a un grupo de clientes admirando un cuadro descomunadamente grande y que roza la excentricidad en todas sus facetas, sin duda una nueva adquisición de la colección del famoso pintor moderno Hirst, un autor que, en lo personal, admiro mucho.

—Ethan —improvisó—, ¿podrías enseñarme las colecciones más importantes de la galería? Charles está ocupado y yo quiero aprovechar para ponerme al día —le comento con mi actitud más profesional.

—Será un placer, Pilar —exclama Ethan con una mirada intensa y seductora hacia toda mi persona que no pasa desapercibida para mí. Esto será más difícil de lo que me imaginaba, pienso, mientras me alejo con él camino de la segunda planta.

—Esta colección acaba de llegar y es absolutamente fascinante, me tiene embriagado —afirma Ethan, mientras vienen a mi mente las palabras de Charles, Ethan es realmente seductor cuando comienza a hablar. Con una voz masculina y un acento francés terriblemente sexy, parece que elige las palabras adecuadas para encandilar, al tiempo que habla casi en susurros para que no te quede más remedio que acercarte más de la cuenta, detalle que él

aprovecha para hacerte cómplice de su delicioso perfume.

Yo, que ya venía sobre aviso, me inquieto un poco más, porque no puedo evitar lo que parece ser un sentimiento universal al hallarse al lado de este ser, un estado de excitación constante y preocupante, que se acrecienta a cada paso que damos y a cada palabra que pronuncia Ethan.

Intento centrarme en Charles, pensar en él, en sus caricias, en sus ojos azules como el océano, como un cielo de verano perfecto en el que perderse hasta el fin de los días, pero ni modo, la forma de ser de Ethan y sus explicaciones, su destreza y su seguridad destilan un arte secreto solo practicado por él que me tiene como una ratita al son del flautista de Hamelin.

Hago esfuerzos desesperados de comunicarme telepáticamente con Charles, pedirle que me salve, que venga a por mí, pero me temo que no funciona, Charles parece haberse esfumado y Ethan sigue llevándome de forma implacable a su trampa mientras yo, incauta y de la forma más tonta, me dejo arrastrar.

El golpe de gracia llega cuando Ethan, después de haberme mostrado, con sublime paciencia todas las colecciones de la segunda planta, sugiere:

—He visto que te apasiona Hirst, la colección más exclusiva la guardo en mi despacho privado solo para los ojos de quien yo desee —susurra, haciendo hincapié en la última palabra. Puedo adivinar el aliento y la excitación contenida en su voz, sus gestos estudiados y exquisitamente entrenados, sin duda, debe ser un amante excepcional en la cama, dispuesto a saciar todas las fantasías de una mujer, colmarla en su deseo y en su placer más sublime. La imagen de los dos sobre la cama, explorándonos con paciencia y dedicación mientras saboreamos cada una de las caricias que nos

profesamos me hace salivar como si delante del más rico pastel de chocolate me encontrara. Ethan tomándome entre sus definidos y sugerentes brazos y yo cayendo rendida a sus pies de cautivador sin piedad, mientras me recreo en la turgencia de su vientre y en la tersura de su morena piel y sus ojos arden en deseo recorriendo con sus labios cada recoveco de mi cuerpo.

Vuelve, Pilar, que te perdemos, intento, mientras hago un esfuerzo sobre humano desde el lugar más recóndito y cabal de mi mente.

¿Y después qué? La nada. No, Ethan no es lo que necesito, decididamente no.

—Me encanta Hirst, pero creo que no soy la compañía que buscas en tu despacho privado —susurro yo también, con mi mirada más agresiva y decidida, un nuevo sentimiento brota de mi interior, la indignación, la resolución y el saberme, de pronto, loca por Charles, loca por mi marchante.

Acto seguido y para no dejar lugar a dudas, escapo de su lado con paso firme pero ligero, Ethan que, por su parte, parece que nunca ha recibido un no por respuesta, se queda de piedra.

Bajo a la primera planta, donde hay mucha gente y me pongo a buscar a Charles. Todavía siento cómo la excitación corre por mis venas, como si de una droga dura se tratara, ese maldito dios griego me ha hecho mojar las bragas de gusto solo con sus palabras y mi calenturienta imaginación, me siento culpable, pero al menos no he sucumbido al encantador de serpientes, algo que, por otra parte, ha sido tremendamente complicado.

Finalmente logro dar con Charles que está hablando tranquilamente con Cris. Improviso un dolor de cabeza para escaparme de allí, necesito estar sola, recuperar los latidos de mi loco corazón y, sobre todo, descansar un poco de toda esta locura que, desde que comenzó, me tiene en un sin vivir.

Charles se ofrece rápidamente para llevarme al hotel, pero prefiero volver sola en un taxi y él todavía tiene trabajo, con lo cual, finalmente me salgo con la mía y vuelvo a mi habitación bastante cansada.

Empiezo a pensar en todo lo ocurrido en los últimos días y es abrumador, la escapada a Londres, el viaje a Nueva York, lo que ha ocurrido aquí en París, sin duda, nunca he vivido tantas cosas y tan bonitas en tan poco tiempo.

Sin poder evitarlo mis pensamientos acaban en Ethan, es lógico que un hombre así lo tenga todo tan fácil, al igual que también lo es las advertencias de Charles, el hermano de mi marchante es puro fuego y eso se nota.

Me doy una ducha rápida e intento relajarme un poco ojeando algunas revistas, además le mando mensajes a mi hermano Berto poniéndolo al día de las novedades, el pobre no da crédito a todo lo que le cuento y me dice que falta él aquí de asesor sentimental para que yo no meta la pata.

—Por favor, Berto, estás hablando con Pilar Anclada, la reina metepatas —escribo en el wasap para, acto seguido, darle al *enter*.

—No digas tonterías Pilar, y pórtate bien, tu jefe parece ser de esos hombres que ya no quedan, como diría la abuela, de esos hombres que se visten por los pies y Ethan parece ser el típico conquistador que solo quiere divertirse y luego a otra cosa mariposa...

—Ya, pero es que tendrías que verlo, Berto, es el Hombre en mayúscula, cuando camina se para el mundo y el tiempo, solo para deleitarse en sus pasos... —le escribo recordando a Ethan excitada.

Comienzo a temer que esta vez he podido pararle los pies porque me he dado cuenta de que siento algo por Charles... pero tengo que evitar más ocasiones porque la atracción de Ethan es irresistible.

Al rato llega Charles, llama a la puerta y le abro, con cierto temor de que sea Ethan, pero no, debe de ser demasiado orgulloso para ir detrás de la primera que se le resiste.

—Pilar, por fin termino, un poco tarde, te pido disculpas —exclama con energía mientras me da un besazo en los morros que me deja un poco tonta.

—He logrado terminar el asunto que tenía con Cris, las dudas, todo está bien, y Ethan, bueno, parece ser que se ha moderado, ¿no? —continúa mientras me sonrío confiado.

Me quedo a cuadros, no sabe nada y no seré yo la que le diga que su hermano me ha tirado los tejos de la forma más directa y descarada pero mi cara lo dice todo porque de inmediato me mira suspicaz y me dice:

— ¿Ha pasado algo que deba saber?, no temas Pilar, cuéntamelo, no te voy a juzgar —se acomoda en el mini sofá del salón de la habitación expectante. Me siento frente a él y cruzo las piernas mientras tomo del mini bar un refresco, armándome de paciencia.

—Verás, Charles, tal y como tú dijiste Ethan es cómo es y no pierde el tiempo —empiezo, intentando quitarle hierro al asunto.

—Mentiría si te dijera que no ha pasado nada, pero tampoco es que haya sucedido algo como tal. Simplemente me sugirió ir a ver su colección

privada de Hirst y me negué, eso es todo —concluyo con determinación mientras me termino el refresco que acabo de empezar, estoy sedienta, acalorada y sofocada al revivir el encuentro con Ethan.

Observo a Charles que, sin duda, se remueve incómodo mientras busca las palabras exactas que decirme y se pasa la mano por el pelo en un gesto de nerviosismo. Es tan perfecto que, si él lo supiera, si realmente tuviera conciencia de lo loca que me tiene, no habría más que hablar.

—Lo sabía, Pilar, sabía que este viaje sería un error. Te he puesto en su punto de mira y después de tu negativa no va a parar —comenta con pesar, se levanta y camina de un lado a otro sin saber qué hacer.

La escena que observo es enternecedora, mi marchante preocupado por mí, le tomo las manos y le beso suavemente en los labios mientras intento no hacer promesas imposibles...

—Charles, estoy aquí contigo y no con él, olvídate de Ethan y prosigamos con el plan, echo de menos infiltrarme como jefa y todavía nos quedan unas cuantas galerías por visitar —sugiero para que se relaje un poco.

—Tienes razón, Pilar —exclama, más animado—, todavía nos queda una última galería por visitar, las demás no harán falta de momento, iremos a Hong Kong, te encantará, su cultura, su comida y, por supuesto, la galería —me guiña un ojo mientras vuelve a ser el abrumador y optimista marchante por el que ando colada como una colegiala.

—Ponte algo cómodo, nos vamos, hay que aprovechar la última noche en París, mañana pondremos rumbo a Hong Kong, pero esta noche descubrirás lo que nunca esperabas ver en la ciudad de la luz —insinúa de forma sugerente y terriblemente sexy, mientras se desabrocha dos o tres botones de su camisa.

Momentos después salimos los dos por la puerta del hotel camino de una buena cena y luego me sorprende llevándome al teatro. Puede que Ethan sea puro fuego, pero Charles es el compañero de vida por el que cualquier mujer caería rendida a sus pies.

# Capítulo 11

De camino a Hong Kong no dejo de pensar que en unos días esta locura habrá terminado.

Anoche me lo comentó Charles, mientras estábamos cenando, estaremos dos o tres días en Hong Kong y luego, por fin, vuelta a la rutina. Sin duda tengo muchas ganas, de vivir el día a día yendo a trabajar, volver a ver a mi hermano Berto, cotillear con Loles y, sobre todo, disfrutar de lo que quiera que sea lo que tengamos Charles y yo. Porque siempre he sido muy mala poniéndole nombre a las cosas y esta vez no lo voy a hacer, simplemente quiero dedicarme a vivirlo plenamente.

Anoche llegamos tan tarde que apenas pudimos alcanzar la cama y no hubo momento para nada más y esta mañana con las prisas por no perder el avión tampoco he tenido tiempo de adorar a mi mecenas particular lo que hace que mi imaginación se dispare y me imagine a Charles y a mí en escenas poco decorosas pero muy placenteras... mejor eso que soñar despierta con Ethan, me recochina mi estricta conciencia.

—Te veo pensativa —exclama Charles que hace un momento iba durmiendo a mi lado en el avión.

—No es nada, tengo ganas de volver a la rutina, creí que nunca podría decir esto, pero empiezo a estar un poco cansada de tanto viajar —observo mientras miro por la ventanilla.

—Tranquila, en unos días volveremos a la normalidad, a mí también me apetece estar ya de vuelta, tengo muchos asuntos pendientes que atender —comenta Charles con un deje de cansancio en su voz.

Es como si Ethan hubiera succionado nuestra energía, todo el

entusiasmo con el que viajábamos parece haberse evaporado, pero me niego a que esto sea así de modo que intento sonar más animada cuando le digo:

—Pero en Hong Kong nos espera de nuevo la jefa infiltrada. Voy a poner de nuevo en uso mis súper poderes y nadie se va a poder resistir — insisto pinchándolo, algo que parece funcionar pues él se incorpora un poco en su asiento y me mira envarado:

—Más vale que se resistan, y usted señora jefa, conténgase, no saque a relucir todo su atractivo porque luego pasan cosas como lo que ha sucedido en París... o lo que pasó en Nueva York —insinúa provocador con un brillo lascivo en sus ojos.

—Lo de Nueva York sabías que iba a pasar, de hecho, así lo tenías planeado, y lo de París estaba cantado, Ethan le echa la caña a todo lo que se mueve, le da igual si lleva falda o pantalones —vaya, por fin lo dije, ahora me lloverán los truenos... la cara de Charles es un poema:

— ¿Insinúas que mi hermano es gay? —susurra, si le pinchara con una aguja en estos momentos no le sacaría sangre, se ha quedado a cuadros.

—Por supuesto que no, era para picarte un poco, Ethan es pica bragas profesional, y disculpa la expresión —resuelvo sincera.

—Sí, lo cierto es que tienes razón, mi hermano es un problema continuo y encima, nunca aprende, a veces temo que flirtee con quien no debe, ya sabes, alguna buena clienta o alguna artista que no nos podamos permitir perder, pero, al menos, de momento, ha sabido contenerse.

—Y lo seguirá haciendo, se nota que le gustan las mujeres a rabiar, pero no es tonto y respeta su trabajo, además de ser bueno en él y disfrutarlo, algo que también parece tener muy en cuenta y, es más, creo que, pese a todo lo que puedas pensar de él, te respeta. Al menos esa es la impresión que me

ha dado así, sin conocerlo demasiado —observo pensativa.

—Se te da bien deducir cómo son las personas, tienes una intuición especial. Con Ethan no te has equivocado en nada, eres muy observadora —se pica Charles.

—No sólo con Ethan, digamos que es algo que he tenido que aprender para no llevarme tantas desilusiones en la vida, no creas, ha sido a base de ensayo y error —me defiendo, un poco molesta por explicar algo tan íntimo mío.

—Pilar, entiendo que hasta ahora tu camino haya podido resultar dificultoso, lleno de piedras y baches, pero déjame hacerlo un poco más liviano si caminas a mi lado... conmigo —susurra mi marchante un poco avergonzado.

De una pieza me quedo al verle así, un pelín sonrojado y queriendo decir quién sabe qué. No entiendo como un hombre como él, lleno de seguridad en los negocios, en su vida profesional y diaria, es así en el terreno personal. Y, de pronto, con estas respuestas me deja sin habla y consiguiendo que todo lo que se mueva y suceda a mi alrededor me importe bien poco.

—Contigo es posible que me haya equivocado porque das imagen de tipo duro y seguro de sí mismo, de empresario feroz, aunque atento y enrollado y mírate, luego eres todo un bombón, tierno y dulce —es mi boca la que habla por mí mientras mis labios se esfuerzan por contener las palabras que salen de ella como un torrente, contente Pilar, que no tienes freno. Charles abre la suya con asombro para, acto seguido, soltar una risotada que hace que otros viajeros le miren con mala cara.

—Tienes razón, Pilar, menudo par de dos, oye, a este paso vamos a patentar las conversaciones cercanas y privadas en el aire, y ya sabes, lo que

sucede en el aire...

—En el aire se queda —respondo resuelta—, voy a ver si duermo un poco jefe, la sobre explotación no debe andar muy lejos de esto —afirmo guiñándole esta vez yo un ojo y cerrándolos después, mientras le escucho suspirar satisfecho.

Horas después aterrizamos en el aeropuerto Internacional de Hong Kong, el famosísimo Chek Lap Kok y si no fuera porque soy muy vergonzosa para la mayor parte de convenciones sociales besaría el suelo, porque nunca pensé que podría llegar hasta este recóndito y exótico país y mira, aquí estoy. Charles se muestra animado y radiante a pesar de no haber dormido nada, no sé cómo lo hace, algún día cuando tengamos más confianza le preguntaré cuál es su secreto pues, en mi caso, sin ir más lejos, si no duermo mis ocho horas arrastro unas ojeras que ni te cuento.

—Vamos Pilar, que te veo muy excitada —exclama Charles, dejándome desarmada mientras observa mi reacción y momentos después ríe de forma contagiosa. Nos reímos los dos, si es que mi marchante es un cachondo y encima está tremendo.

—Estoy disfrutando del momento, Charles, pero tú bien que sabes arruinarle el instante a cualquiera —le sigo la broma traviesa, a sabiendas de que se puede mosquear.

—No respires más de la cuenta, ya sabes cómo es la polución en este país, por muy bello que sea —exclama, intentando picarme más de la cuenta.

—Este país, como tú bien dices, es perfecto —resuelvo entusiasmada.

Mientras llegamos al hotel no puedo dejar de mirar por la ventana del taxi en el que vamos, siempre me ha encantado la cultura oriental, mi sueño es viajar a Japón, y no quiero perder ni un detalle de todo lo que sucede en la

vida social y cultural diaria del país al que acabamos de llegar, oh sí nena, culturalmente este país es aún más fascinante.

—Tranquila Pilar, te haré de guía turístico como en las anteriores ocasiones —comenta Charles relajado.

Cuando llegamos al hotel sucede algo que me deja alucinada. Debido a un evento en la ciudad la mayor parte de habitaciones han sido reservadas y solo queda la suite que todavía está disponible por el desorbitado precio que ostenta.

—Nos la quedaremos —afirma sin dudarle Charles, mientras yo me revuelvo un poco incómoda. Él nota mi malestar e inseguridad repentinos y se apresura a aclarar:

—Tranquila Pilar, puede vivir una familia sin verse en una de estas suites, estaremos cómodos y cada uno tendrá su intimidad —dice mientras me mira con ojos sinceros.

Lo cierto es que no me molesta la intimidad con él, después de todo lo que hemos vivido en París, no sé cómo puede pensar eso, lo que me molesta es que, de pronto, no sé cómo llamar a lo nuestro.

—No me molesta compartir habitación contigo, Charles, al contrario — intento aclarar—, es mejor que lo hablemos en privado —opino, incómoda, mientras miro como la gente entra y sale apresuradamente del hotel.

Charles está conforme y subimos a la suite cargados con nuestras maletas.

Minutos después, asombrada porque la susodicha es más grande que mi piso, nos sentamos en los cómodos sofás del gran salón que hay separado de una generosa habitación colmada con una King Size de dos por dos a la que

apenas he mirado medio sonrojada, y todos los caprichos electrónicos que un ser humano pueda desear.

— ¿Te apetece tomar algo? —pregunta Charles con cierto nerviosismo en la voz.

—Un refresco estará bien —concedo, mientras él saca uno para cada uno.

No puedo evitar acordarme de mi madre cuando me sermoneaba una y otra vez en cuanto olía el compromiso, y ahora soy yo la que temo que Charles huya de mí.

Pero no lo hace, en lugar de eso, se sienta a mi lado y me toma la mano para hablar primero:

—Pilar, sé lo que quieres aclarar y no quiero que continúes. Entiendo que es lógico, llegados a este punto, y después de lo que ha sucedido con Ethan en París, por lo que considero que es necesario que los dos nos demos una explicación a esto que ha surgido entre nosotros, pero, por mi parte, es complicado —expone con sinceridad.

—Contigo siento que puedo ser yo, me relajo, sacas mi mejor yo, puedo Vivir —afirma con una sonrisa en los labios mientras me acerca hacia él para darme un suave beso.

—Por la mía —empiezo, con cautela—, nunca se me ha dado bien definir las pocas relaciones que he tenido, de hecho, mi madre siempre me ha llamado novia a la fuga, porque en cuanto olía cierto compromiso, huía, eso fue con los dos novios que tuve, ahora sé que, por mi parte no fue nada serio, no se le pueden llamar novios, por eso temía que fueran algo más, cosa que no me pasa contigo —arriesgo, a sabiendas ya de que tengo todas las de perder.

Porque en la vida real, siento decirte, no es como en las novelas donde la chica buena y simpática siempre se queda con el guapo jefe, con el ganador, en la vida real, la chica buena y simpática se queda sola... me temo.

—No sabría ponerle nombre a esto que nos está pasando Pilar, pero sólo sé que no quiero dejar de sentirme así —explica, una vez más para eludir una responsabilidad que está lejos de sentir para conmigo y esta vez no me aprieta entre sus brazos, espera mi reacción.

—Entiendo... —empiezo, un poco irritada—, me separas de Ethan y me previenes contra él porque, según tú, es un picaflor, pero ahora me vienes con el mismo juego...

—No te estoy pidiendo compromiso eterno, Charles, tampoco que seamos novios, sólo... en fin, es igual —exploto con los ojos llenos de lágrimas, no quiero que él me vea así y salgo precipitadamente de la suite, dejándolo en su sitio.

Corro por el pasillo de la última planta donde se alojan todas las suites, tomo el ascensor y bajo a la recepción donde me refugio en la cafetería.

—Un café, por favor —pido al camarero con voz llorosa enjugándome todavía las lágrimas de antes... me siento en una mesa al lado de una cristalera que da a un precioso jardín lleno de lotos, flores y cascadas de agua sintiéndome de algún modo, traicionada, sin saber por qué.

Echo de menos a Berto, sé que apenas he hablado con él estos días, desde que esta locura de viaje y de vida comenzó, pero nuestra relación es así, de pocas palabras y muchos hechos. Le mando un wasap, a sabiendas de la diferencia horaria.

*Te echo de menos, ya no tardaré en volver.*

Veo como lo envío y segundos después como lo recibe, pero no se pone en línea, por lo que deduzco que es de noche y todavía está durmiendo.

Cuando el camarero trae mi café aparece Charles, que se sienta frente a mí. Se ha cambiado de ropa, lleva unos cómodos vaqueros y una camiseta y, por segunda vez desde que nos conocemos, le noto el rostro cansado.

—Pilar, no he sabido explicarme bien, tal vez he sido demasiado brusco —intenta terciar, buscando las palabras exactas, pero yo lo tengo claro.

—No te preocupes Charles, sólo fue la tontería del momento, pero ya pasó, eres mi jefe y entiendo que nos dejamos llevar y lo pasamos bien, no hay nada más que hablar —intento zanjar el tema de este modo pese a que noto como mi corazón se contrae del disgusto en mi pecho.

Pero entiendo que, como jefe que es él y yo su empleada, soy un estorbo tanto en su trayectoria profesional como personal por lo que decido que es mejor apartarme de su camino, si surge un momento de diversión lo aprovecharé porque con semejante cuerpo que tiene, lo contrario sería rozar lo blasfemo, y una no es de piedra, por eso, a vivir que son dos días.

Sin embargo, Charles me mira con gesto cansado todavía e intenta asegurarse de que no le guardo rencor y de que estoy bien, al fin y al cabo, todavía me necesita para que haga el papel de jefa en la galería de esta ciudad:

—Entonces, ¿estás bien?, ¿seguimos adelante con el plan?, si no te sientes con fuerzas lo entenderé perfectamente, Pilar, quiero lo mejor para ti —aclara con la voz teñida de preocupación.

—Por supuesto que sí —admito, no quiero que me vea derrotada, rendida a sus pies, faltaría más, me aferro a la pizca de dignidad que me queda y me recompongo como puedo.

—Perfecto, cuando estés lista avísame y te explico el plan que tengo pensado para la galería que regento en esta ciudad, te va a encantar.

A mí, hace rato que todo ha dejado de encantarme, todo menos lo que no puedo tener, a mi marchante. No me entiendo ni yo, de buenas a primeras, ¿qué es lo que pretendo?, ¿qué este pedazo de hombre me pida amor eterno?, vamos Pilar, despierta, bienvenida al mundo real.

—Cuando quieras, yo estoy lista, soy toda oídos —le confirmo mientras intento dejar mis frustraciones a un lado y seguir con el plan, al menos me espera un rato divertido.

—Bien, esa es mi jefa —exclama sin poder evitarlo, acto seguido se tapa la boca con una mano en un gesto endiabladamente sexy y sigue.

—En esta galería hay dos empleadas a las que quiero ascender, colocar en puestos de responsabilidad importante, gerencia y administración y quiero saber si son personas en las que puedo confiar... —explica, concentrado.

—La primera es Mei, está en recepción, es una empleada modelo, está ya dos años en la empresa y quiero ascenderla... —no termina la frase, sumido en sus pensamientos.

—La segunda es Suyin, también muy eficiente, si todo sale como tengo previsto tengo intención de que sea la gerente de esta galería, pero quiero asegurarme de que está eligiendo las colecciones correctas y escogiendo lo que la galería espera de ella. Ya sabes, nuestras tendencias en arte y demás —aclara sin mirarme a los ojos.

Si algo me queda claro en este instante es que esta visita no será como las anteriores, no sé por qué, algo me huele mal, por lo que intento matizar las palabras de Charles:

— ¿Y yo seré la jefa que las evalúe o cómo lo haremos? —pregunto, sin tener idea de mi papel.

Porque como la cosa vaya por el mismo camino que tomó en Nueva York... después de lo que pasó en París no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Por supuesto, están informadas previamente mediante un correo de empresa que envía Loles desde Madrid. No te preocupes, todo saldrá a la perfección —exclama satisfecho.

Pero sí, me preocupo. Hay algo que no me cuadra y no sé qué es, pero algo no encaja en todo esto.

Charles, que parece intuir mi desasosiego me toma en sus brazos mientras me susurra:

—Confía en mí, Pilar, no sé qué ha pasado en tu vida ni tengo ningún derecho a preguntarte, pero pronto terminaremos los asuntos que nos han traído a Hong Kong y te prometo que no viajaremos más, sé que estás cansada y harta de este paripé, después volveremos a Madrid con un vuelo directo, ¿de acuerdo?

Le abrazo de manera espontánea, necesito que sepa algunas cosas sobre mí para que entienda por qué me siento así.

—Charles, yo... toda mi vida ha sido bastante complicada, y sí, quiero contarte un poco sobre ella para que me puedas entender mejor.

Nos acomodamos y mi marchante me observa con atención, tiene todos sus sentidos puestos en lo que le voy a contar y eso me emociona y me calienta el corazón.

—Verás, tengo un mellizo, mi hermano Berto, él salió minutos antes

que yo y ese escaso tiempo ha marcado una diferencia de caracteres importante. Mientras él es la alegría de la fiesta yo suelo vagar por el polo contrario, lo sé, no tengo por qué, pero es así, no sé estar lejos de él puesto que nos criamos juntos y siempre nos hemos apoyado en todo. Ahora, él se ha quedado en Madrid y yo estoy a muchísimos kilómetros de distancia. Lo que, en un principio era un aliciente, algo con lo que provocarle, se ha convertido en una pesadilla, le echo de menos, él me anima, me relaja, me regaña y, ¿por qué no decirlo?, me enfada a partes iguales.

Charles me mira comprensivo con una sonrisa en los labios, entiende lo que le digo, su relación con Ethan es complicada, pero sé de buena tinta que hay mucho cariño entre hermanos detrás, pese a todo. No pierde ocasión para preguntarme:

—¿Y tus padres?

—Mis padres viven en un pequeño pueblo de Toledo del cual tuvimos que huir para tener algo de futuro, y donde solo crece la hierba y pastan los animales —explico con calma.

—De hecho, justo antes de contratarme estuve a punto de volver porque ya no aguantaba más en Madrid y no porque quisiera...

Me estremezco ahora solo de pensar en aquel momento y aquella posibilidad, sin duda, volver al pueblo hubiera sido un gran error, enterrarme en vida y más dejando a Berto en Madrid.

—Te entiendo, Pilar, lo tuyo se llama exceso de responsabilidad. Creo que siempre te has exigido demasiado, y ahora que, por fin te puedes relajar un poco, disfrutar, vivir, tu cuerpo no sabe porque nunca lo has hecho, siempre estudiando y trabajando... —afirma Charles pensativo.

Y tiene razón, siempre he estado más pendiente de los demás que de mí misma, sobre todo de mi hermano Berto, haciendo de madre con él, regañándole, intentando ser buena en lo mío, sacar las mejores notas y luego buscando un empleo digno, no he tenido todavía ocasión ni momento de relajarme y pensar, por una vez, en mí misma.

Lo miro con suma ternura, la pequeña charla con él me ha abierto los ojos y, desde ya me propongo firmemente no ser tan dura ni exigente conmigo misma y vivir más la vida que para eso estamos aquí.

Termino mi café y nos echamos a la calle para relajarnos un rato callejeando y *turisteando* un poco, Charles vuelve a ser el guía encantador de siempre y yo vuelvo a dejarme llevar.

Parece que nada ha cambiado desde hace unas horas en París, nos volvemos a tomar la mano en algunos lugares y me emociono cuando me cuenta que en Hong Kong también está *Disneyland*.

Al final del día, cargados de compras y agotados volvemos al hotel, se me había olvidado que sólo disponemos de una suite para los dos y, pese a que es enorme, tan solo tiene una cama...y por la cara que pone Charles, a él le pasa lo mismo, con lo que la calma y alegría con la que llegamos se convierte en incomodidad.

—Tranquila, el sofá es inmenso, descansaré bien en él —empieza, todo caballeroso, pese a que no me creo sus palabras.

Le miro suspicaz para, acto seguido, hacer lo mismo con el sofá, es

gigante, pero también tiene pinta de ser bastante incómodo para dormir, por lo que no me convence. Además, la noche es joven y todavía no tengo sueño, sí, estoy cansada, pero también juguetona...y me apetece poner a Charles a prueba.

—El sofá no aguantará una noche de descanso, puedes dormir en la cama, es lo bastante grande para que puedan hacerlo cuatro personas perfectamente sin tocarse —sugiero mientras voy camino del baño deseando encontrarme algo que calme mi cansancio muscular.

El baño no defrauda, en línea con el resto de la suite, se puede disfrutar de un inmenso jacuzzi, ducha con hidromasaje, teléfono incluso televisor de plasma. Cierro la boca pasmada y opto por llenar el jacuzzi mientras vierto, divertida, jabón en él, para que haga mucha espuma.

Charles se asoma al baño, alertado por el sonido del agua, aunque yo todavía no me he desnudado, simplemente disfruto viendo caer el agua sentada en el escalón del jacuzzi. Me mira, y de pronto leo el deseo en sus ojos, toda la incomodidad y reserva que tenía antes han desaparecido, y parece ser que el agua envalentona al marchante.

— ¿Te apetece un baño... caliente? —sugiero, mientras empiezo a desabrochar mi blusa poco a poco. Charles sostiene mi mirada con un deje fiero en la suya, como sopesando el riesgo y las consecuencias, pero no tarda demasiado en decir:

—Por supuesto —su respuesta escueta y directa cae sobre mí como una descarga eléctrica mientras él avanza y me levanta entre sus brazos para, acto seguido fundir sus labios con los míos. Me vuelve loca sentir la suavidad de su boca, así como su calidez, Charles me besa con pasión y yo correspondo

como puedo, aún aturdida por lo rápido y cambiante que es todo a cada momento.

No hay tiempo para hablar, se desviste rápido, se quita la camisa mientras yo admiro sus pectorales y sus marcados y sensuales brazos, no luce ningún tatuaje, detalle en el que ya me fijé anteriormente y por el que tengo que preguntarle, eso sí, en otro momento, ahora solo atiendo a cómo Charles desabrocha mi falda y la deja caer mientras me da la mano para que entre con él al jacuzzi. ¿En ropa interior? No, esa no era mi intención.

—Me suelo bañar desnuda —afirmo, conteniendo la risa.

—Yo también pero no quería que pensaras mal de mí. Soy tu jefe —dice, sin duda se empeña en estropear el momento.

No me queda otra que besarle para que calle y no diga más, ahora me importa bien poco lo que sea, solo lo quiero entre mis piernas.

—Deja de decir que eres mi jefe, poco importa eso ahora —le jadeo al oído. Esto hace que se ponga a cien y que nos meta a los dos en ropa interior en el jacuzzi a lo que estallo en una sonora carcajada.

Ya dentro, con las burbujitas haciéndome cosquillas por todo el cuerpo y sentados uno frente al otro, nos tanteamos como si fuera nuestra primera vez, no entiendo por qué en estos momentos es tan precavido, si siempre muestra una seguridad férrea.

Decido que lo mejor es empezar a jugar, me desabrocho el sujetador, pero como el agua me llega hasta el cuello él todavía no se ha dado cuenta, aprovechando así su momento de indecisión.

La excitación se palpa en el ambiente que se vuelve más húmedo a medida que nuestros cuerpos se revuelven indecisos bajo el agua, pero como

he echado tanto jabón, la espuma no deja ver nada.

Saco del agua el sujetador y lo lanzo mientras le guiño el ojo, él sonrío con una mirada lasciva y se acerca un poco más a mí, pero todavía sigue demasiado lejano, ¿por qué no se decide a atacar ya?, ¿quiere verme jugar un poco más?

Acto seguido me quito con disimulo mis braguitas y ya en la mano las lanzo también a algún sitio olvidado en el baño, mientras Charles me mira con la boca entreabierta deseando que me acerque a él y le haga lo mismo.

Saco mi pie a pasear con cautela y le rozo una pierna, lo subo un poquito y cuando intuyo que estoy llegando a la zona secreta lo quito rápidamente, pero para entonces su cara ya es un poema y puedo adivinar sin miedo a equivocarme que está tremendamente excitado y que le está costando horrores contenerse.

—Pilar, me tienes a cien, estoy haciendo un gran esfuerzo por no lanzarme encima de ti al adivinarte ya desnuda debajo del agua... —susurra, mientras leo en sus ojos que está disfrutando tanto o más que yo de este momento.

Adoro a este hombre. Le encanta disfrutar la excitación del momento previo, no tiene prisa por saciar su placer, es más, se afana por saciar antes el mío, disfruta de verdad dando placer y después recibéndolo, es un amante con mucha experiencia, pienso, convencida.

Charles pasa su pie por mi entrepierna en un roce directo e intencionado que solo dura un momento, lo suficiente para ponerme aún más caliente, tanto, que ya no sé si el agua del jacuzzi arde por salir así del grifo o por nuestros mojados y excitados cuerpos.

Se me escapa un jadeo involuntario, detalle que excita, aún más si cabe,

a Charles, que vuelve a pasear su pie por mi entrepierna, esta vez de una forma mucho más certera y directa en un roce que para mí resulta toda una descarga de placer.

Cierro los ojos y me revuelvo mientras deseo comérmelo a besos y morderle el torso de forma desenfrenada, estoy resistiéndome, sin saber cómo, no le veo venir, cae sobre mi boca sin mesura mientras bebe de ella extasiado. Se mantiene a mi lado, por lo que aprovecho para rozar con la mano su cadera, sí, aún lleva su ropa interior, y tiro de ella de forma suave hacia abajo para que se deshaga de la maldita prenda.

Me mira a los ojos y sonrío de forma canalla mientras se quita el bóxer, y me roza sin querer evitarlo con toda su excitación contenida.

Las burbujas no cesan y mi pecho sube y baja con dificultad debido al grado de excitación que llevo a estas alturas, pero él sigue haciéndome sufrir de nuevo sentándose a mi lado, me está invitando a que me suba encima de él... lo que no sabe es que en estos momentos puedo ser muy provocadora.

Me incorporo en el jacuzzi para que observe mi cuerpo, mis pechos, mi vientre y me siento a horcajadas con cuidado y sin que haya contacto todavía directo entre sus partes y las mías. Charles está ardiendo de excitación, sonrojado, sudoroso y resoplando, he rozado su miembro erecto a propósito y está en pleno apogeo, listo para pasar a la acción, no quiero hacerlo esperar más y me levanto un poco para, acto seguido hacer que entre en mí en un momento en el que no se lo espera arrancándole un jadeo de placer que me estremece y me propicia de buena cuenta el mío.

Aprovecho que estoy encima de él y tengo el control para moverme a mi gusto, con movimientos suaves y circulares para, acto seguido, llegar al éxtasis los dos con repentinas sacudidas, así estamos un rato hasta que le

intuyo que ya no puede más. Me levanto y le tomo la mano para hacerle salir del jacuzzi, pero Charles no tiene intención de salir, me da la vuelta y entra en mí nuevamente haciendo que estallemos en un jadeo conjunto de placer. Ahora es él el que toma el control, al principio con calma, saboreando cada movimiento que efectúa, con la paciencia de un amante dedicado, consciente, como si estuviera pensando en Ethan y lo que hubiera podido pasar entre él y yo y lo alto o no que hubiera dejado el listón. Este sentimiento me asalta solo un segundo, pero es lo suficientemente certero para darme cuenta de que, aunque de forma inconsciente, algo ha pasado entre Charles y Ethan que les afecta en ese sentido. Algún antiguo amor, seguro.

Charles se da cuenta de mi momentáneo despiste y me eleva un poco, lo suficiente para que mis pezones salgan del agua mientras los saborea con deleite, y yo estoy cada vez más cerca del límite de mis fuerzas.

Siento que no puedo más, el final está cerca mientras bebo de la dulce agonía que me proporciona Charles en forma de ardientes embestidas hasta que estallamos los dos en un orgasmo que nos sacude como si de un terremoto se tratara dejándonos exhaustos y agotados, aún aferrados a nuestros mojados cuerpos, mientras el jacuzzi sigue disparando burbujas de forma frenética.

\* \* \*

Despierto en la gran *King Size* de la suite gracias al radiante sol que entra por la ventana, Charles duerme profundamente a mi lado con el brazo sobre mi vientre, totalmente relajado, por lo que aprovecho para disfrutar de los perfectos rasgos de su rostro denota tranquilidad, paz y sosiego, se nota

que está profundamente dormido, me encantaría regar su cara de pequeños besos, el efecto que denota en mí, el sentimiento que siento como brota de mi pecho provoca que me levante corriendo al baño a darme una ducha, y no precisamente caliente.

No, me niego a enamorarme de él, aunque mucho me temo que, tal vez, sea demasiado tarde después de la intensidad con la que hemos vivido los últimos días.

Dejo correr el agua mientras me enjabono y miro hacia ninguna parte, pensativa, cabizbaja, sería toda una putada enamorarme ahora de mi jefe, pero es que, por otra parte, no es algo con lo que haya tenido precaución, ya te vale Pilar, pienso, esto te pasa por tonta y confiada.

Salgo de la ducha mucho más liviana mientras Charles sigue durmiendo plácidamente, ¿qué le pasa a este hombre hoy?, siempre es el primero en levantarse, me siento en una pequeña silla tapizada que hay delante de la gran cama y le vuelvo a observar con placer.

En ese momento abre los ojos y me pilla mirándolo atontada, cosa que hace que me pregunte con cierto asombro:

— ¿Me miras mientras duermo?, ¿eres una guardiana de los sueños o algo así?

Este hombre y su adorable sentido del humor, siento unas ganas tremendas de darle un achuchón y algo más, a pesar de que anoche dejamos el tema saciados para varios días, si hiciera falta.

—No, Charles, ¿por quién me tomas? —le respondo haciendo mención de enfadarme, pero con un brillo divertido en mi mirada.

—Eso creía yo —susurra mientras se me acerca y me da un beso largo

y dulce en los labios, da igual que se acabe de despertar, su sabor dulzón y algo adictivo, sea la hora que sea alcanza mis sentidos, sí, sin duda Charles no es de este mundo.

—Vamos vístete, hoy me toca hacer de jefa y no tenemos todo el día — lo riño juguetona. Pero lo cierto es que estoy asustada, a ver qué historia me encuentro en la galería de Hong Kong. Cada galería que hemos visitado ha resultado ser una historia diferente y una aventura, amo este país, espero que no me defraude.

Salimos tarde del hotel, pese a habernos levantado temprano, aquí en Hong Kong se hace de día muy pronto, y vamos camino de la galería un poco nerviosos, yo llevo un traje de chaqueta muy sobrio, de un gris marengo con el que me siento más segura y me he recogido el pelo en un moño tipo ejecutiva.

—Pilar, tu actitud esta vez es diferente, me gusta, estás más jefa que nunca —exclama Charles divertido, que se ha vestido con unos vaqueros y una americana para darse un aire más informal. Las chicas no lo conocen porque a esta galería siempre ha venido Ethan, por eso nuestro plan sabemos que funcionará. Charles tampoco las ha visto todavía y lo noto con cierto aire nervioso en sus gestos, creo que no le gusta tener que evaluar de forma tan repentina a un empleado para un ascenso, pero es lo que hay, no sé qué habrán hablado él y Ethan, y a qué acuerdo habrán llegado, yo sólo me limitaré a cumplir con mi papel lo mejor que pueda.

— ¿Aquí no hay guardia de seguridad? —pregunto a Charles mientras vamos llegando, aprovechando el tiempo.

—Sí, por supuesto, todas nuestras galerías lo tienen, como sabes, nuestras colecciones son de un alto poder adquisitivo, sería de locos no tener

un equipo completo de seguridad —me dice mientras me mira extrañado como si hubiera dicho algo raro.

Cuando llegamos entra él primero para ofrecerme el paso cual jefa que soy, y la primera en recibirnos es, por supuesto Mei, la chica que está en recepción, guapa, alta y con el pelo largo, lacio y negro azabache.

A su lado pronto me siento un patito feo con lo que, sin poderlo evitar, se me agria un poco el carácter y empiezo a ejercer de jefa más de lo previsto.

—Mei, por favor, preséntanos a Suyin —intento cortarla, de forma tajante y muy borde, con lo que recibo una mirada de reprobación de Charles que, segundos antes, la mira embobado.

Me revuelvo incómoda en mi sitio, pero, por fortuna, Mei no tarda en ir en busca de su compañera, no quiere contrariar a la jefa, dejándonos momentáneamente solos.

—Pilar, compórtate, no hace falta ser maleducada —me sermonea Charles con razón, pero yo estoy celosa no, lo siguiente, con lo que actúo sin pensar al responderle:

—Estoy harta de venir a ver si tus ligues están bien, eso es una tarea que hubieras podido hacer perfectamente tú solito —para cuando me doy cuenta del error ya le he soltado lo que no quería por esta boquita, por lo que no me queda más remedio que agarrar la puerta y largarme por donde he venido, dejando a mi jefe con la boca abierta.

Tomo un taxi con los ojos empañados en lágrimas y esforzándome por no llorar, llego pronto a la suite y aquí sí, me derrumbo en un llanto

inconsolable.

El berrinche me dura un buen rato, pero sigo sola, Charles no ha vuelto para ver si estoy bien.

Decido que un baño en el jacuzzi con sus burbujitas sanadoras me vendrá bien, lo preparo y en momentos me sumerjo mientras mi piel se estremece de placer al contacto con el agua caliente.

Cierro los ojos, pero lo cierto es que no puedo dejar de pensar en Charles, nunca tenía que haber aceptado esta estúpida propuesta de hacer de jefa por el mundo visitando sus galerías pues solo ha servido para que caiga rendida a sus pies. ¿Qué esperaba?, un hombre así, no soy de piedra, pienso mientras me deleito en cada momento vivido la noche anterior, deseando pensar que fue algo más que una noche de pasión, que había algo en su forma de besarme y de acariciarme que significaran algo más que deseo.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, me siento tan perdida e impotente, no sé qué pasará a partir de ahora, y tengo miedo porque la única certeza que tengo es que el viaje se acaba y cada uno volverá a su casa y a su vida con lo cual yo me quedaré, tal vez, incluso, en la puerta del Inem buscando trabajo, seguro, por lo que ha sucedido hoy, pero eso ahora no me preocupa, en este momento sólo me importa Charles.

Salgo del baño y me enrolló con una toalla grande, mientras me acerco al salón y pongo la tele un rato para ver si logro ahuyentar los malos pensamientos, tomo el móvil y le mando un wasap a Berto:

Que ganas tengo ya de volver y contarte toda la aventura y el sueño que he vivido, lástima que los sueños no siempre acaben bien.

Le doy a enviar, sé que aún no es de día en España y que lo verá mucho más tarde por lo dormilón que es, pero es igual.

Al rato, cansada de ver la tele, se hace la hora de comer y Charles no llega, bajo al restaurante del hotel donde decido, al final, comer sola.

Ni una llamada, ni un mensaje de Charles, nada, me siento como una mierda porque esto no es justo, sé que me he pasado de frenada, pero tratarme como si no fuera nada tampoco es.

Vuelvo a la suite y, esta vez, intento pasar el tiempo echando una pequeña siesta, algo que no consigo y cuando decido levantarme con un dolor de cabeza que me obliga a buscar alguna pastilla para tomarme, miro de nuevo el móvil por si hay alguna noticia de Charles, pero nada. Charles parece que se haya esfumado de mi vida, al menos sé que tiene que volver al hotel a por sus cosas, pero empiezo a pensar que esto es, ya, el principio del fin.

He llorado mucho y tampoco quiero que me vea con estas pintas, me tomo la pastilla para el dolor de cabeza, me lavo la cara y me maquillo un poco para estar presentable, no entiendo la desbandada de mi marchante, pero si hace unas horas pasé con él la noche más alucinante de mi vida... no hay quien entienda a los hombres, nunca lo he conseguido.

Pese a que he intentado parecer más presentable tengo ojeras y el pelo desgredado y sin gracia, apenas queda nada del atractivo recogido que me había hecho esta mañana, me miro de nuevo en el espejo, dudando, ahora que ya ha anochecido, sin saber si quedarme o no más tiempo. Si decidiera tomar un avión esta noche tendría que salir ya e intentar buscar un vuelo para

España, a estas horas no debe de ser tarea fácil, al final decido quedarme. Por fin, me contesta Berto con un escueto:

—Pilar, no te metas en líos —será cabrón mi hermano, no te jode, pienso enfurruñada.

De pronto unos nudillos llaman de forma discreta a la puerta de la suite, tanto, que no me da tiempo a reaccionar, y la primera vez que lo hacen creo que, simplemente, se trata de mi imaginación, pero no, vuelve a insistir, quien quiera que se encuentre al otro lado de la puerta.

Dudo si abrir o no, porque Charles tiene llave y no he pedido nada al servicio de habitaciones, de modo que no sé quién es, me quedo quieta, si saber qué hacer, al final opto por abrir, recordando que estoy en la última planta, una zona restringida donde se encuentran solamente las suites y que, por tanto, debe de ser el servicio de habitaciones o el que trae el catálogo de almohadas o vete tú a saber, pero no, si me pinchan no me sacan sangre cuando abro y veo quien está al otro lado de la puerta.

—Ethan, ¿qué haces en Hong Kong?, ¿qué haces aquí? —pregunto alucinada, mientras él entra de dos zancadas en el salón de la suite.

—Pilar, nadie me dice no —exclama con los ojos en llamas mirándome de arriba abajo y tomándome de la cintura con sus enormes brazos atrayéndome hacia él.

—Espera, Charles... —logro balbucear, aturdida por el aroma tan sexy y varonil que desprende, no sé qué pasa con estos hermanos, no son de este mundo...

—Deja a Charles y vente conmigo. No sé qué patraña te habrá contado, pero no puedes quedarte solamente con lo que él te diga... —dice, enfadado, mientras me acerca aún más a su rostro y yo observo embobada sus facciones

de dios ¿nórdico?, ¿griego?, ¡qué más da!, este hombre está para perder la memoria y mucho más.

Me revuelvo para salir de entre sus brazos como puedo, incómoda por la situación y porque pienso que si Charles entra en ese momento sí que se terminó todo...

Aunque, por otra parte, parece ser que lo que quiera que tuvimos nunca existió... en fin, Ethan me observa y lee la duda en mis ojos, cosa que aprovecha para tomarme de la mano y llevarme donde las maletas, mientras me dice, decidido:

—Haz las maletas, Pilar, te vienes conmigo, no voy a dejar que Charles te haga esto —me quedo mirándolo asombrada, ya es tarde para eso, me digo a mí misma, mientras se me encoge el corazón y me estremezco.

Empiezo a recoger mis cosas como un autómatas, y de nuevo las lágrimas recorren mi rostro silenciosas, como si de una procesión de peregrinas se tratara, hoy tengo el día tonto, sin duda.

Ethan se da cuenta y me da la vuelta para ponerme frente a él, nos quedamos parados mirándonos fijamente, rezuma atractivo por cada uno de sus poros, sensualidad y sexualidad, no sé qué hace para ser así, pero tiene algo a lo que, seguro, ninguna mujer en su sano juicio se puede resistir, no sé cómo lo hice en París.

—No llores, Pilar, no por el capullo de mi hermano —exclama airado.

Intento hacer la maleta deprisa, he decidido que mejor me voy con él porque si espero y nos cruzamos con Charles aquí se va a montar una buena.

Ya habrá tiempo de aclarar las cosas, ahora mejor poner tierra de por medio y dejar que todo se enfríe un poco...

—No sé qué os traéis los dos entre manos, pero es algo que debe quedar entre vosotros, y me estáis perjudicando metiéndome a mí por medio —logro responderle en un amago de lucidez.

Ethan me mira, una vez más asombrado y se apresura a aclarar:

—Charles y yo nos llevamos de maravilla y nos entendemos a la perfección en el terreno profesional... pero hace tiempo sucedió algo con una mujer que nos dejó un poco tocados a los dos y la relación entre nosotros no ha vuelto a ser la misma —dice esto mirando a ninguna parte, como reflexivo, sumido en sus propias sombras.

Si Charles es perfecto, Ethan no es menos, las dos caras de una misma moneda, termino de recoger mis cosas, las meto como puedo en la maleta, pero a duras penas cierra y Ethan me tiene que ayudar a hacerlo.

Vamos deprisa, no quiero que Charles llegue y se encuentre con su hermano, manipulando la maleta nos tocamos las manos sin querer, algo que Ethan aprovecha para tomar mis manos entre las suyas.

—Pilar, ¿por qué te negaste? —me encara, de nuevo, mientras yo me pongo más y más nerviosa.

—Ethan, ahora no es momento, no quiero que llegue Charles y nos encontremos aquí los tres, sería algo muy incómodo para todos.

—Charles no va a venir —deja caer la afirmación como una losa sobre mi cabeza y, de inmediato entiendo el por qué. O creo entenderlo, es sencillo, o Mei o Suyin tiene algo que ver en todo esto, o peor aún, las dos, por eso quería venir a Hong Kong y hacerse pasar por el asesor personal y enrollado de la jefa, menudo farsante, me lamento, mientras tomo la maleta con determinación, no pienso quedarme aquí esperándolo más, he sido muy inocente y me la ha jugado.

—Nos vamos a París —escupo, mientras mis ojos rezuman fuego, estoy muy cabreada, Ethan se limita a asentir con la cabeza y salimos de la suite como si nos llevara el diablo. Bajamos a la calle y el hermano de mi puñetero jefe ha alquilado un elegante coche que nos lleva de inmediato al aeropuerto internacional de Hong Kong en el que, un rato más tarde y gracias a los contactos y Dios sabe qué de Ethan logramos embarcar rumbo a París en un vuelo regular directo.

Una vez en el aire y ya más tranquila, miro el móvil y veo que tengo un wasap sin leer, es de Charles:

*Pilar, ¿dónde estás?*

# Capítulo 12

Me gustaría saber qué acabo de hacer, pienso, mientras miro a mi alrededor, ya en el aire, y observo como Ethan descansa, a mi lado. He dejado a Charles tirado en Hong Kong y se lo tiene merecido por engañarme de ese modo.

Ahora, ya un poco más lúcida empiezan a venirme a la mente retazos de la conversación que mantuvimos en Londres, poco antes de iniciar la aventura de infiltrarme en las galerías, en la cual Charles me dijo que si alguna vez veía algo que no encajaba le preguntara directamente a él y una corazonada de que he metido la pata, me sobreviene por vez primera.

Pero en ese momento no podía hacer nada más, hubiera sido peor quedarse e intentar aclararlo todo desde el enfado y la rabia, sigo pensando, aunque sea para consolarme que así es mejor, que me busque, sigo pensando que Charles no ha valorado las horas, los días que hemos pasado juntos, aunque una voz en mi interior no para de decirme que, una vez más, hago lo que tan bien se me da, huir.

Así es imposible dormir y finalmente despierto sin querer a Ethan que me mira intentando comprender el infierno en el que ando metida.

—Vamos Pilar, no seas tan dura contigo misma. No sé qué te habrá dicho Charles sobre mí, pero seguro que nada bueno. No me importa lo que te haya contado, sólo déjame mostrarte cómo soy —susurra para que los demás viajeros no nos oigan mientras se acomoda de nuevo en su asiento.

—No sé qué pasó entre Charles, Patricia y tú, pero eso es pasado y no me importa Ethan, sólo intento no sufrir, pero a estas alturas lo veo un poco complicado —me sincero con él.

—Date tiempo Pilar, vamos a París, pero desde allí podrás tomar un vuelo directo a Madrid y seguir con tu vida. No te voy a obligar a nada que no quieras, faltaría más —contesta con tono grave un Ethan más maduro que nunca, y más sexy de lo que jamás imaginé, sin embargo, sus ojos muestran tintes de tristeza imposibles de ocultar, algo que me termina de confirmar mis sospechas sobre el oscuro asunto relacionado con la antigua asesora de Charles.

Todo es increíblemente difícil y muy injusto, y sigo peleándome con mis fantasmas hasta que llega el momento de aterrizar.

— ¿Por qué viniste a Hong Kong?, ¿qué me estáis ocultando Charles y tú, Ethan? —le pregunto, momentos antes de bajar del avión, pero el increíble hermano de mi marchante no está por la labor de contestarme.

—Porque, en efecto, sé mucho más que tú Pilar, pero no me corresponde a mí ponerte al día, solo fui a por ti porque estaba seguro de que no podías aguantar mucho más, como así era —susurra mientras intentamos bajar, rozándome con su cuerpo a propósito aprovechando el poco espacio, mientras sus ojos y los míos se retan en un momento que, sin duda, se me hace eterno.

Me duele escuchar las palabras de Ethan, pero confirman la teoría que más resonaba en mi cabeza, Charles me ha mentido o, al menos, me ha ocultado algo, seguro, el juego que se trae con algunas empleadas me pone enferma, no quiero comprender...

—Pilar, ¿qué vas a hacer? —pregunta un Ethan expectante, ante la duda de si tomo un avión destino a España o me quedo con él en París.

Ni yo misma lo sé, por lo que no tengo ni idea de qué contestarle. Lo miro y espera pacientemente con sus seductores ojos verdes acariciando mi

figura, que complicado es estar resistiendo todo el tiempo tanto atractivo y encanto.

Hago un esfuerzo por pensar con la mente fría ahora que los sudores de mi cuerpo amenazan de nuevo con volver si me detengo demasiado tiempo en sus labios o en su cuerpo.

—Pues es tarde —exclama mi boca traicionera, no, no quería decir eso, ¡por Dios!

Ethan sonrío, se sabe capaz y saca su faceta de cazador despiadado cuando expone:

—Por mi parte no es necesario que pases la noche sola, Pilar, estoy aquí para lo que necesites.

Canalla, sin duda es un canalla, aunque su hermano Charles lo es aún más. Dudo un momento al pensar que tal vez todo esté orquestado entre los dos hermanos para llevarme cada uno a la cama, pero me niego a pensar que pueda ser tan deseable o atractiva para dos hombres así.

Hago uso de mi vena más cabrona cuando le respondo:

— ¿Me vas a consolar? —retándole con la mirada.

Ethan se para, me toma del brazo y me atrae hacia él con un deseo contenido en los ojos que me vuelve loca.

—Si lo hiciera mañana por la mañana te habrías olvidado del nombre del marchante... —exclama furioso.

Menudo volcán, pienso, quiero quemarme con su fuego, dice la parte más golfa de mí, a la que intento maniatar para que calle sin conseguirlo.

—Me basta con dormir unas horas para poder tomar el primer vuelo de la mañana —logro responder, con gran esfuerzo en un ataque súbito de lucidez.

Ethan sonrío y reemprende la marcha, mientras asiente con la cabeza.

Fuera del aeropuerto subimos a un lujoso automóvil negro del que Ethan tiene llaves, ¿qué pasa con este hombre, lo tiene siempre todo controlado?, alucino.

Conduce despacio y sin prisa, acariciando el volante, recreándose en el momento lo cual me pone muy nerviosa pues me siento como la presa tierna y caliente a punto de ser comida por el gran y bruto lobo feroz.

—Te llevo a mi piso, allí estarás bien, tranquila, dormirás lo necesario y mañana podrás seguir con tu vida. Pero te doy un consejo: cuando todo esté calmado intenta hablar con Charles, él tiene la respuesta a todas tus preguntas.

Sin duda yo también lo pienso, pero hablar con el marchante me parece, a cada minuto que pasa, mucho más lejano.

Miro mi móvil en busca de más wasaps o correos, pero no hay nada más. Habrá visto que no estaba mi maleta y sabe que me he ido, pero, aun así, no entiendo como no se preocupa por si me ha pasado algo, cada vez estoy más decepcionada.

Ethan me lleva a su casa, un lujosísimo dúplex en el centro de París, pero no parece incomodarle lo más mínimo, es más, me dice como si nada.

—Estás en tu casa Pilar, ponte cómoda, mañana a primera hora te llevaré al Charles de Gaulle para que puedas tomar el primer vuelo a Madrid, ahora te conviene descansar —intenta ser amable conmigo, pero su extremo

atractivo no lo consigue y al final me pone más cachonda que una moto, solo por escucharle, no me entiendo ni yo, hace horas estaba loca por Charles y ahora le daría a Ethan todo lo que me pidiera.

Le doy un escueto y remilgado gracias y me deja en una habitación de invitados sola. Desde que hemos llegado a su casa no parece interesado lo más mínimo en flirtear conmigo sino arroparme, detalle que, en contra de lo que pueda parecer lógico, me decepciona un poco más.

Me recuesto en la cama intentando que los recuerdos con Charles afiancen, de algún modo, la confianza que tengo en mí misma y la resistencia a Ethan, pero no lo consigo, Charles me ha traicionado y en lo único que pienso es en hacer lo mismo. Además, el hecho de que Ethan esté como un queso no ayuda, y no dejo de tener tórridos pensamientos con él.

Me levanto y abro con cuidado la puerta de la habitación para salir, me muero de vergüenza, pero no quiero estar sola bajo ningún concepto esta noche y es demasiado tarde para hablar con Berto, camino a oscuras por el pasillo mientras veo luz al fondo en el salón, Ethan está viendo algo en el televisor y cuando veo bien su atractivo perfil noto como mi corazón se acelera de forma incontrolable, cuando siento que Ethan se ha dado cuenta de que estoy yendo hacia él y de pronto se tensa, viste solo un pantalón de pijama largo y su torso desnudo brilla a la luz de la televisión en la penumbra, me relamo de modo automático mientras noto como me humedezco sin poderlo evitar.

—Pilar, tendrías que estar durmiendo, es tarde —me dice, con ese aire protector y paternal que tan cachonda me pone por momentos.

—No tengo sueño Ethan —susurro, muerta de vergüenza y de deseo a la vez.

Me mira dudando un momento mientras observa que solo llevo un camisón corto, nada más, algo que el trasluz se empeña en resaltar.

—Ven aquí —me invita con voz grave y ligeramente ronca a sentarme con él en el cálido y mullido sofá, demasiado íntimo, pienso, pero para cuando me doy cuenta ya estoy sentada a su lado y pasa su brazo por encima de mi hombro para que me acomode mejor, está claro que la vergüenza no es lo suyo, yo, en cambio, debo de estar más roja que un tomate, suerte que en la penumbra de la estancia no se aprecia.

—Pilar, relájate, estás muy tensa, tan solo estoy intentando darte algo de calor —explica haciendo hincapié en la última palabra mientras le intuyo una sonrisa canalla en su atractivo rostro.

—Ven, pon la espalda, te daré un buen masaje —se ofrece Ethan mientras en la televisión nos echan una de anuncios sin parar.

No sin cierto reparo le ofrezco mi espalda deseosa de un buen masaje que calme un poco mi ansiedad y me relaje otro tanto, pero Ethan parece tomárselo con calma porque no empieza.

—Tendré que bajar un poco los tirantes de tu camisón, Pilar... — comenta con la voz contenida por la excitación, algo que, lejos de molestarme me pone a cien.

—Sin problema Ethan, espera, lo hago yo para que puedas darme un buen masaje —le respondo, deseosa de ayudar para que esto se quede en eso.

Aunque los dos tenemos ganas de más, me lo dicen sus ardientes manos cuando apenas roza mi espalda mientras un escalofrío de placer recorre mi cuerpo y se me eriza hasta el último vello de mi piel.

Sus dedos expertos recorren mi espalda con maestría mientras me dejo

llevar y cierro los ojos disfrutando de un placer desconocido hasta ese momento para mí.

Ethan hace una pausa para buscar un aceite con el que deslizar mejor sus manos por mi espalda.

—Voy por el aceite para masajes, no te muevas, será solo un segundo —exclama mientras me dedica una sonrisa de hoyuelos irresistible.

No me voy a mover de aquí, tranquilo, pienso mientras me acomodo mejor y termino recostándome para que tenga un mejor acceso a toda mi espalda.

Vuelve a mi mente Charles, deseo que fuera él con quien estoy en estos momentos, sus dulces ojos azules, su cabello peinado hacia atrás, sedoso y ese firme y duro torso dorado por el sol...

—No tengo aceite, pero esta crema con aroma a coco te encantará... — exclama Ethan de vuelta y pienso para quién tiene guardada esa crema.

—Que fría está —me quejo, mientras doy un salto al notar la crema en mi espalda.

—Tranquila, ya pasó —responde Ethan divertido, mientras vuelve a poner sus calientes manos encima de mí y masajea con intensidad haciendo que me entren, de pronto, unos calores tremendos.

Como estoy recostada no le veo la cara, pero Ethan sigue masajeando cada vez con más suavidad y bajando poco a poco donde se encuentra el límite del camisón, justo arriba de mi trasero, hasta que baja con decisión la tela y masajea también esa parte de mi anatomía.

—Ethan, creo que ya estoy relajada, es hora de que me vaya a dormir

—explico, temerosa de que se decida a darme un masaje con final feliz.

Me levanto mientras me tapo como puedo con el camisón y mi guapo anfitrión me mira con ojos hambrientos, su pijama es tan fino que adivino parte de su anatomía excitada.

—Vale Pilar, descansa —su falta de insistencia me desanima de nuevo y me doy la vuelta de camino a la cama pensando en el enorme bulto que exhibía debajo del pantalón del pijama y que, a duras penas podía esconder.

Charles tan lejos y tan inalcanzable y Ethan tan cerca y tan apetecible, que boba eres Pilar, me recrimino cuando estoy a punto de tocar el pomo de la puerta con la mano.

No escucho a Ethan venir tras de mí como un vendaval, tan solo siento como algo me gira y me toma ardientemente entre sus brazos mientras me besa con una fuerza y una pasión que me vuelven loca.

—Pilar, no dejes de pensar en tu negativa y en lo cachondo que me puse —me dice cuando separa su rostro del mío, con una sonrisa muy canalla.

—Eres un borde Ethan, sabes que cualquier mujer puede caer a tus pies con facilidad —le respondo desarmada y un poco indignada a la par que excitada.

—Y tú no vas a ser menos, estás deseándolo —replica de forma engreída.

Acto seguido me toma en brazos y me mete en mi habitación para dejarme de pie a los pies de la cama. De un tirón se deshace de mi camisón dejándome totalmente desnuda mientras se detiene en cada parte de mi cuerpo.

Después hace algo que me deja sin aliento y que haga que desee ser

suya.

Ethan se arrodilla y empieza a besar mis pies no sin antes decir.

—Esta noche soy tu esclavo y no me refiero a determinadas prácticas sexuales, si no en el sentido más amplio y general de la palabra –su irresistible acento francés me derrite en segundos.

Me besa los pies, las piernas, todo el cuerpo, con suaves roces de sus sensuales labios, y yo me siento morir y renacer a cada momento con cada uno de ellos.

# Capítulo 13

Mi vuelo regular con destino a Madrid se retrasa bastante, pero Ethan no parece estar demasiado preocupado, todo lo contrario, me hace compañía en el aeropuerto mientras espero a poder embarcar.

—Pilar, hazme caso y habla con Charles para solucionar el malentendido —sugiere con su sensual voz.

Después de estar toda la noche juntos y revueltos quiere que solucione lo que sea que tenga con Charles, vaya tela.

La verdad es que, con el poco interés que ha mostrado el marchante, que sólo me mandó un escueto mensaje de tres palabras, no hay mucho más que hablar, pienso.

—No te preocupes ahora por eso, ya hemos hablado en el coche, lo nuestro ha sido pasar un buen rato y ya está —le contesto, un poco dolida porque pienso que Ethan está más preocupado en quedar bien con su hermano y darme puerta que en algo más conmigo.

No soy tan estúpida como para pensar que Ethan quiera algo más, está claro que a estas alturas ya voy muy prevenida pero no puedo evitar quedarme con ganas de más con este pedazo de hombre.

Aunque mejor así porque Ethan es tan adictivo que me veo suplicando por sus atenciones de por vida y tampoco quiero llegar a eso.

—Tu vuelo ya está listo, pequeña —sí, habéis leído bien, a Ethan le encantan las palabras cariñosas, aunque sea para su ligue de una noche—. Llámame si necesitas algo y, sobre todo, buena suerte, ha sido un placer conocerte, Pilar...

¿Dónde quedó eso de, ojalá nos volvamos a encontrar?, pienso, mientras suspiro mirándolo intentando hacerme a la idea de que ya nunca más volveré a rozar esos dulces labios ni a acariciar su torso firme.

Pero no, me mira con intensidad y sus ojos destilan deseo de nuevo, no sé qué debe pasar por su cabeza, pero, sin duda, saberme algo importante para Charles lo pone a cien y sigue haciéndolo una vez tras otra.

Me toma con soltura entre sus brazos y deposita un fugaz beso en mis labios que es acogido por mí como el aire que respiro, sin duda la atracción que sentimos el uno por el otro puede con la más férrea de las voluntades.

—Ethan —susurro, sin saber cómo seguir. Él se pone un dedo en sus carnosos labios para darme a entender que sobran las palabras.

Tomo mi maleta y empiezo a caminar, no sin girarme dos o tres veces mientras Ethan observa mi marcha.

Unas lágrimas traicioneras asoman a mi rostro, no puedo evitar sentir tristeza al ver cómo ha terminado el viaje más emocionante de mi vida.

Pero al mismo tiempo todo lo que me llevo de él, todo cuanto he aprendido, lo mucho que he disfrutado y el haber conocido a Charles y a Ethan que siempre tendrán un lugar en mi corazón.

Ya en el avión aprovecho para leer un poco sobre arte contemporáneo, algunas guías que pude comprar en París y Hong Kong y no veo el momento de abrazar a mi hermano Berto y contarle todo lo vivido.

Desde luego no me creerá, tendrá que hacer un gran esfuerzo para asumir que su hermana pequeña ha dejado atrás muchos de los problemas y complejos que arrastraba, quiero presentarme ante él como una nueva Pilar, mucho más segura y confiada.

Aunque lo cierto es que no estoy para tirar muchos cohetes después de lo que pasó en Hong Kong.

Tal vez Berto me pueda ayudar a entender por qué Charles se comporta de esa forma, pero a estas alturas tengo claro que me oculta algo y no hay manera de entender el qué.

Me siento culpable cuando pienso que debería haberlo hablado con él, no tendría que haberme ido, ahora en frío, sé que la culpa es mía.

Pero Charles cargó demasiado las tintas al advertirme y luego hacer lo que le vino en gana con las empleadas de Hong Kong, a saber, en qué karaoke acabaron la noche.

No quiero pensar en ello porque me hierva la sangre y me dedico a observar a los otros viajeros mientras, ya en Madrid, salgo del aeropuerto y busco un bus con el que volver a mi querido hogar.

Entro en casa, pero no hay nadie, Berto está en el trabajo y yo aprovecho para recorrer cada recoveco de mi minúsculo piso, nunca pensé que me alegraría tanto de verlo y es que, a lo tonto, he estado más de una semana fuera, todo un record en mí.

Reviso la nevera y me quedo alucinada, este hermano mío tan solo tiene media rodaja de limón y, eso sí, sus inseparables cervezas.

Me doy una ducha y me pongo algo más cómodo y fresquito para ir a la compra, tengo que comprar comida o moriremos pronto de hambre, rebusco en los armarios de casa y tan solo encuentro una caja de galletas y un bote de tomate frito.

Medio cabreada con Berto por no hacerme nada de caso a lo que le dije salgo de casa camino del súper cuando mi móvil recibe un wasap, es de Ethan

preguntándome si he llegado bien, se me olvidó confirmarle que sí, le contesto.

—Sí, gracias, un beso.

Dudo varias veces si le envío esto último, pero al final, que coño, le doy a enviar. Estoy harta de contenerme, de ser tan prudente y de no comerme nunca una rosca, eso sí ha cambiado en el viaje, por fin.

Pensando en ello caigo en la cuenta de que no tomé precauciones y hace meses que dejé la píldora, exactamente los mismos que al mequetrefe de mi ex, me asusto en plena calle, y tomo dirección de la farmacia, pero a estas alturas la píldora del día después ya no es una opción.

A ver Pilar, céntrate y piensa, esto no te puede estar pasándote a ti, pero lo cierto es que intento enumerar las veces que hice el amor con Charles y que practiqué sexo con Ethan y me llevo las manos a la cabeza al imaginar el riesgo de embarazo que todo ello supone.

Retomo el camino al súper, de perdidos al río, no puedo hacer nada, me lamento de nuevo por mi mala cabeza mientras compro la comida necesaria para tres o cuatro días y vuelvo a casa cargadísima con la compra.

Este detalle no se lo pienso contar a Berto, pienso, porque miedo me da la reacción, éste es capaz de montar en cólera si finalmente estoy embarazada e ir en busca de Charles y Ethan y declararlos a los dos padres de la criatura.

Me pongo a buscar en san google, neurótica perdida, las posibilidades de embarazo real que hay y aún peor, de verdad, nunca busques en google cuando quieras saber algo sobre salud, es peor que *Nostradamus* prediciendo el fin del mundo.

Al final caigo derrotada y que sea lo que tenga que ser, total si no he

tomado precauciones y ahora ya no puedo hacer nada, sólo me queda esperar.

Ya en casa preparo la comida y dejo algo para preparar la cena en condiciones. Berto está trabajando y vendrá con un hambre de león y yo también estoy hambrienta.

Claro, ahora tienes que comer por dos, dice la cara estúpida de mi conciencia, pero intento no hacerle caso y después de la comida me pongo, de nuevo, a buscar trabajo, ahora sí me da igual de qué.

Después de dos horas enfurruñada en internet llega Berto a casa y me pide atención.

— ¡Pilar! ¿cuándo has llegado?, cuánto te he echado de menos — exclama el muy cínico.

—Sí, sí, seguro, ya veo ya, he tenido que ir corriendo al súper porque estabas en riesgo de morir de hambre. La comida la tienes en la cocina, caliéntala un poco y siéntate a comer, es una orden, corre —le respondo un poco alterada por todo.

Berto vuela a la cocina y saca en un momento su comida, mientras se prepara un poco de pan, fruta y para beber, se sienta mientras me mira expectante deseoso como está por saber.

—No entiendo que haces todavía ahí callada, ¡cuenta!, soy todo oídos.

Le cuento a Berto el viaje tan movidito que he tenido, con todos los detalles, los de Charles también, las dudas, los interrogantes y todo, omito, claro está, el detalle final de que puedo estar embarazada por mi mala cabeza, y lo peor, no sabría de quien de los dos.

Berto me escucha atentamente hasta que llego, por fin, al final, lo que pasó en Tokio para, acto seguido, cabrearse, se coge un enfado monumental.

—Pilar, tu jefe es un cerdo —comenta, sin tapujos, a lo que le doy toda la razón.

Luego le explico la visita de Ethan, mis temores y el viaje con éste a París, mientras la cara de mi hermano es todo un poema y cuando termino está, de nuevo, queriendo aguantar estoicamente la risa.

—Berto con hermanos como tú, ¿quién quiere enemigos? —le replico molesta.

—Perdona, Pilar, es que, de verdad hija, deberías escribir tus memorias y que te pagaran por leer tu vida, es apasionante —suelta, con una sonrisa de diversión de oreja a oreja.

Yo no lo estoy tanto. Primero jodida por el engaño de Charles, luego jodida por hacer lo que no debo con Ethan y ahora doble jodida por los dos, si estoy embarazada a ver de quién es.

— ¿Tomaste precauciones con tanto *kiki* y gusto para el cuerpo? — pregunta Berto como si me leyera el pensamiento.

Soy capaz de omitir detalles a la hora de hablar con Berto, pero no lo soy de mentirle y por mi cara, en una micra de segundo se da cuenta de que no y empieza a adivinar por lo que estoy pasando ahora.

—Pilar, sí, tu vida en una novela promete un montón —exclama, más divertido aún, muriéndose de la risa.

—No es divertido, Berto —le contesto indignada.

— ¿Cuándo te toca el periodo? —vuelve a preguntar con interés y una sonrisa malévol.

—En una semana, por Dios Berto, cambia esa cara, si al final resulta que estoy embarazada, no sabré de quién de los dos es, ¡me muero! —

respondo presa de un ataque de nervios y de culpa.

—Tranquila, Pilar, quedarse embarazada es más difícil de lo que parece, a pesar de que tú lo tienes más fácil dada la cantidad de polvos que has echado, marrana —vuelve a increparme muerto de risa.

—Vale, Berto, ya está bien, deja de divertirme a mi costa, me voy a mi habitación, luego hablamos —corto ya la conversación si no sí no quiero ponerme a parir antes de hora de los nervios.

Encima sin trabajo, pienso, una vez estoy en la calma de mi cuarto, y a buscar ahora algo con lo adelantado que está ya el verano, la poca gente que queda en Madrid y todos los puestos cubiertos por vacaciones.

Aun así, al final decido que lo mejor que puedo hacer por la tarde, si no lo único es darme un paseo hasta los museos de la ciudad y volver a intentar echar un currículo en cada uno de ellos. Total, no pierdo nada y si hubiera alguna baja imprevista podría tener opción.

Me echo en la cama, tengo mucho sueño, y me duermo un buen rato.

¿He dicho sueño?, pienso, un buen rato más tarde, mientras recuerdo que es uno de los síntomas típicos de embarazo. No, por favor...

Salgo al piso y está en silencio, Berto debe de haber salido y al mirar la hora casi me da un infarto, joder, las siete de la tarde, y yo con estos pelos, ¿dónde se supone que puedo ir ya a estas horas?, nada, ahora ya habrán cerrado, más me vale ir mañana por la mañana, mucho mejor, así me viene de paso para ir a la galería y pedir mi finiquito. Con un poco de suerte Charles todavía estará en Hong Kong, y yo podré arreglarlo con la chica de administración, o con Loles, a ver si me echan una mano.

Voy a la cocina y me dispongo a preparar la cena, lo sé, es muy pronto,

pero vuelvo a tener un hambre brutal.

Al rato cuando ya está lista y Berto todavía no ha dado señales de vida, preparo la mesa y me pongo yo sola a cenar pensando en todo el marrón que se me ha venido encima.

No pensaba volver a la galería, tan solo a por el finiquito y listo, pero con las novedades de hoy aún menos. Si al final fuera que sí no me veo con valor de decírselo a ninguno de los dos, ambos se morirían del susto si se enteran de que van a ser padres a la vez.

La idea es tan absurda que me da la risa.

Al rato estoy amuermada frente a la tele y decido irme a dormir. Berto me ha mandado un wasap, está con unos amigos y llegará tarde, de modo que recojo todo y me voy a la cama.

Sin duda mucho más sueño sí que tengo, pero no deja de ser algo lógico después del pedazo viaje que he hecho.

Conclusiones precipitadas, se llama, y no creo que sea bueno que las saque todavía, y menos hacer planes sobre si tener al bebé o no antes de saber nada con seguridad.

# Capítulo 14

Me despierto con ganas de dormir más, pero tengo que dejar de hacerme la remolona e ir a cobrar el finiquito, es urgente, si no quiero encontrarme con Charles, no me apetece nada, después de lo que ha pasado entre nosotros.

Además, por su parte parece que tampoco le apetece porque no me ha vuelto a mandar ningún wasap más, ni me ha llamado con lo que la conclusión está clara, pasa de mí.

Elijo para la ocasión un look informal, aunque cuidado, por si las moscas, Ethan tampoco me ha dicho nada más, vaya par de dos, pienso, decido al final arreglarme un poco más de la cuenta por si cualquiera de ellos anda por la galería, no quiero que vean que estoy mal y, la verdad, parte del dolor que siento por el engaño de Charles ha desaparecido al centrar mi atención en el posible embarazo, si al final resulta que no lo estoy, creo que incluso daré una fiesta.

Por otra parte, sigo muy dolida con el marchante, no me esperaba para nada su reacción y su forma de actuar en Hong Kong. En Nueva York tampoco estuvo muy fino tonteando con Tracy, pero, al menos, no fue tan descarado.

Salgo a la calle de camino a la galería y tomo el bus pues no me apetece nada caminar. Un rato más tarde estoy frente a la galería mientras decido si entro o no.

Al final opto por ir a por dos cafés, uno para Loles y otro para mí, y llego a la galería cargada con ambos además de unos donuts que también he comprado para animarnos.

—Buenos días Loles, ¿cómo estás?, cuánto tiempo —exclamo cuando entro por la puerta y la veo liada y enfurruñada al teléfono.

— ¡Pilar!, qué alegría y qué sorpresa, ven aquí, dame dos besos mujer.

Esta chica es un cielo, pienso, mientras dejo los cafés y los donuts encima de la recepción y Loles me besa efusivamente.

— ¿Charles ya ha llegado? —necesito preguntar, sí, me va la vida en ello.

—No, todavía no, pero, ¿qué tal, como fue al final el asunto de la jefa infiltrada? —pregunta con los ojos brillantes de curiosidad.

Nos sentamos y le cuento algunos detalles divertidos mientras Loles ríe con la boca llena de donut.

En ese momento entra Charles, nos ve a las dos tomando café con donuts, se queda parado un momento y se dirige a Loles ignorándome completamente a mí:

—Loles, estaré en el despacho, por favor, terminar el desayuno y poneos a trabajar —todo esto pasando a la velocidad de la luz y encerrándose en su despacho dando un portazo.

— ¿Qué mosca le ha picado al jefe? —pregunta Loles de forma inocente.

—Debe ser el jet lag —le contesto, sin saber qué más decir o hacer.

—Tiene razón, pongámonos a trabajar Pilar, ven, te enseñaré tus tareas, me las mandó antes de que os fuerais de viaje y se han estado acumulando.

Loles me lleva a una amplia sala en la que se guardan algunas pinturas, esculturas y demás.

—Son colecciones que necesitan el último vistazo, el ojo de gracia — comenta Loles mostrándome todo con paciencia.

—Cómo ya sabrás —prosigue—, las colecciones las elegís “a distancia” y, una vez aquí se vuelven a escoger las piezas que, en definitiva, compondrán la colección que va a ser expuesta, viéndolas al natural, en vivo, estas colecciones son las que esperan este último paso. Bueno, el penúltimo, el último ya es cosa de Charles, agendarlas para su exposición con una fecha determinada, se encarga él porque tiene que decidirlo junto con el artista.

Asiento, encantada con todo lo que me está enseñando, la teoría ya me la contó Sally creo recordar, en la galería de Londres, pero la práctica es, sin duda, mucho mejor, y más cuando no tengo que trabajar codo con codo con Charles, al menos de momento.

Decido aplazar un poco la idea de pedir el finiquito, además, si el marchante no me ha echado a estas horas, tal vez deba darle una oportunidad al trabajo de mis sueños.

—Perfecto, Loles, muchas gracias, me pongo con ello enseguida —le respondo con una sonrisa de agradecimiento y Loles se marcha satisfecha.

La sala donde están las obras es grande y con luz natural, sin duda, para poder estudiar bien su viabilidad de cara a la exposición o descarte de las mismas.

Tomo un cuadro en las manos y lo contemplo concentrada a diferentes gradaciones de luz y en distintos ángulos. También tengo la posibilidad de colgarlo en la pared en diferentes lugares de la misma sala, está todo cuidadosamente planificado para que el estudio de las obras sea a conciencia.

Dedico toda la mañana al trabajo y me encuentro tan concentrada en él que no escucho los pasos de Charles por detrás de mí cuando se hace la hora

de comer y yo aún estoy entusiasmada con mi labor.

—Ese cuadro es un enigma —explica tras de mí con calma como si hiciera rato que estuviera allí, sus palabras, sin duda, dado mi estado de concentración, me sobresaltan.

—Disculpa, no te quería asustar —me dice, mientras viene hacia mí, pero su mirada está perdida muy lejos de aquí.

—Es hora de comer y no te da tiempo a ir a casa y volver, podríamos comer aquí cerca —sugiere como si fuéramos antiguos compañeros de trabajo.

—Lo siento Charles, mi hermano Berto me espera para comer — respondo, intentando convencerme de que me dará tiempo, aunque sé, de antemano, la respuesta.

—Tienes que volver en una hora, no da tiempo, vente a comer, será lo mejor, vamos —vuelve a insistir, y tiene razón, mal que me pese.

Mi estómago hambriento emite un gruñido de confirmación, Charles está serio y un poco cortado, pero aun así tiene razón, no me da tiempo a ir a casa, comer y volver, con lo que su ofrecimiento para comer juntos es todo un detalle.

—De acuerdo, vamos —claudico molesta, al final, porque no me apetece nada hablar con él, ni profundizar en lo que nos tengamos que decir, ni escuchar excusas o recriminaciones, ni que me pida explicaciones.

No me apetece nada, salvo comer.

Ya en la mesa el camarero nos toma nota y Charles pide un poco de todo, me pregunta qué me apetece y le respondo que lo que él pida estará bien.

—Bueno —comenta, como si nada cuando el camarero termina de tomarnos nota y se marcha.

—No pienso hacer preguntas porque creo que no conducirán a nada salvo a una posible discusión y supongo que es lo que menos nos apetece ahora a los dos... —continúa, tanteando el terreno.

A mí sí me apetece tener una discusión, pero, claro, no en aquí delante de toda esta gente por lo que tendré que esperar...

—Tan solo me gustaría saber por qué no me hiciste caso cuando te dije que cualquier cosa extraña que vieras me preguntaras y que no sacaras conclusiones precipitadas...

Lo miro y me mira y en verdad veo a un Charles descolocado y ansioso por saber.

—Para, además, ni responderme cuando te mandé el wasap preocupado porque no sabía dónde estabas...

—Horas después recibí un wasap de Ethan diciéndome que estabas con él y en pocas palabras lo que había pasado y me calmé un poco al ver que, pese a todo, estabas bien... —suda copiosamente, aunque el aire acondicionado amenaza con que se ruede juego de tronos aquí al grito de se acerca el invierno.

—Charles, sólo merezco un wasap preguntando dónde estaba... — respondo indignada.

El marchante no contesta. Nos traen la comida y empezamos en silencio cada uno sumido en sus propios pensamientos. Sigo sin entender nada, lo cierto es que no lo veo enfadado, pero tampoco tan preocupado como él ha querido hacerme ver. No sé, sigue habiendo gato encerrado y Ethan se

ha negado en redondo a contarme nada, alegando que lo tenía que hacer Charles.

— ¿Algo habría cambiado si te hubiera preguntado? —pregunto, dudando un poco entre el cabreo que sigo teniendo con él y ese algo desconocido que me reconcome.

—Es posible —concede, pero sigue sin sonreír, lo noto vulnerable y para nada parece el Charles de siempre, y eso, a pesar de todo, me alegra porque significa que algo le importo, supongo.

Observo su bello rostro, sus expresivos ojos y sus sensuales labios, es, o, mejor dicho, era el hombre perfecto, ¿por qué ha tenido que estropearse todo tanto?

No voy a preguntar ahora, ya es demasiado tarde, la he liado buena acostándome con Ethan y encima es posible que esté esperando un retoño, por no hablar de que a estas alturas Charles ya tiene preparada una buena excusa con la que maquillar su extraño comportamiento en Hong Kong y no quiero sentirme más culpable de lo que ya me siento.

— ¿Qué más te dijo Ethan? —pregunto, esto me interesa más.

—Que te habías ido con él porque estabas enfadada con mi actitud, que te había dejado dormida en la habitación para invitados de su dúplex... — explica, dejando la frase sin terminar, y no puedo evitar sonrojarme un poco.

Charles se da cuenta, maldita sea, sugiere:

—Pilar, sé que no tengo ningún derecho a preguntarte esto, pero necesito saberlo, ¿pasó algo entre tú y Ethan esa noche?

Me quedo un momento callada intentando controlar el rubor de mi cara y que no hable por mí, Charles me mira con expresión indescifrable, con los

ojos llenos de una calma y una frialdad que asusta, sin duda, sí, está enfadado conmigo, estaba equivocada.

—No somos nada Charles, lo dejaste bien claro en Hong Kong, si hubiera pasado algo no tengo por qué contártelo a ti, justamente, después de todo —respondo, intentando salir airosa de la situación.

—Lo sé, y ya te lo he dicho, pero conozco a Ethan y sé que nunca pierde ni desaprovecha una oportunidad, si finalmente no pasó nada, serías la primera de muchas y habría que ponerte en un altar... —comenta algo más relajado, contempla la posibilidad como lejana, pero lo hace.

Pero mi cabreo vuelve a la carga y le contesto a la defensiva:

—No pasó nada que te incumba, y ahora si me disculpas —digo, levantándome de la mesa y dejándole la cuenta toda para él.

Charles no me llama ni intenta detenerme y vuelvo a la galería sola. Me encierro en el baño y rompo a llorar, me frustra un montón esta situación porque siento algo por Charles y la he montado buena.

Al rato ya más calmada salgo y me dispongo a volver a la sala de las colecciones, pero Loles viene a mi encuentro y me dice:

—Pilar, Charles me ha comentado que tienes que tomarte la tarde libre, dice que te vayas a casa y duermas y descanses todo lo que necesites y que vuelvas mañana de mejor humor —visiblemente agobiada por tener que reproducir las incómodas palabras del arrogante del marchante.

—Pero, ¿estoy despedida? —se me ocurre por toda respuesta, a lo que la cara de Loles lo dice todo, no lo sabe.

Monto en cólera y me dirijo a su despacho como una apisonadora, y pensar que esta mañana venía yo a por mi finiquito, no estoy para aguantar

tonterías de ahora me quedo y ahora me echan, definitivamente me voy.

Entro en el despacho de mi jefe sin llamar y me siento sin ser invitada provocando que un Charles que está totalmente inmerso en un montón de papeles delante de su escritorio se quede mirándome con la boca abierta.

—Pilar, ¿qué pasa ahora? —pregunta, ya va conociendo mi temperamento, parece.

—Charles, no sé a qué juegas, pero no me contrataste para ser tu payasa particular, me auto despido, me marchó, id preparándome el finiquito que me voy —exclamo presa de la rabia.

—A ver, tranquila, cálmate, hablemos, estoy harto de malentendidos contigo, Pilar, hablemoslo todo con calma de una puta vez —responde enfadándose también por momentos.

—Ah no, que no estamos todos, sin duda deberíamos hablarlo también con Ethan, supongo —exclama Charles dejándome con la boca abierta esta vez a mí.

—Sé cómo es Ethan, Pilar, te dije que iría a por ti porque no acepta un no por respuesta, hasta que caíste en sus brazos —dice Charles con pesar.

—Más bien tú me empujaste a sus brazos —le contesto airada.

— ¿Yo?, ¿por qué?, por no tener por qué contarte todo el funcionamiento de mi negocio?, ¿Por qué somos libres para hacer lo que queramos y con quién queramos? —responde, delatándose esta vez él mismo.

—Tú sólo te respondes, Charles, somos libres de hacer lo que queramos con quien queramos porque así lo hablamos y tú lo decidiste, yo quise poner nombre a lo que había surgido entre nosotros, pero era mejor y más fácil para ti hacer borrón y cuenta nueva, y ahora me recriminas lo que pasó o dejó de

pasar con Ethan.

No quiero oír ni hablar nada más, es suficiente, Charles es el hombre más egoísta con el que he tenido la desgracia de encontrarme, salgo volando de su despacho y al llegar a recepción tampoco me detengo, a medida que paso le digo a Loles:

—Loles, por favor, mañana por la mañana di a las chicas de administración que tengan preparado mi finiquito, me marchó —acto seguido salgo a la calle y el aire fresco revive mis pulmones.

Paseo sin rumbo por las calles de Madrid mientras intento aclararme las ideas. Charles y Ethan, Ethan y Charles, un binomio muy complicado, sin duda los dos igual de irresistibles, pero si tuviera que elegir a uno de ellos, sin duda, me quedo con el marchante, a pesar de su egoísmo, si está a estas alturas pidiéndome explicaciones o intentando aclarar las cosas conmigo, de algún modo que él desconoce, sé que le importo.

Llego a casa y, para mi asombro, Berto ya ha llegado.

—Pilar, siéntate hay novedades —me dice, y por su cara entiendo que hay problemas.

—Es papá, ha tenido un accidente trabajando y se ha roto la rodilla, no es nada grave, pero le han tenido que operar y tiene como para tres meses con la escayola —me cuenta Berto preocupado.

—Tendré que dejar el curro del bar e ir a echarle una mano con el suyo. Alguien va a tener que sustituirle.

Mi padre se gana la vida en el campo, tiene un tractor y aunque trabaja por y para él, lo cierto es que si no lo hace no cobra con lo que Berto tiene razón, alguien tiene que ir a sustituirle todo este tiempo.

—Menuda putada —exclamo sin cortarme un pelo mientras Berto afirma con la cabeza.

—Yo también traigo novedades —empiezo, volviendo a recordar mi auto despido fulminante de hoy en el trabajo.

—Me he despedido —confieso, presa de una súbita vergüenza, mientras Berto abre los ojos como platos.

—¿Qué?, ¿por qué, Pilar? —responde Berto sin dar crédito todavía.

—Ya lo hablamos ayer hermanito, el marchante me ha tocado las narices todo el día, bueno miento, a partir del momento en que me ha invitado a comer y se ha creído con derecho.

Recuerdo el momento tan especial que viví junto a él cuando me contó sus humildes orígenes y sin embargo en realidad se comporta como el típico rico cuando cree que con su dinero puede comprarlo todo, incluida la dignidad de las personas.

—Al no verte al mediodía pensé que te lo habías pensado mejor Pilar, que pena, pero no hay mal que por bien no venga, te vendrás conmigo al pueblo, iremos los dos juntos —dice más animado mientras yo muero presa del horror de verme en semejante tesitura.

—No Berto, no voy a volver... —replico, intentando recular sin conseguirlo porque ya no hay nada que me ate a Madrid, no tengo trabajo y mi familia nos necesita...

—Menudo drama —pienso en voz alta mientras Berto me sigue comentando:

—Nos iremos en dos días, ya lo tengo todo preparado y papá necesita que comience a trabajar ya mismo, Pilar, mañana por la mañana tendrás que

solucionar el tema del finiquito y dejarlo ya todo cerrado —observa mi reacción que tarda en llegar.

No quiero irme, aquí he hecho mi vida y pese a no tener trabajo ahora mismo al menos albergo una mínima posibilidad, pero en el pueblo ninguna. Intento dar a Berto donde más le duele:

—Yo sé de una que le va a encantar que vuelvas, Sandra... —digo, como quien no quiere la cosa, esperando su reacción.

Berto me mira horrorizado y se pone pensativo, se toma su tiempo cuando dice:

—Solo serán unos días, hasta que encuentre algún desaprensivo que pueda llevarle el trabajo a papá hasta que le den el alta —responde sonriéndome con complicidad y yo hago lo mismo.

—Hecho, vas y vuelves —remato, justo ahora que lo tengo donde yo quería.

—Craso error, no me seas petarda, tú también vendrás, tienes que aprovechar para hacerles una visita y de paso ves al convaleciente —concluye convencido.

—Vale, pero me vuelvo enseguida —digo, sin mucha ilusión. No es que no quiera a mis padres, los amo con locura, es el pueblo que le tengo alergia.

Al rato cenamos y nos acostamos pronto porque al día siguiente Berto tiene que hacer las gestiones necesarias para que le den unos días de vacaciones en el bar y poder arreglarlo todo en el pueblo y yo..., pues yo, firmar mi finiquito, sí.

# Capítulo 15

He pasado mala noche porque no podía dormir y para cuando he venido a conciliar el sueño, después de mucho pensar, ya estaba amaneciendo.

Pensar que sólo tengo que volver a la galería a firmar el finiquito y recogerlo me hace estar más tranquila porque así no tengo que pedir favores ni dar explicaciones, además, estos días en el pueblo me van a venir bien, intentaré desconectar de Madrid y de todo lo sucedido y aprovechar para descansar.

Me visto con ropa informal puesto que ya no voy a trabajar y me echo a la calle a pillar el bus. Berto ya no está, debe de haber ido al bar pronto para hablarlo con calma.

El bus va abarrotado y salgo hecha una sopa de él, hay cosas que nunca cambian, pienso, mientras vuelvo a llegar a la galería hecha un desastre.

—Pilar, ¿qué tal estás? —me recibe Loles con todo el entusiasmo del que es capaz, pobre, al irme yo creo que se va a quedar muy sola porque las chicas de administración están en la primera planta y la señorita Roten Meyer es una estirada bastante retraída.

—Mejor, ¿dijiste a las chicas que me prepararan el finiquito? —pregunto con prisas, no quiero que cuando Charles llegue me vea aquí.

—Sí, puedes subir, deben tenerlo ya, pero... —intenta hablar, pero yo ya estoy tomando el ascensor y no la escucho, si intenta frenarme o que recapacite ya está todo pensado y no hay marcha atrás.

En la primera planta, además del resto de la galería se encuentran las

oficinas de administración y dos despachos, uno para Ethan y otro para juntas. Cuando estoy pasando frente a ellos alguien sale con mucha prisa de la sala de juntas y tropezamos los dos de mala manera, vamos, que casi acabo en el suelo.

Aún no he podido ver de quien se trata el que ha impedido que caiga, de hecho, estoy literalmente entre sus brazos, y me sorprende cuando me encuentro cara a cara con Ethan.

—Pilar, estás preciosa —es lo único que se le ocurre decir con ese acento francés tan sexy.

—Ethan, ¿qué haces en Madrid? —atino a preguntar.

—Estoy en Madrid en viaje de negocios —afirma mientras me mira con ansia, ¿este hombre nunca se sacia?

De pronto, detrás de Ethan alguien tose interrumpiendo nuestro momento, es Charles:

—Pilar, ¿vienes a por tu finiquito? —Vaya, se lo habrá dicho Loles.

—Sí, ahora mismo iba a administración, así ya lo cierro todo —asiento mosqueada.

— ¿Te lo has pensado bien? —Vaya, ya estamos con lo de siempre, no quería dar explicaciones y he llegado demasiado tarde, me temo, ahora en lugar de a uno, tendré que dárselas a los dos.

—Sí, lo tengo claro, Charles, aquí ahora mismo, ya solo soy un estorbo, y no quiero molestar, buscaré otro trabajo —confirmo, con prisa.

—Bueno, si es tu decisión, no obstante, antes de irte me gustaría hablar contigo, hay algo que debes saber... —deja caer Charles, con misterio, pero yo ya estoy hasta la peineta de tanto secreto, y empiezo a pensar que Ethan, al

final, ha resultado ser más claro y noble que Charles, algo que me duele.

—No sé si me dará tiempo Charles, lo intentaré —me excuso porque no me apetece nada escuchar lo que me tenga que decir, llega muy tarde, yo ya he hecho planes y no pienso cambiarlos.

Mientras, Ethan nos mira como si no fuera con él, momentos después nos interrumpe:

—Bueno pareja, yo estaré en la sala de juntas, Charles, luego seguimos.

— ¿Pareja? Tendrá rostro, el buenorro, ¿pareja de Charles?, qué más quisiera él —pienso indignada.

El marchante se queda quieto, en su sitio, sorprendido también por las palabras de su hermano, algo que yo aprovecho para salir por piernas de allí y dirigirme, sea como sea, a administración, quiero marcharme cuánto antes de aquí.

—Pilar, espera —escucho de nuevo decir a Charles, pero ya no le hago caso.

—Buenos días, soy Pilar Anclada, vengo a buscar mi finiquito — explico, nada más entrar, a la chica de administración, morena, con grandes gafas de pasta negras y con una expresión aturdida, me contesta.

—Sí, Pilar, ya lo tienes preparado, un segundo que te lo busco.

Estoy nerviosa, no quiero que Charles entre aquí y monte un numerito, pero, por suerte, se ha quedado fuera. Empiezo a pensar que me precipité en Hong Kong, que saqué conclusiones demasiado rápido y que, tal vez, Charles no haya ido a ver a sus romances.

Pero como soy muy cabezona, y ya no puedo echar marcha atrás, desoigo mis pensamientos.

—Gracias —le digo a la chica cuando termino de firmarlo y lo recojo. No he mirado ni cuánto dinero es, pero seguro que poquito porque sólo estuve poco más de una semana.

Salgo de administración a toda prisa intentando, esta vez con más suerte esquivar a mi ex jefe y su hermano, pero no hay manera.

—Pilar, por favor, te esperamos en la sala de juntas —reclama Charles.

Qué remedio, pienso, que sea rápido, así podré largarme de aquí. Cuando entro a la sala de juntas Ethan y Charles me miran fijamente.

—Siéntate, por favor —ordena Charles con tono autoritario, algo que nunca he visto en él antes.

No puedo evitar pensar que esto parece un juicio contra mí, pero hago lo que me dice y me siento.

—Ahora que ya estamos todas las partes, voy a intentar explicar algo —empieza Charles visiblemente nervioso.

Charles nervioso, esto sí que es una novedad.

Ethan y yo lo miramos con atención, y no sé él, pero yo no tengo ni idea de por dónde va a salir ahora el marchante.

Y una vez más me sorprende al exclamar, con toda la calma del mundo, pero también con infinita tristeza, lo siguiente:

—Ethan, Pilar no es Patricia, no puedes enmendar el pasado.

Llueve un silencio sepulcral en la sala, ninguno de los tres está decidido a hablar, Ethan el que menos, él simplemente está como calado por la revelación tan lógica de Charles.

Al final, se decide.

—Lo sé, Charles, y aunque siempre me recriminaré lo que le hice lo que tengo claro es que yo no tuve la culpa de su muerte —responde Ethan tranquilo.

Muerta me he quedado yo al escuchar eso, ¿qué pasa aquí?, ¿alguien me explica algo?

Charles, como siempre, parece que me lee el pensamiento y comienza desde el principio:

—Pilar, como sabes, Patricia fue una asesora mía muy eficiente, me encantaba su trabajo, no me fijé en nada más que eso, pero por su parte no fue así, Patricia, pronto o tarde se encaprichó de mí. La rechacé varias veces y tuve miedo de que le diera la vuelta al asunto y me denunciara por acoso... —toma aire y un sorbo de su botellín de agua para seguir.

—No sabía cómo detener la obsesión que Patricia se había montado en la cabeza, me perseguía, se insinuaba y el día a día en el trabajo pasó a ser un infierno. No podía despedirla porque me amenazaba con denunciarme por acoso. También si no le hacía caso, poco faltó para llegar a obligarme a más cosas...

Resopla agobiado, y Ethan prosigue su historia.

—Charles me llamó pidiéndome ayuda, estaba en un estado muy avanzado de depresión, Patricia lo tenía acosado y ninguneado, maltratado en pocas palabras. Charles me pidió que intentara seducirla para librarse de ella y poder despedirla sin que le importara demasiado, ya que habría cambiado el foco de su obsesión —explica Ethan, con su grave voz teñida de oscuridad.

—Me armé de valor para venir a Madrid e intentar el descabellado plan, por Charles yo haría lo que hiciera falta, es mi hermano y me cabreó mucho que esa mujer estuviera haciéndole pasar por ese infierno. Cuando

llegué pusimos en marcha el plan, Patricia cayó en mis redes y la convencí para que dejara el empleo y viniera conmigo a París, le hice entender que me había encaprichado de ella y que quería que fuera mi secretaria, al principio se opuso, pero no tardó en caer... —afirma Ethan lanzándome una mirada de deseo que cazo al vuelo y que tampoco pasa desapercibida para Charles.

—Días más tarde y sin profundizar en la relación, le di su finiquito y la eché de mi vida, ella no entendía por qué, se ofuscó y no me recriminó nada, se fue, meses más tarde nos enteramos que se había suicidado en su apartamento aquí en Madrid... —concluye Ethan, esta vez mirando a la nada.

—No me siento culpable por su muerte porque yo no tuve nada que ver, tal vez yo fui el detonante eso sí, de su macabra vida...

Estoy alucinada, no, lo siguiente, sentada en mi asiento no quepo en mí, no sé cómo pueden contarme todo esto con la mayor calma del mundo como si nada.

Esta vez es Charles el que interviene:

—Pilar, comprendo que pienses que somos malas personas, pero entiendo una cosa, Patricia no era mejor, nosotros sólo intentamos escapar de sus redes, ella después hizo el resto, tampoco sabemos si intentó engañar a alguien más después de que Ethan la dejara, pero el *modus operandis* de estas personas me hace pensar que sí...

— ¿Y qué tiene que ver esto conmigo? —pregunto asustada.

—Ethan vio en ti, de algún modo, a Patricia en el sentido de la eficiente y brillante asesora que me acompañaba y, sin darse cuenta, necesitó seducirte, pero cuando le rechazaste se dio cuenta de que no tenéis nada que ver la una con la otra... —la explicación de Charles suena a disculpa.

—Ethan sabía que podíamos tener complicaciones en Hong Kong y por eso vino a por ti... —prosigue, ligeramente avergonzado.

—Porque después de Patricia tuve un lío con mis dos empleadas en Hong Kong... con las dos a la vez... —termina Charles, esta vez sí, muy avergonzado.

Telita con el marchante, pienso. Ethan, a todo esto, ha esbozado una sonrisa traviesa en su rostro. Menudo par de dos.

— ¿Le dijiste a Ethan que yo te gustaba? —preguntan mis labios por mí.

—Sí, cuando estuvimos en París, se lo dije, y también que intentaría tener algo más contigo... —la cara de Charles es un poema, al verse descubierto.

—Y entiendes que Ethan viniera a ¿rescatarme? —pregunto asombrada.

—Sí, lo entiendo, así como que después tuviste algo con él —explica con cuidado, observando mi reacción.

—Agradezco la explicación —respondo, son las únicas palabras que me salen, pero lo hacen desde el corazón porque ya no guardo rencor ni rabia hacia nadie, sólo quiero seguir mi camino... y no estar embarazada, pienso sin poder evitarlo.

Charles y Ethan no se molestan en detenerme, y sé por qué lo hacen, porque no pueden, después de explicarme todo. Ese es el problema de las relaciones sin ataduras, que cuando son ventajosas para uno mismo porque no es su intención atarse, están muy bien pero cuando buscas algo más y la otra persona se ha marchado cansada de esperar lo mismo, es cuando le ves el

problema.

No sé si Charles quiere ser algo más en mi vida, pero no sería lógico explicarme todo esto para que me quedara tan solo para ser su asesora. Han decidido explicármelo porque, de alguna forma, le importo. ¿A los dos?, no lo sé. ¿Qué dice mi corazón en estos momentos?, ni idea, ahora sólo quiero descansar con los míos unos días en un remanso de paz, mi pueblo.

# Capítulo 16

Después de un corto trayecto en coche, Berto y yo llegamos al pueblo. He aprovechado para ponerle al día y así desahogarme de esta historia tan intensa que, sin venir a cuento, estoy viviendo o, mejor dicho, he vivido.

Charles y Ethan son pasado, mi antiguo trabajo también lo es y, ¿quién sabe?, tal vez encuentre al amor de mi vida en algún granero estos días...

Bromas aparte, necesito descansar, borrar de la cabeza todo y hacer cánticos y oraciones varias para que me venga el periodo.

Cuando llegamos, mi madre está esperándonos a la puerta de casa y ha cocinado un sinfín de dulces para nosotros, ya me veo yéndome en tres o cuatro días de aquí con diez kilos de más, pero no me importa, lo cierto es que echaba mucho de menos mi casa y mi gente.

—Estás más flaca, ojerosa y blanca que de costumbre, Pilar —es su saludo de bienvenida, con madres así quien necesita enemigos, pienso.

—Mamá —me quejo—, ya tendrás tiempo de echarme sermones —le digo mientras me toco la barriga de forma involuntaria.

Los días en el pueblo pasan más despacio y lo que, en principio se trataba de una cura de sueño y relax se ha convertido en una tortura, estoy tan ansiosa que me subo por las paredes porque en unos días me tiene que venir, o no, el periodo y no he tenido ninguna noticia ni contacto con los posibles padres, así es mi vida, una metedura de pata tras otra.

— ¿Y cómo va el trabajo hija? —me pregunta mi madre de la forma más inocente que sabe.

—Va, que no es poco —respondo intentando evitar dar una

explicación.

Alma cándida, mi madre, feliz en su mundo y ajena a todo, mientras Berto me mira partiéndose de la risa desde el sofá.

Mi padre no es como ella, y nos observa desde su sillón con una mirada muy suspicaz.

—Te digo yo que estos dos traman algo —le dice inquieto a mi madre, a lo que ella responde, como buena madre que es.

—No digas bobadas, se aburren, eso es todo.

—Tienes razón, mamá —tercio intentando cambiar de tema—, lo cierto es que quería descansar estos días y estoy aburridísima perdida.

—Ya se nota hija, no paras de mirar el móvil, ¿esperas la llamada de alguien importante?

—No, para nada —contesto con toda la firmeza que soy capaz de mostrar para que no le quede duda.

Por la tarde salgo al bar del pueblo a tomar un café con Sandra.

—No sé cómo puedes vivir aquí sin morirte de aburrimiento, Sandra —comento a mi amiga.

—Es la vida que conozco y aunque sé que es demasiado tranquila, te digo que no cambiaba esto por mil ciudades como Madrid —me contesta Sandra risueña.

—Eso lo dices tú porque no lo has probado, ya te invitaré a venir y nos iremos de marcha, en solo una noche vas a conocer a más hombres guapos que en toda tu vida —le explico a Sandra con la certeza, de pronto, que mi amiga necesita divertirse y tener alguna aventura.

—No te digo que no, Pilar, de hecho, ya sabes que siempre he estado colada por Berto, pero al final una termina aceptando que hay vidas que nunca se cruzarán de ninguna de las maneras. Una vez hecho esto, seguir adelante con mi vida es lo mejor que he podido hacer, y hará como dos meses estoy saliendo con un francés que vino al pueblo en busca de paz y tranquilidad, aunque por mi culpa es lo último que ha encontrado —me explica Sandra divertida.

Un brillo malicioso aparece en mis ojos al tiempo que le formulo la temida pregunta:

— ¿Un francés?, vaya tela Sandra, que calladito te lo tenías, y la pregunta, sí, es obligada, ¿es cierta la fama que ostentan los franceses?, y discúlpame por caer en los estereotipos, pero si no te lo pregunto reviento.

Sandra ríe y sus ojos le hacen chiribitas, lo cual contesta a mi pregunta antes de que su boca hable por sí misma, lo cierto es que va a ser que sí, pero aun así responde, comedida:

—Pues no sé, tampoco he podido comparar mucho y como estoy colada por él, mi opinión no va a ser objetiva.

Me mira sonriente mientras me guiña un ojo cómplice y yo la observo en silencio fascinada, hay que ver como la vida nos cambia y nos hace experimentar cosas nuevas, detalles que antes hubiéramos jurado que nunca los haríamos y ahora míranos, aquí estamos las dos hablando de hombres, cama y placer...

—Me alegro mucho por ti Sandra, de verdad, mi hermano no te merece, ya lo hablamos en su día, y hemos sufrido muchos años esperando algo que no valía la pena esperar, y ahora por fin te encuentro feliz y radiante, te lo mereces —le contesto entusiasmada.

—Digamos que lo de Berto fue mi primer amor, Pilar, y no he podido evitar comparar los sentimientos que tengo ahora con los que tuve por Berto, me temo que idealicé mucho a tu hermano, yo era una niña, mi primer amor, el amor platónico, todo está bien, tranquila —responde Sandra contenta.

—Es lo mejor que ha podido pasar Sandra y me alegro mucho por ti —repito de nuevo satisfecha.

—Bueno, eso no es lo urgente, ahora mismo lo más importante eres tú, dime, si no te conociera pensaría que estás aquí por placer, pero nos conocemos desde siempre, ¿qué ha pasado Pilar? —pregunta Sandra desviando el tema definitivamente, lo cual me distrae al pensar que sí, que definitivamente el francés sabe mucho en la cama.

—Querrás decir qué no ha pasado Sandra, sabes que mi vida siempre ha sido un poco caótica... —empiezo todavía ensimismada.

—Bueno, yo no diría solo un poco —contesta Sandra partiéndose de risa.

—Vale, bastante caótica, sí. El caso es que últimamente esto ha ido a peor.

Por la tarde quedo con Sandra para contarle toda la historia, sin dejarme ningún punto ni ninguna coma desde el momento en el que entro a trabajar en la galería hasta el día en que los dos hermanos me cuentan la historia de Patricia.

—Vaya tela, Pilar, la realidad siempre supera la ficción —contesta ésta alucinada.

—Y que lo digas —afirmo convencida.

—La pregunta es obligada, ¿qué vas a hacer si te haces la prueba y sale

que sí? —Sandra va al grano, sabe que yo nunca sería capaz de abortar, pero cargar con un hijo del cual no sé quién es el padre es muy fuerte.

—Pues, a riesgo de que me pegues te diré que aún no lo he pensado. Sabes de sobra que, pese a todo, intentaría tenerlo, pero es que así sin saber quién es el padre, es complicado tomar una decisión antes de tiempo.

—Es que vaya tela, Pilar, años y años sin llevarte una alegría para el cuerpo y en poco tiempo te animas con dos hombres tremendos casi a la vez, y encima hermanos, de ésta escribes una novela erótica —comenta Sandra con guasa.

—No me des ideas, ja, ja, ja —contesto riendo, mi amiga Sandra tiene razón, a pesar de todo ha sido una aventura inolvidable, muy excitante y maravillosa, lástima que haya terminado así.

—Más cuando estaba empezando a enamorarme de Charles, el hombre perfecto —suspiro recordando los momentos que hemos pasado juntos.

Lo cierto es que alucino en tan poco tiempo cómo puede una persona calar en los sentimientos de otra, aunque si pensamos en que hemos estado la mayor parte del día juntos, más de una semana, ha sido como un curso intensivo.

Y aunque no esté enamorada de Charles sé que ha sido porque al final, en Hong Kong la cosa se estropeó demasiado, si no, tal vez ahora estaría haciéndome todavía castillos en el aire e ilusiones con él.

—Pilar, sal de tus sueños, estoy aquí —exclama Sandra bromeando, a lo que vuelvo a suspirar.

—Ese Charles te ha calado hondo, muchacha, me parece a mí que los hermanos Russell te llevan por la calle de la amargura —vaticina, como si

fuera una sabia vieja de pueblo más.

—Haz caso a la abuela —dice, continuando con la broma—, tu siempre has huido de los hombres, pero Charles tiene algo que te produce el efecto contrario, búscalo y dile lo que significa para ti —termina risueña.

—Tú estás loca —contesto alterada, solo de pensar en la idea me dan los mil males.

—Ahora en serio, Pilar, visto desde fuera estáis actuando todos de la manera más infantil que he visto en mi vida, y mientras tanto los días pasan y dos personas que se gustan y que han vivido momentos maravillosos están dejando pasar la oportunidad de conocerse mejor y quién sabe si sois tal para cual —comenta Sandra y, mal que me pese, tiene toda la razón.

—No soy yo a quien corresponde dar el primer paso —me defiendo.

—Yo no estaría tan segura, Pilar, Charles se ha molestado mucho más que tú, te ha dado todas las explicaciones, innecesarias por otra parte si pasara de ti, te ha reunido con su hermano para darle más solidez a su testimonio, te ha tenido en cuenta en todo momento, mientras tú a lo único que has ido es a por el finiquito y si te he visto no me acuerdo, no te das cuenta, Pilar, pero yo lo veo así.

—Pues visto así puede que tengas razón, pero es que después de la conversación que tuvimos respecto a su miedo al compromiso no sé en calidad de qué le puedo llamar y excusarme —confieso dudosa.

—Pues en calidad de ex empleada y casi amiga, no sé, Pilar, todo eso surge, tú llámale, cualquier excusa es buena para volver a ver al hombre de tu vida —contesta Sandra mientras levanta los brazos como si tocara un trofeo.

—Anda, anda, no exageres, si Charles fuera el hombre de mi vida no

nos habría ido así de mal... —digo, intentando rebajar las ilusiones que se me empiezan a formar en la cabeza.

—Pilar, el tiempo es oro y lo estás perdiendo aquí conmigo y en este maldito pueblo muerto, corre —exclama Sandra alterada, perdiendo la paciencia.

Le hago caso, me levanto de un salto y corro hacia casa de mis padres como alma que lleva el diablo, cuando llego Berto está mirando la tele entre bostezos, aburridísimo.

—Berto, rápido, yo me vuelvo a Madrid, tengo que solucionar algunas cosas —le comento sin entrar en detalles pues mi padre dormita en el sillón y mi madre es toda oídos desde la cocina.

—Vaya Pilar, por fin te dignas a tomar las riendas de tu vida —contesta Berto dejándome alucinada.

— ¿Tú también? —le digo asombrada.

—Claro, pero eres tan cabezota que si no te das cuenta por ti misma es imposible hacer que nos escuches, vamos, ya tengo la maleta hecha desde hace días esperando este momento.

Toda mi familia me mira esperando que dé el primer paso, pero me he quedado sin saber qué decir, por qué, de pronto, me siento tan tonta...

No sé si es de los nervios, de la espera o qué se yo me da un ataque de risa tremendo, Berto me mira con paciencia y admite:

—Vale, la hemos perdido, venga Pilar, serénate y vámonos, el tiempo es oro, si es que todavía te importa Charles, porque yo a estas alturas ya dudo de todo...

Me pongo como loca a recoger los cuatro trapos que traje, me despido

de Sandra y de mis padres y salimos Berto y yo como alma que lleva el diablo rumbo a Madrid. No sé qué voy a decirle todavía pero ya pensaré algo, tengo que reordenar mis ideas por lo que, en el viaje, aunque sea corto algo se me ocurrirá, cualquier excusa es buena y luego ya me tendré que sincerar, lo más complicado, pero tengo que intentarlo.

Empiezo a darme cuenta de que he desaprovechado un tiempo precioso, entre la duda y la inseguridad propias de mi carácter, y que, como siempre, lo mejor que sé hacer es huir, pero al menos ahora empiezo a darme cuenta y a rectificar, nunca es tarde.

Hacemos la mayor parte del viaje en silencio, los dos en el coche, Berto respeta mis temores y sabe que si empezamos a hablar me pondré más nerviosa y no quiere alentar otra nueva huida con lo que, de momento, me está dejando tranquila, ya es mucho en él, abstenerse de bromear sobre la situación.

Una vez en Madrid y con el equipaje ya en casa, me doy una ducha rápida me pongo algo cómodo y bonito y salgo disparada rumbo a la galería.

—Suerte Pilar, dile a Charles lo que quiere oír —me aconseja Berto antes de salir, mientras yo asiento con la cabeza presa del pánico afirmando.

En el bus pienso que todo es tan complicado en la vida porque las personas nos empeñamos en hacerlo complicado, con lo sencillo que podría resultar todo, y espero que Charles no me lo ponga muy difícil porque me bloqueo y soy capaz de salir por piernas delante de él.

Por fin llego a la galería, el viaje se me ha hecho eterno, y al entrar me recibe Loles con una efusiva sonrisa, si es que, para una vez que encuentro el trabajo perfecto, con los compañeros perfectos y el jefe perfecto se va todo a la porra por liarnos la manta a la cabeza en el viaje, quién me manda a mí

encapricharme de Charles, pero es que está tan bueno que es imposible no hacerlo.

—Pilar, que sorpresa, no te esperaba, ¿te has dejado algo?, ¿te falta algún papel? —pregunta Loles con toda la profesionalidad y ganas de ayudar del mundo.

—Hola Loles, cielo, no, no vengo por el papeleo, ya lo tengo todo, vengo a ver a Charles.

Loles se me queda mirando parada un segundo y acto seguido comenta:

—El marchante no está, salió hace unos días, creo recordar que dijo algo de Londres, que necesitaba desconexión unos días, algo raro en él, que se pasa la vida trabajando... —Loles me mira de reojo como queriendo decir mucho más con la mirada, pero no está dispuesta a hablar más, ya que las cámaras de seguridad nos graban sin pausa y la pondrían, sin duda, en un aprieto bien gordo.

Como ya tengo la información que necesito le sonrío para que sepa que lo tengo claro y le digo:

—Vale, Loles, no te preocupes, volveré otro día, no hay problema, puede esperar —le guiño un ojo disimulando lo más que puedo y salgo por piernas de allí.

Como huir se me da genial, en breve me encuentro camino del aeropuerto, así, a palo seco y sin pensar, me paro mientras recapacito, y me digo a mi misma:

—Espera un poco Pilar, no creerás que vas a tomar el primer vuelo a Londres, no te creía tan pirada...

Yo sola hablando en voz alta por la calle, menudo espectáculo, la gente

que pasa a mi lado me mira como si definitivamente hubiera perdido la cabeza, no obstante, mis pasos me conducen sin duda alguna a Barajas, y para cuando vengo a darme cuenta estoy preguntándole a la azafata:

—Por favor, ¿queda algún billete para Londres?, da igual la clase y la escala.

La chica se queda mirándome un momento, como ida, con cara de sorpresa, y se pone a buscar en el ordenador, pasa unos instantes que se hacen interminables hasta que finalmente me dice:

—Hay un asiento vacío en primera clase en el próximo vuelo, pero no sale hasta dentro de tres horas, y cuesta setecientos ochenta y cinco euros.

— ¡Ay va la os...! —y me retengo, alucinada por el precio del billete, aunque claro, en primera clase, que dolor, saco la cartera con dificultad y me limito a decirle:

—Sí por favor, ese estará bien.

Una vez pagado el sablazo, y con la sensación de que acabo de experimentar un atraco casi a mano armada de la forma más civilizada y cínica que hoy en día sucede, me siento a esperar, un poco dolida y bastante desanimada porque cuando, por fin, lo tengo más o menos claro, Charles ha desaparecido sin dejar rastro.

Hay que ver que gafe arrastro, lo mío ya es de profesional y de por vida, no podía ser tan fácil que mi ex jefe estuviera tranquilamente trabajando en su galería de Madrid, en fin, en Londres hemos vivido momentos muy especiales, de modo que, si es para bien, bienvenido sea.

Empiezo a acordarme de mi abuela, aficionada como nadie al refranero español cuando me decía que lo que cuesta vale, y así, entre lamentos y

recuerdos se me pasa el tiempo hasta que, por fin, anuncian para embarcar.

Cardíaca perdida subo al avión, no llevo equipaje ni nada, así que voy a la aventura, pero si se suele decir que en la vida las mayores locuras se tienen que hacer por amor, pues que así sea, aquí estoy yo.

El viaje se hace relativamente corto, ir en primera es un placer que nunca he disfrutado, salvo estas últimas veces con Charles y no todas ellas, de modo que me acomodo y me limito a disfrutar del sablazo que me han dado en tierra firme, ya que lo he pagado, pienso, voy a aprovecharlo al máximo.

La azafata es la gentileza hecha persona, me trae una bebida, el periódico, me aconseja que me acomode bien en el sillón, me vuelve a traer esta vez un cojín para el cuello y cervicales, esto es vida.

# Capítulo 17

Cuando por fin llego a Londres ya es por la tarde, aunque aquí es una hora menos, y he comido un poco en el avión con lo que no tengo apetito, tomo un taxi e intento ir rápido a la galería, estoy ya de los nervios con tanta espera, y necesito acabar con esto o me arrepentiré y me volveré a casa con las manos vacías.

El taxi aprovecha mi cara de extranjera y me da dos vueltas totalmente innecesarias por el morro como si yo no me diera cuenta. Sé que la galería no queda lejos del aeropuerto y este señor se cree que nació ayer. La última vez con Charles tardamos unos diez minutos y ahora, que cosas, me tarda veinte, el doble. Aun así, pago religiosamente lo que me pide al final del viaje, empiezo a sentirme un poco timada desde hace ya varias horas y por partida doble, pero todo sea por reencontrarme con Charles y poder aclarar con él las cosas de una vez por todas.

Entro en la galería con un estado de excitación máximo y unos nervios incontrolables, que se relajan bastante rápido cuando veo a mi querida Sally y me da un fuerte y emotivo abrazo.

—Pilar, que alegría, no te esperábamos, ¿en qué te puedo ayudar? — comenta solícita.

—Verás —empiezo ligeramente avergonzada—, vengo buscando a Charles, tengo que hablar con él y me enteré de que podía estar en Londres... —suelto, como quien no quiere la cosa, intentando no delatar a Loles.

Sally me mira examinándome un segundo de arriba abajo como barajando las opciones de respuesta que tiene y me lleva a un aparte más privado.

—Pilar, Charles estuvo aquí hace unos días, sí, no venía con muy buena cara, algo muy extraño en él, no sé qué os traéis entre manos, pero, por favor, te pido que no le hagas sufrir, es un trozo de pan, se marchó ayer a París, según me dijo necesitaba hablar con Ethan —me contesta Sally visiblemente dolida.

Según me va diciendo las buenas nuevas el alma se me cae a los pies. ¿A París?, esto ya es demasiado, empiezo a tener complejo de Marco buscando a su madre por todo el mundo.

Me siento derrotada en una silla que hay cerca, esto es demasiado, después del carísimo billete que he pagado a Londres, ahora tengo que ir a París y luego aún me queda volver a Madrid. Me lo tengo merecido por boba, no se puede ser más pava, pienso para mí.

—Pilar, si vas se alegrará de verte, te lo prometo —me dice Sally echándome un capote al ver la decepción y la derrota en mis ojos.

La miro entre dolida y esperanzada y me levanto con resignación.

—Por supuesto que iré, ahora que ya me he decidido no voy a echarme atrás —le contesto envalentonada.

Sally me sonrío mientras me da la mano afectuosamente y un abrazo muy tierno y me despide con muchos ánimos.

De vuelta en la calle, el día en Londres es gris, como siempre, y mi ánimo vuelve a decaer.

Ver a Charles a solas era una cosa, pero ir a París y ver también a Ethan me cambia los planes por completo. No sé cómo reaccionará mi cuerpo cuando tenga delante a los dos pedazos de hombres, pienso, mientras algunos momentos de la tórrida aventura que tuve con Ethan vuelven a mi mente.

Céntrate Pilar, quieres hacer las paces con Charles, me digo, medio cabreada por el influjo que el hermano de mi ex jefe ejerce en mi piel, rememoro ahora, mientras voy de nuevo camino del aeropuerto, los momentos tan especiales, tan mágicos que pasé con Charles en medio mundo, mi marchante, pienso, mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

Que una mujer como yo, tan apocada y poco decidida, esté dando este paso tan grande para recuperar al que nunca ha sido su novio pero que ya le gustaría a ella, es de valorar, y mucho, pienso, si no fuera por los ánimos de Sally y lo poco que me estoy parando a pensar las cosas que hago, me volvía a Madrid corriendo, huyendo como siempre. Y ahora que, por fin me decido, parece que el que huye de mí es Charles, el karma que es muy traicionero.

Y si recapacito un poco más, veo que huir siempre me ha traído solo problemas, con lo que lo mejor es encarar el toro por los cuernos y me planto de nuevo en el aeropuerto para comprar un billete a París. Esta vez tengo más suerte y no me atracan descaradamente en la compra del mismo, prefiero viajar en turista y tener el poco dinero que he cobrado en mi cuenta, pues sigo siendo igual de pobre que antes de trabajar para Charles, con los pocos días que he estado a su cargo.

Cuando finalmente llego a París y vuelvo a conectar mi móvil me sorprende ver la cantidad de llamadas perdidas que tengo, en cuanto miro en contactos a quien pertenecen, me alucina todavía más entender que se trata del teléfono de la galería de Madrid. De inmediato pienso que le ha ocurrido algo a Charles y por ello, devuelvo la llamada con rapidez.

Es Loles la que me responde.

—Pilar, sé que no debería meterme, pero me he enterado que estás en París, Charles también, pero me ha llamado Sally y me ha contado que has

estado ahí y que ahora te diriges a París. También me ha dicho, confidencialmente, que Charles está muy enfadado contigo, porque a pesar de intentar entender tu desliz con Ethan luego has huido de él, no te recibirá Pilar, no quiere verte...

—Madre mía Loles, y ¿ahora qué hago?, ya estoy aquí, en breve me plantaré en la galería y me verá la cara, me has dejado en blanco porque yo venía con toda la buena fe y ahora me siento tontísima. Pararé en cualquier lugar a tomar un café y pensaré qué puedo hacer.

Esto me pasa por meterme donde no me llaman pienso mientras tomo un café, alterada de los nervios como estoy y que no contribuye, por supuesto, a mi paz interior. Sin duda, el pensamiento recurrente en mi cabeza es volver a Madrid y buscar otro trabajo, empezar de nuevo, aunque sea en el bar de Berto ya me da lo mismo, el caso es dejar todo esto atrás....

Pagando estoy para marcharme al aeropuerto cuando recibo una llamada de Ethan:

—Pilar, estás en París, tengo que hablar contigo —me confirma Ethan, más que preguntarme, el tercero en discordia, pienso.

—No tenemos nada de qué hablar Ethan, venía a aclarar las cosas con Charles, pero como me he enterado de que no tiene intención de verme ni de aclarar nada me vuelvo por donde he venido y santas pascuas.

—No digas tonterías Pilar, él se ha ilusionado contigo, pero está demasiado acojonado para aceptarlo y más después de lo que pasó entre nosotros.

Al oír sus palabras no puedo más que cabrearme y le digo enfadada:

—Entre nosotros no pasó nada más allá de un polvo aprovechando mi

momento de debilidad, Ethan, y eso Charles es lo suficientemente inteligente como para verlo y entenderlo, más cuando él y yo no somos nada... todavía.

—Sí, Pilar, pero Charles no quiere recibirte, creo que es mejor que nos veamos, puedo y quiero ayudarte a hacer las paces con mi hermano.

Repaso las opciones y veo que son pocas, pero pese a todo, me resisto a quedar con el encantador de serpientes, temo la forma en que mi cuerpo pueda reaccionar al verlo:

—No Ethan, creo que no es la mejor opción que tú y yo nos veamos en estas circunstancias si quieres, si tienes alguna sugerencia, házmela llegar por wasap o por correo electrónico y la leeré con detenimiento, tengo que pensar cómo lo hago para que Charles me escuche, vengo desde Londres y a su vez desde Madrid, va a tener que verme lo quiera o no —le confieso en un arrebatado de agotamiento.

—Lo entiendo, pero, Pilar, Charles no lo entenderá así porque no lo sabe. Te mandaré mi plan por correo, por favor, medítalo y hablamos, gracias, un beso y cuídate —cuelga dándome con todo el halo de su encanto en los morros, y sintiéndome más culpable que nunca por no ser ya inmune a su atractivo.

Decido alquilar una habitación en un modesto hotel en el barrio latino y, sin poder evitarlo, me vienen a la mente el recuerdo de los días que Charles y yo pasamos aquí y la felicidad que sentí en aquel entonces, revivo los momentos con nostalgia y esto hace que mi determinación para conseguir hablar con Charles sea mayor, de modo que decido abrir el correo electrónico que hace un rato que Ethan me ha mandado, lo ha hecho minutos después de colgar.

El correo dice así:

*Pilar:*

*Charles está colgado por ti desde el primer día que te vio en la galería de Madrid y le criticaste sin saber que era él, aludiendo a la pintura que estabais comentando juntos. Después ha intentado conquistarte, eso sí, a su modo, digamos que cuando nuestro padre repartió dotes de seducción me quedé con la mejor parte... sí, Charles es un patoso en cuestión de sentimientos, y más cuando se ha dado cuenta, después del día en que solicitaste el finiquito, que estaba ahí sí ya, colado por ti. El viaje que habéis hecho juntos no ha hecho más que consolidar la atracción que en un primer momento sintió por ti. Si te digo todo esto no es para ablandarte más, es para que seas consciente de que ahora mismo Charles es un hervidero de confusión. Por supuesto que no le sentó nada bien nuestro escarceo y todavía me culpo por ello, pero debes entender que, desde mi posición, en ese momento, hice lo que tenía que hacer para darle celos, para demostrarle que tú eres la mujer que él ha estado esperando toda la vida.*

*Charles lo tiene claro respecto a ti, ha sido así desde el principio, algo que ya vi la primera vez que vinisteis juntos a París, aunque él todavía no se había dado cuenta. Ahí te probé, sí probé tu voluntad, y tu fuerza, y me gustó como reaccionaste, se lo conté y se sintió orgulloso. Después, lo que hayamos tenido lo entiende, me aproveché de tu momento de debilidad. Piénsalo Pilar, si decides ir a muerte con él, si tienes sentimientos para ir con Charles en serio, entonces debes quedarte y luchar, te ayudaré, dejaremos a un lado lo que haya podido pasar entre nosotros, el pasado, pasado está, y entonces todo merecerá la pena.*

*Si no le quieres, si estás dudosa o has venido a satisfacer tu ego, inseguridad o mala conciencia, por favor, márchate y no le hagas más daño,*

*él empezará una nueva vida sin ti y tú sin él y, tal vez, algún día, los dos podáis encontrar, de nuevo, a alguien que os complemente de la forma más especial para ser felices por el resto de vuestros días...*

*Ethan.*

Este hombre sin duda es una caja de sorpresas, pienso mientras releo una y otra vez la carta para asegurarme de haber entendido bien lo que me quiere decir.

No hay ninguna duda. Lo que Ethan me cuenta es que le gustó a Charles la primera vez que le vi y se ha prendado en el viaje a las galerías que el posee alrededor del mundo. Al igual que me sucedió a mí.

Mi escueto wasap de respuesta dice así:

—Tú ganas, quedamos en una hora en el barrio latino, propón tú el café.

Me doy una ducha rápida y busco algo cómodo para ponerme, unos vaqueros y una camiseta holgadita estarán bien y no llamarán demasiado la atención de Ethan, ni me dará a mi rienda suelta la imaginación, pienso, cardíaca perdida y con serios problemas de remordimiento de conciencia.

En estos momentos echo de menos unas pastillas para calmar los ardores y el deseo sexual, tranquila Pilar, pienso, mientras me concentro en el atractivo cuerpo de Charles, rememorando la tórrida noche del jacuzzi. Ethan es pasado y así debe de ser.

Antes de salir a su encuentro reviso cómo voy con el retraso menstrual, el cual, ya empieza a presentar un nuevo problema, pero, con este estrés y estos nervios y ante la falta de ningún síntoma evidente de embarazo, al menos todavía, me permito dudar y achacarlo al momento de tensión que

estoy viviendo.

Hemos quedado en una pequeña cafetería que hay cerca del hotel donde me hospedo, en el barrio latino. Ethan aparece, está más guapo que nunca, pienso, más alto, más corpulento y más hombre, y encima viene con unas atractivas gafas de pasta negra que, por favor, son mi debilidad.

—Ethan, ¿cómo estás? —le saludo intentando obviar que, sí nena, está cañón.

—Hola Pilar, tú por lo que se ve genial, sentémonos, ¿te apetece un café? —contesta con una sonrisa difícil de ignorar que hace que se me afloje todo, vaquero, bragas y cinturón de castidad si me hubiera puesto.

Nos sentamos y nos tomamos un café, con la tensión sexual como acompañante entre Ethan y yo que, por mucho que se empeñe en ponerse en el papel de hermano mediador, es más que evidente, aunque los dos hacemos esfuerzos tremendos por ignorarlo.

—Bien, Pilar, el plan es el siguiente. Darle celos conmigo, de nuevo, es sencillo —dice, a bocajarro pillándome desprevenida bebiendo de mi taza y casi a punto de escupirle el trago en su cara de la sorpresa.

—No Ethan, de eso ya ha tenido suficiente, creí que venía a recuperarlo, no a perderlo definitivamente —le digo mosqueada, pues me huelo algo más, Ethan esconde algo que no me quiere decir.

—Y de eso se trata Pilar, pero Charles está muy enfadado, tal es su estado de cabreo que no te escuchará, si vas a él con buenas y sinceras intenciones, las cosas así no funcionan, al menos entre los hombres de mi familia —afirma convencido mientras se ajusta las gafas en un gesto sexy

con sus varoniles manos de dedos largos y sensuales.

—Ethan, he quedado contigo y ahora que te tengo delante, hablando de mi problema con Charles no lo tengo tan claro. En realidad, si te soy sincera, no sé qué hacer. No sé si Charles se merece una mujer como yo, no sé cuanta seriedad le puedo ofrecer en estos momentos —le explico intentando entender que, si me la mayor parte del tiempo pienso en Ethan y su atractivo sexual, tal vez no me importe tanto Charles a día de hoy como creo.

— ¿A qué te refieres en concreto Pilar?, al grano, por favor —pide, y se pone de un sexy que me derrite.

Miro su cabello moreno que le cae desordenado y rebelde tal cual quiere a ambos lados de su cabeza y sus ojos verdes e intensos mirándome con un interés quiero creer que especial, sin embargo, tengo que ser realista, Ethan solo me ha utilizado para hacerle ver a Charles que está colado por mí.

—Pues que no sé si puedo ir en serio con Charles estando tú ahí, con tu presencia, tu cuerpo y tu sensualidad, imponiéndote a cada paso... —ya lo he dicho, ahora tierra trágame.

Ethan se queda en silencio mirándome con sorpresa, sin duda no se esperaba que fuera tan sincera con él. Creo que está tan acostumbrado a despertar el interés sexual en las mujeres que ha pasado por alto completamente el mío. Pero, por desgracia, es una realidad, y es algo que se interpone entre Charles y yo sin poder evitarlo.

—Pero Pilar, creí que eso ya estaba olvidado, y más después de irte de Madrid y estar tanto tiempo sin ver a Charles —me dice un pelín contrariado, sin duda mi deseo hacia su persona no entraba en sus prácticos planes.

—Y lo estaba, créeme. He pensado en Charles todos estos días, pero no sé qué influjo ejerce sobre mí París que ha sido venir y ponerte en contacto

conmigo... en fin, no quiero seguir hablando sobre ello —atajo, agobiada al notar cierto cosquilleo en mis partes, intento finalizar esta conversación antes de sentirme húmeda.

Tranquila Pilar, eso es la regla, que está por venirte... porque claro, ese detalle tampoco se lo vas a contar... me dice la maldita conciencia que habita en mí.

—Hay otra cosa —le digo, mirándole a los ojos y viendo en ellos la duda.

—Creo que estoy embarazada y, de estarlo, no sabría decir de cuál de los dos.

La bomba está echada. Ethan abre los ojos desorbitados mirándome y la boca con sus sexys labios antes de soltar:

— ¿Es verdad eso? Pilar... —no puede pronunciar nada más, me mira, lo miro y me estrecha con fuerza en sus brazos mientras sus labios me exigen un beso descarnado, furioso y apasionado y yo me limito a ser la marioneta que siempre he creído ser a su merced. No puedo ni quiero evitar ese beso porque lo deseo con toda mi alma, deseo todo de Ethan y empiezo a sospechar que, desde que lo conocí, todo provocación y contrariedad en la galería de París, Charles pasó a ser solo mi jefe, por mucho que sucediera después.

—Ethan, Charles —le digo, para ver si reacciona a sus impulsos y consigo darle celos o qué se yo, que se aclaren estos dos y yo también, por favor, esto ya es superior a mis fuerzas.

—No Pilar, estoy cansado de cederle todo, estoy cansado de ser el que se queda con lo que no quiere, con lo que deshecha, de ser una sombra a su antojo —dice mientras me vuelve a besar con más pasión que antes y me

estruja entre sus grandes brazos.

Me revuelvo y me zafo de su boca, no sin antes dejar una parte de mí en él, lucho contra mi deseo y, al final lo consigo, me rehago como puedo y le digo, muy a mi pesar:

—Venir ha sido un error, Ethan, no quiero ser un trofeo entre los dos, no quiero ser una segunda Patricia —se queda sorprendido ante mis palabras, detalle que aprovecho para levantarme e irme corriendo a mi hotel, con los ojos anegados en lágrimas y sin saber, ahora sí, qué hacer con mi vida.

Llego a mi habitación y me tumbo en mi cama, sin poder parar de llorar hasta que, al final, en algún momento, agotada y rendida, caigo en un profundo sueño.

# Capítulo 18

Amanece en París muy nublado, tanto como mi estado de ánimo y, sin embargo, no me apetece nada volver a Madrid, pero voy a tener que hacerlo porque a día de hoy y después de haberlo hablado con Ethan no me atrevo a presentarme delante de Charles. Si es que soy un desastre, un verdadero desastre porque mi conciencia está muy malherida, pero, al mismo tiempo, no puedo dejar de pensar en el rato que estuve con Ethan ayer y el pensamiento recurrente de querer arrancarle sus bonitas gafas y comérmelo a besos.

Y luego está Charles, tan elegante, tan hombre, tan todo. Es muy complicado elegir entre los dos, me di cuenta cuando estaba con Ethan y le conté lo del posible embarazo.

Por ello me marché, de nuevo, a casa, sola, he tomado la decisión más difícil, renunciar a los dos, puesto que no soy capaz de elegir a uno de ellos. Teniendo en cuenta que tuviera que hacerlo porque creo que a día de hoy lo tendría bastante difícil con Charles por su enfado hacia mí y con Ethan, bueno, pues con Ethan no sería todo tan sencillo tampoco, un hombre así, tan cañón, tan sublime, puro fuego, para una noche es perfecto, pero para una relación de pareja, sólida y duradera es cuanto menos imposible.

Me visto y preparo la escasa maleta con la que vine dispuesta a abandonar la habitación y tomar el primer avión de vuelta a Madrid.

Algo me dice que no me vaya de París sin ver a Charles, al menos sin tener la oportunidad de intercambiar unas palabras con él de modo que lo intento, quemo mi último cartucho al enviarle un wasap que dice así:

*Soy Pilar, estoy en París y me gustaría tomar un café contigo, en el aeropuerto, en dos horas tomaré de vuelta el avión a Madrid.*

No sé si es en dos horas porque todavía no lo he comprado, pero he pensado que una pequeña mentirijilla puede animarle a venir.

Pero no obtengo respuesta de camino al aeropuerto por lo que me limito a comprar el pasaje en el próximo vuelo, que será en cuatro horas, me veo medio día aquí en el Charles de Gaulle, pero no me queda otra.

Intento entretenerme un rato visitando las tiendas, pero mi malherida tarjeta está tan atracada que no me da ni para un mísero recuerdo parisino por lo que no estoy mucho rato mirando y haciendo dientes largos, me siento y reviso el wasap. Lo ha leído, pero no me ha contestado, empiezo a pensar que Charles es como el resto de la gran mayoría de hombres de hoy en día, por desgracia, un capullo egoísta.

Que decepción, yo que pensé que era especial, todo lo vivido aquí, en Londres, en Nueva York y la pasión de esa noche que vivimos, parece que todo lo ha olvidado por completo.

Al rato estoy aburridísima, ya no sé qué hacer para que pase el tiempo más rápido, y aún queda hora y media para embarcar, intento echar una cabezadita en la incómoda silla, pero tengo miedo de que me roben la maleta con lo que tampoco, y en esas estoy cuando de pronto, escucho a mi espalda:

— ¿Aquí estás, dispuesta a volver a huir de mí?, háztelo mirar, Pilar.

Me vuelvo gratamente sorprendida y me encuentro cara a cara con Charles, Dios, está guapísimo, con un traje gris perla y una camisa blanca un poco remangada, me mira con sus ojos azul océano que, inmediatamente, ejercen un poderoso efecto narcótico en mí, no se me ocurre otra cosa que saltar a sus brazos y fundirnos los dos en un cálido abrazo, Charles, en un primer momento siento que duda, pero enseguida corresponde a mi abrazo.

Me separo, le miro de nuevo, ¿le quiero?, siento que sí, sé que no es esa

pasión carnal que se levanta en mi cuerpo cuando estoy delante de Ethan, Charles, al contrario, produce un efecto dulce y empalagoso en mí, saca mi lado más meloso.

—No estoy enfadado contigo, Pilar, ya no, entiendo tus razones, aunque no las comparta, de tu huida, además, Ethan tampoco ha colaborado mucho en intentar arreglar las cosas —aclara Charles.

— ¿Has hablado con tu hermano? —pregunto, intentando adivinar hasta donde sabe mi marchante.

—Sí, me ha dicho que estabas en París, que habías ido a Londres buscándome y luego te habían dirigido hasta aquí, que has hecho un montón de kilómetros para hablar conmigo... —explica pausadamente quedándose parado observándome con detenimiento para, acto seguido, rozar con sus dedos mis labios como hipnotizado.

Ese simple gesto desata una tormenta en mi interior, me relamo, y algo se enciende en mi vientre, algo muy caliente y placentero.

—Charles, yo, hay mucho de qué hablar —intento excusarme y avisarle ya, de algún modo, que no va a ser tan fácil... que nuevamente no se enfade conmigo, no sé por qué.

—Hay tiempo, Pilar, tenemos todo el tiempo del mundo, ¿Cuándo sale tu vuelo?

# Capítulo 19

Charles y yo hablamos largo y tendido y agradezco mucho esta conversación que teníamos pendiente. Observo que le pone voluntad porque lejos de estar enfadado, me escucha atentamente todo cuanto le digo, mis temores, mis deseos y mis pensamientos tal cual los viví a lo largo del viaje que hicimos, para que entienda el porqué de mi comportamiento en estos últimos días.

Cuando finalmente termino mi explicación, en la que únicamente falta la guinda final, no le he dicho que puede que esté embarazada puesto que todavía no es seguro, falta muy poco para embarcar y no quiero perder el vuelo porque ya no me queda más dinero, de forma irremediable me quedaría tirada en París. Se oye por megafonía que los pasajeros del vuelo con destino Madrid están embarcando ya, de modo que me dispongo a despedirme de mi marchante, con toda la pena del mundo puesto que, ahora que por fin logro que me escuche me tengo que marchar, tengo el gafe metido en esto de tal manera que parece que siempre esté huyendo incluso cuando no es mi intención.

—Charles, discúlpame, pero mi vuelo sale en breve y ya mismo tengo que embarcar, no estoy huyendo de nuevo, no me puedo permitir comprar otro vuelo —le confieso con toda la sinceridad que soy capaz de transmitir mirándole directamente a los ojos.

—Pilar, lo entiendo, pero esta conversación no termina aquí como comprenderás. Por mi parte te pido que no renuncies al trabajo, por favor, conserva tu puesto, reincorpórate nada más puedas, en cuanto termine mi trabajo aquí volveré a Madrid, en dos o tres días, no será más, y hablaremos largo y tendido, ¿podrás esperar ese tiempo? —me pregunta con los ojos más

intensamente azules que he tenido nunca la oportunidad de disfrutar.

No sería capaz de negarle nada a este hombre si todo me lo pide de esa forma, pienso, al igual que también creo que soy una blanda y que al final todo el mundo me manipula a su antojo, pero, si he de escoger, ahora mismo prefiero que lo haga él.

Además, qué son dos o tres días en comparación con lo que Charles ha esperado a que me decida, nada.

—De acuerdo, acepto, pero ya retiré mi finiquito y todos mis papeles —le digo, obstinada.

—Eso no es problema, lo soluciono en un momento con una llamada a Loles para que ponga al día al personal del departamento administrativo.

Podría hacerlo directamente llamando al departamento, pero sé que confía más y plenamente en Loles y lo hará de ese modo, también sabe que yo confío más en ella, asiento convencida.

—De acuerdo, lo hacemos así, yo volveré mañana a la galería —le respondo con una sonrisa, de algún modo es un alivio a mi maltrecha cartera con tanto viaje en las últimas horas.

—También le diré a Loles que te calculen en administración el gasto que has hecho en los vuelos y que te lo reintegren al completo —explica Charles mientras me guiña un ojo y en ese momento me doy cuenta de que vuelve a ser el mismo marchante seductor y especial del que me encandilé, todo seguridad y optimismo.

—Perfecto —le doy un fugaz beso en la mejilla, avergonzada como estoy no soy capaz de más, pero en el momento me estoy separando para correr a la puerta de embarque me toma de las muñecas y me atrae con

firmeza hacia el mientras deposita otro breve beso esta vez en mis labios, nos fundimos con la desesperación que otorga el tiempo que hemos pasado separados, es un beso intenso pero corto y apaciguado por las prisas y el lugar público en el que nos encontramos.

—Te llamaré nada más pise Madrid —le grito ya corriendo, mientras Charles se queda plantado, cada vez más atrás con una sonrisa y con expresión de quedarse con ganas de más, de mucho más.

El beso corto y apasionado me ha excitado como nunca antes pensé que lo haría y me doy cuenta en ese momento que el recuerdo de Ethan vuelve a mi mente ahora, pero no me he acordado en todo el rato que he estado con Charles, lo cual es señal de que solo existe por mi parte hacia él el indudable atractivo físico.

Con Charles, sin embargo, es todo tan emocionante, tan sentimental, tan intenso y tan emotivo que las mariposas de mi estómago revolotean locas cada vez que me mira, que me toca o que se dirige a mí, como si fueran abejas en una colmena, no las puedo controlar, a pesar de todo lo que ha ocurrido entre nosotros.

Subo al avión muy feliz, le envío un wasap a Berto antes de desconectar el móvil, escueto, dice así:

*Misión cumplida. Pilar.*

Lo entenderá a la perfección. Ahora viene lo mejor, pasar a la acción, segunda parte del plan en marcha.

## Capítulo 20

Ayer llegué tarde a casa, pero tenía a la guardia armada de mi hermano esperando explicaciones, como no podía ser de otra forma. Le expliqué todo en un resumen detallado, pero no demasiado largo para poder dormir las horas que necesitábamos y al final, satisfecho, dijo, antes de irse a dormir.

—Bien, Pilar, poco a poco y con esfuerzo, entre todos, haremos una mujer de ti.

Manda narices, ten hermanos para esto, pienso, una vez más.

Pese a todo tiene razón, pienso mientras me dirijo a mi cama en modo zombi ya.

Esta mañana me he levantado corriendo pensando que hacía tarde a la galería, pero cuando he visto el reloj me he dado cuenta de que aún faltaba un buen rato, los nervios y la ansiedad me pueden, tengo ganas de volver a ver a Loles y que me diga lo que le ha dicho Charles.

Cuando llego hay un bullicio tremendo en la galería, los operarios están cambiando algunas colecciones viejas por otras nuevas y Loles va de cabeza la pobre de un lado para otro, me ve y me dice:

—Pilar, justo a tiempo, una ayuda extra no viene mal, menos mal que ayer me llamó Charles, a trabajar, luego hablamos —explica con prisas y con un aire directivo que me sorprende gratamente.

Me pongo a la tarea, encantada, acudo a la sala donde se guardan las colecciones que están listas ya para ser expuestas y voy indicando a los operarios dónde quiero que se coloquen, aprovechando luz, espacio y tamaño de las mismas, finalmente dirijo un gran trabajo y estoy convencida de que

cuando Charles llegue notará mi toque personal en la ejecución del trabajo, espero que sea para él una grata sorpresa.

Para cuando venimos a terminar no hemos podido parar ni para tomar un café y Loles me dice:

—Vamos Pilar, te invito a un café, aunque ya casi sea la hora de comer, pero es igual, nos lo hemos ganado —explica satisfecha.

— ¿Has hablado con Charles no? —le pregunto sin poder aguantar más —, dime, ¿qué te ha dicho? —la someto a un tercer grado.

Pilar sonrío con calma y me mira, como sopesando hasta dónde me puede contar, entiendo que está entre los dos y que hará lo posible para estar a buenas con él y conmigo:

—Pues nada que no se pueda contar. Qué habíais hablado, que volvías al trabajo y que te tratara como siempre —me cuenta con una sonrisa en los labios—, pero yo eso ya lo sabía, cuando viniste a hablar con él, y créeme cuando te digo que me alegro, Charles siempre ha estado muy solo y no entiendo muy bien por qué con el físico y el porte que tiene.

—Te confundes, Loles, Charles y yo no tenemos nada, hemos hablado muy poco y simplemente quedamos en dejar todo como antes, conservar mi trabajo y poco más —le contesto con el corazón alterado por lo que Loles cree, ojalá Charles pudiera pensar en mí como en su pareja.

— ¿Entonces no hay nada entre vosotros?, pero si saltan las chispas de vuestra química a cien años luz, todo el mundo puede verlo —me confiesa, esta vez un poco apurada.

—Pero vamos, que yo no sé nada ni me meto en nada, ni he dicho nada —rectifica, guiñándome un ojo, pero el capote ya está echado, esta Loles es

una compañera de los pies a la cabeza.

— ¿Tú crees? —le pregunto de forma bobalicona recordando el cuerpo y el carácter de mi marchante y pensando que tiene razón, que cuando él está presente se me desata el corazón y el cuerpo.

—Totalmente —confirma complaciente Loles.

La conversación, sin duda, ha tomado un cariz demasiado íntimo, algo que intento cambiar diciéndole:

—Tengo hambre, hoy no he tomado nada sólido y estos días con tantos vuelos y ajetreo tampoco he podido comer como toca.

—Pues vamos a solucionar eso, te invito a comer, no nos da tiempo a ir a casa y volver para el turno de tarde, vamos —contesta Loles divertida.

Pasan los días y Charles no vuelve y, lo que es peor, su ausencia en la galería me pesa cada día más. Tampoco me ha llamado ni me ha mandado ningún wasap pese a que le confirmé mi llegada a Madrid, y empiezo a pensar que, de nuevo, mi marchante ha cambiado de parecer conmigo.

No le entiendo, es tan cambiante, de algún modo esto que tenemos, que por otra parte no sé qué es y que ya intenté aclarar con él en el viaje, no es medio normal, pero él es así y lo peor, no estoy dispuesta a consentirle todo, por lo que cada vez pienso con más fuerza que me tendré que aguantar mis ganas de marchante y simplemente trabajar para él. Pero eso, a día de hoy, es imposible.

Todos los días al llegar a la galería le pregunto a Loles si sabe algo de él, pero su respuesta siempre es negativa y yo empiezo a cansarme. Anoche le envíe tres wasaps, pero sin respuesta.

Al final he hablado con mi hermano Berto y le he pedido que me

busque trabajo en el bar o dónde sea, pese a que aquí en la galería disfruto con lo que hago. También he vuelto a enviar algunos currículos por internet, a algunas galerías privadas de Londres y de Alemania. Pero no sé para qué, puesto que en cuanto se pongan en contacto con Charles para tomar referencias no me va a dejar marcharme, así que es tiempo perdido, lo cual me da mucha rabia.

Llego a casa casi de noche, todo el día fuera, y siempre lo primero que hago es ir a ponerme el pijama y hacerme un baño para desentumecer mis pobres pies todo el día dentro del tacón, que dura es la vida de la mujer, siempre.

Llamo a Berto, pero al parecer aún no ha llegado, estoy sola en el piso, con lo que me pongo pronto cómoda dispuesta a hacer la cena.

Cuando ya casi la tengo lista oigo que llaman a la puerta y como solo puede ser Berto, que se deja las llaves a menudo corro a abrirle tal cual estoy, con el delantal puesto y cuchara en mano. El semblante se me queda helado nada más abrir la puerta, Charles y Ethan me miran expectantes.

— ¿Podemos pasar? —pregunta Charles, que voz por Dios, casi me derrito, le miro anonadada, mientras siento que algo cálido recorre mi corazón y lo golpea impactando sin compasión en mí como nunca hubiera imaginado.

Los dos esperan mi respuesta que no llega pues la sorpresa en mí es tal que permanezco de pie, perdida en los ojos de Charles, para no querer salir de ellos, del halo de su perfume, de su presencia nunca más.

Hago un gran esfuerzo por volver a la realidad...

—Sí, por supuesto, pasad, estáis en vuestra casa... —digo visiblemente incómoda por admitir eso también para Ethan, él me mira con semblante

serio, pero parece ser que el estilo seductor pro se lo ha dejado en casa pues se comporta con normalidad, algo nada normal en él.

—Sentaos, ¿queréis que os prepare un café? —pregunto presa del pánico por ir asimilando que tengo a los dos hombres más imponentes de mi vida en el salón de mi casa y deseando correr por piernas a la cocina para adecentar un poquito mi aspecto.

—No Pilar, no será necesario, lo que tengo que decirte es rápido y no hace falta nada más, siéntate por favor —explica Charles con un aire de solemnidad que me deja helada, siento el pánico y el miedo correr por mi nuca espalda abajo en forma de sudor frío y hago esfuerzos desesperados por relajarme mientras me siento temblorosa, más que despido, por el cariz que está tomando todo esto me huelo algo peor, ¿habrá pensado en denunciarme?, no he hecho nada...

—Pilar... —exclama Charles, sin poder seguir, un poco nervioso, sentado como está en el sofá enfrente de mí.

Le miro sin comprender por dónde quiere empezar y él se toma su tiempo, que guapo y que potente está, que tonta he sido al dudar y liarme con Ethan, los dos me miran con intensidad, pero Charles se decide a continuar.

—He estado pensando mil maneras de hacerlo para que no me rechaces, solo, con Ethan, con una rodilla en el suelo o invitándote a cenar, y al final, todo da igual si tú en el fondo no quieres... por eso lo haré lo más sencillo que sé, tal y como yo soy, natural, yo mismo... Pilar, quiero pedirte una cita... detrás de otra... y llenar tus días de arte... y de amor...

Siento que los ojos se me inundan de lágrimas de emoción, de temor y deseo contenido, de tantas emociones que escapan a mi control, los dos me miran esperando mi reacción, y yo solo puedo llevarme las manos a la boca

en un gesto de sorpresa, alucino de la cabeza a los pies azorada estoy, y le veo ahí, esperándome, tan vulnerable, sin máscaras, sin nada más que él, que su esencia, que su corazón...

Ethan, que ha estado presenciando la escena nos ve a los dos inmersos el uno en el otro, sin reaccionar, se levanta, sonrío, y lentamente se dirige a la puerta y abandona mi casa, haciendo el momento totalmente íntimo.

Una vez solos, mi primera reacción no es otra que acercarme y rozar su cabello con mi mano hasta llegar a su rostro. Charles me toma la mano y me acerca a su rostro, lentamente, con esos ojos azules que me dejan sin respiración más intensos que nunca, cuando me tiene lo suficientemente cerca para besarme no lo hace, el muy canalla, me deja ahí esperando a que de yo el paso, o me derrita cual helado al sol.

Miro su boca y acto seguido sus ojos, él, que no pierde detalle de mis reacciones sonrío pícaramente y sí, por fin se decide a acercar sus labios a los míos, ¿qué queréis?, soy muy rezagada, ya lo dice mi apellido.

Y me sumerge en un delicioso y dulce beso del que no quiero salir nunca más, un beso que me remueve por dentro y que reafirma mis más intensos temores, estoy tan colada por este hombre, que me he dedicado a huir sistemáticamente de él, primero yo sola y luego utilizando a su hermano.

Al mismo tiempo el beso es una confirmación, de su capacidad sobre mí, de mi capacidad sobre él, de mi seguridad como Pilar, de un nosotros que llega para convertirse con fuerza en presente, de que mi marchante es el hombre de mis sueños.

# Epílogo

— ¿Desde cuándo sabías que podía estar embarazada? —pregunto distraída mirando a través de la ventana recostada en su pecho y holgazaneando los dos juntos en el sofá.

Charles no contesta de inmediato, parece meditarlo con calma, como siempre suele hacer, y responde.

—Después de despedirte en París, fui a buscar a Ethan, me contó lo del café, el beso, y el posible embarazo.

—Y aun así no te amilanaste —exclamo satisfecha mientras le observo boca abajo y me quedo ensimismada en el mar de sus ojos.

Charles me mira y veo en ellos la dulzura y la ternura que desprenden cada vez que los posa sobre mí, y no puedo evitar recordar lo que me dijo Loles, sin duda se le notaba demasiado.

—Supongo que no, sin duda nunca había conocido una mujer tan cabezota como tú —explica divertido.

—Si te contara las conversaciones con mi hermano y sus reproches, eso da para varias novelas... —le confieso avergonzada.

— ¿No te vas a quejar?, ¿entonces asumes que eres una testaruda? —pregunta entre el asombro y la risa.

—Sí, lo asumo, y tú, ¿no tienes miedo de que vuelva a caer en los brazos de Ethan? —respondo, di que sí, Pilar, tú directa, el dedo en la llaga.

Charles se remueve incómodo.

—No hay día que no sienta terror por eso. Pero no hay nada que yo

pueda hacer...

Lo miro expectante.

—Excepto enamorarte cada día, encandilarte a cada momento y hacer que te olvides de lo que sucede alrededor cuando me mires a los ojos...

—Suenas un poco presuntuoso —objeto, no sin sentirme halagada en exceso.

—Y lo es, al igual que costoso...

—Cierto —concedo mientras levanto la mano para acariciarle los sugerentes y cálidos labios.

—Si es niño se llamará Ethan —le replico mordaz, pero su mirada, de pronto intensa y seria, me amilana, no se puede tentar tanto a la suerte Pilar.

—No lo dirás en serio —exclama para, acto seguido, soltar una carcajada.

—No entiendo tu confianza y tu fe ciega en mí, pese a esto... —le reprocho, dando dulces toques en mi incipiente barriguita.

—Eso es muy sencillo, al final he comprendido que, por mucho que hiciera yo o Ethan, solo tú tenías la llave. La llave para elegir, y lo hiciste... lo demás poco importa ya..., es parte del pasado.

—Te amo Charles, mi marchante... —exclamo extasiada dejándome llevar por el momento...

—Y yo a ti, jefa mía —responde él con voz melosa y grave, mientras me envuelve con sus brazos y los dos caemos presos de un deseo y un ansia de fundir nuestros cuerpos en uno solo por el resto de nuestros días.